

BIBLIOTECA ARTIGAS

COLECCION de CLASICOS URUGUAYOS

VOLUMEN 122

FLORENCIO SANCHEZ

TEATRO

TOMO II

MONTEVIDEO

1967

TEATRO



MINISTERIO DE CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

Dr CARLOS MANINI RÍOS

Ministro de Cultura

JUAN E PIVEL DEVOTO

Director del Museo Historico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS

Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C GÓMEZ ALZOLA

Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 122

FLORENCIO SANCHEZ

TEATRO

Tomo II

Preparacion y cuidado del texto a cargo del
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

FLORENCIO SANCHEZ

TEATRO

TOMO II

MONTEVIDEO
1967

BARRANCA ABAJO

DON ZOILO
MISIA DOLORES
PRUDENCIA
ROBUSTA
ÑA MARTINIANA
ANICETO
JUAN LUIS
BUTIÉRREZ
BATARÁ
SARGENTO

La acción en la campaña de Entre Ríos ¹

¹ En el original de Sánchez no se indica la ubicación de la obra

ACTO PRIMERO

Representa la escena un patio de estancia ¹, a la derecha y parte del foro, frente de una casa antigua, pero de buen aspecto, galería sostenida por medio de columnas Gran parral que cubre todo el patio, a la izquierda un zaguan Una mesa, cuatro sillas de paja, un brasero con cuatro planchas, un sillón de hamaca, una vela, una tabla de planchar, una caja de fosforos, un banquito, varios papeles de estraza para hacer parches, una azucarera y un mate Es de día

Al levantarse el telon aparecen en escena Misia Dolores ², sentada en el sillón, con la cabeza atada con un pañuelo, Prudencia y Rudelinda, planchando, Robusta, haciendo parchecitos con una vela

ESCENA I ³

ROBUSTA — MISIA DOLORES — RUDELINDA
y PRUDENCIA

MISIA DOLORES — Poneme pronto, m'hija, ⁴ esos parches

1 El detalle siguiente que figura en todas las ediciones de la obra debe corresponder a la escenografía que tuvo en ocasión de su estreno pues el original de Sánchez sólo dice 'En la estancia (decoracion a induarse)'

2 Escribimos los nombres ajustándonos al original Se observara pues que los personajes se llaman *Rudelinda* (no Rudecinda) *Bat errez* (no Gutierrez) y *Robusta* (no Robustiana) En lo que respecta a este ultimo sólo en cuatro ocasiones se lo alude como Robustiana (2º acto Don Zollo, esc XIV 3er acto Na Martiniana esc II Prudencia esc IV, y Rudelinda esc VII)

3 Sánchez coloca 'Escena' cada vez que entran o salen personajes pero no se preocupa por su numeración Tampoco registra los nombres de quienes habrán de intervenir

4 Cabe observar que por momentos Sánchez es sumamente descuidado en el uso del lenguaje Aquí por ejemplo es-

- ROBUSTA — Peresé En el aire no puedo hacerlo
(Se acerca a la mesa, coloca los parches de papel sobre ella y les pone sebo de la vela)
 ¡Aquí, verás!
- RUDELINDA — ¡Eso es! ¡Llename ahora la mesa de sebo, si te parece! ¿No ves? Ya gotiaste encima'el paño
- ROBUSTA — ¡Jesús! ¡Por una manchita!
- PRUDENCIA — Una manchita que después, con la plancha caliente, ensucia toda la ropa Ladiá esa vela
- ROBUSTA — ¡Viva, pues, la patrona!
- PRUDENCIA — ¡Saca esa porquería de ahí! *(Da un manotón a la vela, que va a caer sobre la enagua que plancha Rudelinda)*
- RUDELINDA — ¡Ay! ¡Bruta! ¡Cómo me has puesto la nagua!
- PRUDENCIA *(Displícite)* — ¡Oh! ¡Fue sin querer!
- ROBUSTA — ¡Jua, jua, jua! *(Recoge la vela y trata de reanudar su tarea)*
- RUDELINDA — ¡A la miseria! ¡Y tanto trabajo que me habia dao plancharla! *(Muy irritada)*
 ¡Odiosa! ¡Te la habia de refregar por el hocico!
- PRUDENCIA — ¡No hay cuidao!
- RUDELINDA — ¡No me diera Dios más trabajo!
- PRUDENCIA *(Alejándose)* — Pues, hija, estarias todo el día ocupada

cribe "mija", pero luego dirá también 'mhija o hija' indistintamente. He no preferido en este caso utilizar la gíala habitual que se cife, por entero a la singularidad fonética de los personajes

RUDELINDA — ¡Ah, sí! ¡Ah, sí! ¡Ya verás! ¡Zafada! ¡Sinvergüenza! (*Corre a Prudencia*)

ROBUSTA — ¡Jua, jua, jua!

RUDELINDA (*Deteniéndose, al ver que no la alcanza*) — Y vos gallina crespá, ¿de qué te réis?

ROBUSTA — ¿Yo? ¡De las cosquillas!

RUDELINDA — Pues tomá, para que te riás todo el día (*Le refriega¹ las enaguas por la cara*)
¡Atrevida!

ROBUSTA — ¡Ah! ¡Madre! ¡Bruja del diablo! (*Corre hacia la mesa y toma una plancha*) ¡Acercate ahora! ¡Acercate y verás cómo te plancho la trompa!

PRUDENCIA — ¡Ya la tiene² almidonada, che, Robusta!

RUDELINDA (*A Prudencia*) — Y vos, relamida, que te pintás con el papel de los festones para lucirle al rubio

PRUDENCIA — Peor es afeitarse la pera, che, como hacen algunas

ROBUSTA — ¡Jua, jua! (*Cantando*)

Mañana por la mañana
se mueren todas las viejas
y las llevan a enterrar
al *

1 Sánchez escribe "refroa"

2 En las versiones conocidas hasta ahora Prudencia decía: "¡Ya la tenes almidonada, che Robusta! lo que, por cierto, no justificaba la enconada réplica de Rudelinda"

3 Sánchez siguió el verso "chiquero e las ovejas", y luego tachó esta última parte. A renglón seguido entró Rudelinda que decía: "¿Estás oyendo Dolores? A ver si me haces respetar un poco por las potras de tus hijas pero Sánchez lo anuló sirviéndole empero la idea para armar el parlamento siguiente de Rudelinda"

PRUDENCIA — ¡Angelitos pal cielo!

MISIA DOLORES — ¡Por favor, mujeres, por favor! ¡Se me parte la cabeza! Parece que no tuvieran compasión de esta pobre madre dolorida Robusta, preparame esos parchecitos ¡Ay, mi Dios y la Virgen Santísima!

RUDELINDA — Si me¹ hicieras respetar un poco por los potros de tus hijas no pasaría esto

ROBUSTA — Potro, pero no pa tu doma

MISIA DOLORES — ¡Hija mía, por favor!

ROBUSTA — ¡Oh! ¡Que se calle esa primero! Es la que busca (*Vuelven a planchar Rudelinda, rezongando, limpia las manchas de sebo*)

ROBUSTA — Ahí tiene su remedio, mama Pronto, que se enfria (*Colocándole los parches*) Aquí ¿Ta caliente? Ahora otro, ¡ajaja!

MISIA DOLORES — Gracias Quiera Dios y María Santísima que me haga bien esto (*Rudelinda rezonga más fuerte*)

ROBUSTA (*Aludiendo a Rudelinda*) — ¡Juera! ¡Pasá juera, Canela! (*Prudencia se pone a arreglar las planchas en el brasero*)

MISIA DOLORES (*A Robusta*) — Mirá, hijita mía, si hay agua caliente, cebame un mate de hojas de naranjo ¡Ay, mi Dios!

ROBUSTA — Bueno (*Antes de hacer mate*) ¡Rudelinda! ¿Querés vos un matecito de toronjil? ¡Es bueno pa la ausencia!

RUDELINDA — ¡Tomalo vos, bacaray! (*A Prudencia*) ¡Ladia el cuero! (*Toma otra plan-*

¹ Hasta ahora se había copiado "te hicieras", equivocadamente

cha y la refrega¹ sobre una chancleta en-
bada) ¡Coloradas las planchas! ¡Uff! ¡Qué te-
meridad! (Pausa Prudencia plancha, tara-
reando, Rudelinda trabaja por enfriar la plan-
cha y Misia Dolores suspira quejumbrosa)

ESCENA II

DICHOS menos ROBUSTA — DON ZOILO

Don Zoilo aparece por la puerta del foro Se levanta
de la siesta Avanza lentamente y se sienta en un
banquito Pasado un momento, saca el cuchillo de
la cintura y se pone a dibujar marcas en el suelo

MISIA DOLORES (*Suspirando*) — ¡Ay, Jesús, Ma-
ría y José!

RUDELINDA — Mala cara trae el tiempo Parece
que viene tormenta del lao de la sierra

PRUDENCIA — Che, Rudelinda, ¿se hizo la luna
ya?

RUDELINDA — El almanaque la anuncia pa hoy
Tal vez se haga con agua

PRUDENCIA — Con tal de que no llueva mucho

MISIA DOLORES — ¡Robusta! ¡Robusta! ¡Ay,
Dios! Traeme de una vez ese matecito (*Zoilo
se levanta y va a sentarse a otro banquito*)

RUDELINDA (*Ahuecando la voz*) — ¡Guenas tar-
des! dijo el muchacho cuando vino

PRUDENCIA — Y lo pior jué que nadie le respon-
dió ¡Linda cosa!

1 Es decir vuelve a escribir 'refrega'

RUDELINDA — Che, Zoilo, ¿me encargaste el generito pal viso de mi vestido? (Zoilo no responde) ¡Zoilo! ¡Eh! ¡Zoilo! ¿Tas sordo? Decí ¿Encargaste el generito rosa? (Zoilo se aleja y hace mutis lentamente por la derecha)

ESCENA III

DICHOS, menos ZOILO

RUDELINDA — No te hagás el desentendido, ¡eh! (A Prudencia) Capaz de no haberlo pedido Pero amalaya que no suceda, porque se las he de cantar bien claro Si se ha creído que debo aguantarle sus lunas, está muy equivocao muy equivocao

MISIA DOLORES — En el papelito que mandó a la pulperia no iba apuntao

PRUDENCIA — Yo lo puse

MISIA DOLORES — Pero él me lo hizo sacar

RUDELINDA — ¿Qué?

MISIA DOLORES — Dice que bonitas estamos para andar con lujos ¡Ay, mi Dios!

RUDELINDA — ¿Ah, sí? Dejalo que venga y yo le viá preguntar quién paga mis lujos ¡Caramba! ¡Le han entrao las economías con lo ajeno!

ESCENA IV

DICHOS — ÑA MARTINIANA

ÑA MARTINIANA — ¡Bien lo decía yo! De juro que mi comadre Rudelinda está con la palabra ¡Guenas tardes les dea Dios!

RUDELINDA y PRUDENCIA (Con cierto alborozo) —

¿Cómo le va? ¡Hola, ña Martiniana!

ÑA MARTINIANA — ¿Cómo está, comadre? ¿Cómo te va, Prudencia? ¡Ay, Virgen Santa! Misia Dolores siempre con sus achaques ¡Qué tormento, mujer! ¿Qué se ha puesto? ¿Parches de yerba? ¡Pchss! ¡Cusí, cusí! Vd¹ no se va a curar hasta que no tome la ñopatía. Lo he visto a mi compadre Juan Avería hacer milagros. Tiene tan guena mano pa darla. Y ¿que tal, muchachas? ¿Qué se cuenta e nuevo? Me via sentar por mi cuenta, ya que no me convidan.

RUDELINDA — ¿Y mi ahijada?

ÑA MARTINIANA — ¡Guena, a Dios gracias! La dejé apaleando una ropita del capitán Butiérrer, porque me mandó hoy temprano al sargento a decirme que no me juera a olvidar de tenerle, cuando menos, una camisa pronta pal sábado, que está de baile.

RUDELINDA — ¿Dónde?

PRUDENCIA — Será muy lejos, pues nosotras no sabemos nada.

ÑA MARTINIANA — Hagansé nomás las mosquitas muertas ¡No van a saber! El sargento me dijo que la junción sería acá.

PRUDENCIA — Como no bailemos con las sillas.

RUDELINDA — ¡Quién sabe! Tal vez piensen darnos alguna serenata. El comisario es buen cantor.

¹ Sánchez siempre abrevia esta palabra y su plural (Vd., Vccs.)

- ÑA MARTINIANA — Sí algo de eso he oído
- MISIA DOLORES — ¡Ay, mi Dios! ¡Cómo pa serenatas estamos!
- ÑA MARTINIANA — Lo que es a don Zoilo no le va a gustar mucho Así le decía yo al sargento
- RUDELINDA — Oh, si fuésemos a hacerle caso, viviríamos peor que en un convento
- ÑA MARTINIANA — Parece medio maniático, aurita, cuando iba dentrando, me topé con él y ni las guenas tardes me quiso dar No es por conversar, pero dicen por ahí que está medio ido de la cabeza También, hijitas, a cualquiera le doy esa lotería ¡Miren que quedarse de la mañana a la noche con una mano atrás y otra adelante, como quien dice, perder el campo en que ha trabajado toda la vida, y la hacienda y todo! Porque, de juramento, entre jueces y procuradores le han comido vaquitas y majadas ¡Y gracias que dio con un hombre tan gueno como don Juan Luis! Otro ya les hubiera intimado el desalojo, como se dice ¡Qué persona tan cumplida y de guenos sentimientos! ¡Oh! ¡No te pongás colorada, Prudencia! No lo hago por alabartelo Che, decime ¿tenés noticia de Aniceto? Dicen que está poblando en el Sarandí, pa casarse con vos ¿Se jugara esa carrera? ¡Hum! Lo dudo, dijo un pardo y se quedó serio ¡Ah! ¡Eso sí! Como honrao y trabajador no tiene reparo Mas, qué quieres, se me hace que no harían guena yunta ¿Es cierto que don Zoilo se empeña tanto en casarlos, che?

PRUDENCIA — Diga ¿Me trajo aquella plantita de resedá?

ÑA MARTINIANA — ¿Querrás creer que se me iba olvidando? Si y no El resedá se me quedó en casa, pero te traigo unas semillitas de una planta pueblera muy linda

PRUDENCIA (*Novelera, y acercándose*) — ¡A verlas, a verlas!

ÑA MARTINIANA (*Sacando un sobre del seno*) — Están ahí, adentro de ese papel

PRUDENCIA (*Ocultando la carta*) — ¿Se pueden sembrar ahora?

ÑA MARTINIANA — Cuando vos querás, en todo tiempo

PRUDENCIA — Pues ya mismo voy a plantarlas
(*Va hacia el jardincito de la derecha y abre la carta*)

ÑA MARTINIANA — Pues sí, señor, comadre, dicen que anda la virguela ¿Será cierto?

RUDELINDA (*Que ha seguido con interés los movimientos de Prudencia*) — Parece Se habla mucho (*Deja la planta y se aproxima a Prudencia*)

ÑA MARTINIANA (*Aparte*) — Como calandria al sebo (*Volviéndose a Dolores*) ¡Caramba, caramba con doña Dolores! (*Aproximándose con el banco*) Le sigue doliendo, nomas

RUDELINDA — ¿Que te dice don Juan Luis, che? Lee pa las dos

PRUDENCIA — Puede venir el viejo

RUDELINDA — A ver Lee no más

PRUDENCIA (*Leyendo con dificultad*) — “Chinita mía”

- RUDELINDA — ¡Si sera zafao el rubio!
- PRUDENCIA — “Chinita mía Recibí tu adorable cartita y con ella una de las más tiernas satisfacciones de nuestro naciente idilio Si me convengo de que me amas de veras” ¡Sinvergüenza, no está convencido todavía! ¿Qué más quiere? ¡Goloso!
- RUDELINDA — No seas pava No dice semejante cosa Hay un punto en la letra si “Si”, punto “Me convengo de que me amas de veras y ”
- PRUDENCIA — ¡Ah, bueno! (*Lee*) “que me amas de veras y espero recibir constantes y mejores pruebas de tu cariño Tengo una sola cosa que reprocharte Lo esquivo que estuviste conmigo la última tarde ”
- RUDELINDA — ¿Ves? ¿Que te dije?
- PRUDENCIA — Yo no tuve la culpa ¡Sentí ruido y creí que venia mama!
- RUDELINDA — ¡Zonza! ¡Pa lo que cuesta dar un beso! Seguí leyendo
- PRUDENCIA — ¡Si no fuera más que uno! (*Leyendo*) “La última tarde ” ¡Ay! Creo que llega tata
- RUDELINDA — No, viene lejos Fíjate prontito, a ver si dice algo pa mí
- PRUDENCIA — Esperate “Dile a Rudelinda que esta tarde o mañana ire con el capitan Butierrez a reconciliarlo con don Zoilo ”
- ÑA MARTINIANA (*Como dando una señal*) — Muchachas, ¿sembraron ya las semillas?
- PRUDENCIA (*Ocultando la carta*) — Acabamos de hacerlo

ESCENA V

DICHOS — DON ZOILO

DON ZOILO (*con una maleta de lona en la mano, que deja caer a los pies de Dolores*) — Ahí tienen los encargos de la pulpería

ÑA MARTINIANA (*Zalamera*) — Guenas tardes, don Zoilo Hace un rato no me quiso saludar, ¿eh?

DON ZOILO — ¿Qué andás haciendo por acá?
¡Nada gueno, dejuero!

ÑA MARTINIANA — Ya lo ve, pasando un poquito

DON ZOILO — Ahí se iba tu yegua campo ajuera, pisando las riendas

ÑA MARTINIANA (*Mirando al campo*) — Y mesmo Mañerasa la tubiana (*Yéndose, a gritos*)
Che, Nicolás, vos que tenés guenas piernas, atajamela, ¿querés?

ESCENA VI

DICHOS, menos ÑA MARTINIANA

RUDELINDA (*Que ha estado revisando la maleta, a don Zoilo, que se aleja*) — ¡Che, Zoilo! ¡Eh!
(*Deteniéndolo*) ¿Y mis encargos?

DON ZOILO — No sé

RUDELINDA — ¿Cómo que no sabés? Yo he pedido (*Recalcando*) por mi cuenta, pa pagarlo con mi platita, dos o tres cosas y un corte de

vestido pa Prudencia, la pobre, que no tiene qué ponerse ¿Ande está eso?

DON ZOILO — Tará ahí (*Prudencia recoge la maleta y se va por la izquierda*)¹

RUDELINDA — ¡Por favor, che! Mirá que voy a creer lo que andan diciendo Que tenés gente en el altillo

DON ZOILO — Así será

RUDELINDA — Bueno Dame, entonces, la plata, yo hare las compras

DON ZOILO — No tengo plata

RUDELINDA — ¿Y el dinero de los novillos que me vendiste el otro día?

DON ZOILO — Lo gasté

RUDELINDA — Mentira Lo que hay es que vos pensás rebuscarte con lo mío, después de haber tirado en pleitos y enredos la fortuna de tus hijos Eso es lo que hay

DON ZOILO — Gueno, ladiate de aí, o te sacudo un quantón (*Mutis*)

ESCENA VII

DICHOS, menos DON ZOILO, que sale

RUDELINDA — ¡Vas a pegar, desgraciao! (*Volviéndose*) ¿Has visto, Dolores? Ese hombre está loco o está borracho

MISIA DOLORES (*Suspirando*) — ¡Qué cosas, Virgen Santa!

1 En realidad, la salida de Prudencia exige la marcación de una nueva escena pero Sánchez lo pasa por alto

RUDELINDA (*Tirando violentamente las ropas de la mesa de planchar*) — ¡Oh! Lo que es conmigo va a embromar poco O me entrega a buenas mi parte, o

ESCENA VIII

DICHOS — ROBUSTA

ROBUSTA — Ahí tiene su mate, mama Pucha, que hay gente desalmada en este mundo Parece mentira Es no tener ni pizca

RUDELINDA — ¿Qué estás rezongando vos?

ROBUSTA — Lo que se me antoja ¿Por qué le has dicho esas cosas a tata?

RUDELINDA — Porque las merece

ROBUSTA — ¿Qué ha de merecerlas el pobre viejo? ¡Desalmadas! ¡Y parece que les estorba y quieren matarlo a disgustos!

RUDELINDA — Callate la boca, hipócrita Buena jesuita sos vos tisicono del diablo

ROBUSTA — Vale más ser eso que unas perversas y unas desorejadas como Vdes

RUDELINDA (*Airada, alzando una plancha*) — ¡A ver, repetí lo que has dicho, insolente!

MISIA DOLORES — ¡Hijas, por misericordia, no metan tanto ruido! ¿No ven cómo estoy?

ROBUSTA (*Burlona*) — ¡Ah, Dios mio! ¡Doña Jeremías! ¡Vd también es otra como esas! Con el pretexto de su jaqueca y sus dolamas, no se ocupa de nada y deja que todo en esta casa ande como anda ¡Qué demontres! Vaya a acos-

tarse si no quiere oír lo que no le conviene
(*Rudelinda y Prudencia cambian gestos de asombro*)

MISIA DOLORES (*Levantándose*) — ¡Mocosa, insolente! ¿Esa es la manera de tratar a su madre? Te viá a enseñar a respetarme

ROBUSTA — Con su ejemplo no voy a aprender mucho, no hay cuidao

MISIA DOLORES — ¡Madre Santa! ¿La han oído Vdes?

ESCENA IX

DICHOS — PRUDENCIA

PRUDENCIA (*Que ha oído el final de la escena*) — ¡Dejela, mama! ¡La picao el alacrán!

ROBUSTA — Callate vos, pandereta

MISIA DOLORES — ¡Qué le viá dejar! Vení pa cá Decí ¿qué malos ejemplos te ha dao tu madre?

ROBUSTA — No sé no sé

RUDELINDA — Mirenlá Retratada de cuerpo presente ¡Tira la piedra y escuende la mano!

MISIA DOLORES — ¡No la ha de esconder! (*Tómándola por un brazo*) ¡Hablá, pues, largá el veneno! (*La zamarrea Rudelinda y Prudencia la rodean*)

ROBUSTA — ¡Dejemé!

RUDELINDA — Ahora se te van a descubrir las hipocresías ¡tísica!

PRUDENCIA — Las vas a pagar todas juntas, lengua larga

ROBUSTA — ¡Jesús! ¡Se ha juntao la partida!
 Pero no les via tener miedo ¿Quieren que hable? Bueno ¿Saben qué más? Que las tres son unas (*Misia Dolores le tapa la boca de una bofetada*) ¡Ay perra vida! (*Enfurecida, alza la mano e intenta arrojarle sobre Dolores*)

RUDELINDA (*Horrorizada*) — ¡Muchacha! ¡A tu madre!

ROBUSTA (*Se detiene sorprendida, pero reacciona rápidamente*) — ¡A ella y a todas Vdes! (*Se precipita sobre un banco y lo alza con ademán de arrojarlo Las tres mujeres retroceden asustadas*)

ESCENA X

DICHOS — DON ZOILO

DON ZOILO — ¡Hija! ¿Qué es esto?

ROBUSTA (*Deja caer el banco y se le echa en los brazos sollozando desesperadamente*) — ¡Ay, tata! ¡Mi tatita! ¡Mi tatita!

DON ZOILO — ¡Cálmese! ¡Cálmese! ¿Qué le han hecho, hija? ¡Pobrecita! ¡Vamos! Tranquilícese, que le va a venir la tos Sí ya sé que Vd tiene razón Yo, yo la voy a defender.

MISIA DOLORES (*Dejándose caer en su sillón*) — ¡Ay, Virgen Santísima de los Dolores! ¡Se me parte esta cabeza! (*Rudelinda y Prudencia hacen que continúan planchando*)

DON ZOILO (*Entre iracundo y conmovido*) — ¡Parece mentira! ¡tamañas mujeres! Bueno,

basta, hijita (*Robusta tose*) ¿No ve? ¿Ya le
dentra la tos? ¡Cálmese, pues!

ROBUSTA (*Sollozante*) — Sí, tata, ya me pasa
DON ZOILO — ¿Quiere un poco de agua? A ver
Vdes cuartudas, si se comiden a traer agua
pa esta criaturita (*Rudelinda va a buscar el
agua*)

ROBUSTA — Me pe garon por que por-
que les dije la ver la verdad ¡Son
unas sinverguenzas! (*Tose*)

DON ZOILO — Demasiado lo veo ¡Parece menti-
ra! ¡Canejo! ¡Se han propuesto matarnos a
disgustos!

PRUDENCIA — ¡Fijesé, mama, en el jueguito de
esa jesuita!

RUDELINDA (*Volviendo con un jarro con agua que
deja bruscamente*) — Ahí tiene agua hasta pa
augarse

DON ZOILO — Tome unos traguitos ¡así! ¿Se
siente mejor? Trate de sujetar la tos pues
(*Sonriente*) ¡Qué diablos! Tirele de la rien-
dita ¿Quiere recostarse un poquito? Venga
a su cama

ROBUSTA (*Mimosa*) — ¡No! Muchas gracias
(*Lo besa*) Muchas gracias Estoy bien y, ade-
más quiero quedarme aquí porque
¡quién sabe qué enredos van a meterle esas!

RUDELINDA — Mirenlá a la muy zorra Tenés
miedo de que sepa la verdad, ¿no?

DON ZOILO — ¡Callesé Vd la boca!

RUDELINDA — ¡Oh! ¿Y por qué me he de ca-
llar? ¿Hemos de dejar que esa mocosa invente
y arregle las cosas a su modo? ¡No faltaria

más! La madre la ha cachetiao, y bien cachetiada porque le faltó al respeto

MISIA DOLORES — ¡Ay, Dios mío!

PRUDENCIA — ¡Claro que sí! ¡Cuando menos, ella tendrá corona!

RUDELINDA — ¡Y le levantó la mano a Dolores!

DON ZOILO — ¡Gueno, gueno, gueno! ¡Que no empiece el cotorreo! Vdes desde un tiempo a esta parte, me han agarrao a la gurisa pal piquete, sin respetar que está enferma y por algo ha de ser (Enérgico) ¡Y ese algo lo vamos a aclarar ahora mesmito? ¿Han oído?, ¡ahora mesmito! (A Dolores) A ver vos, doña quejidos, vos que sos aquí la madre y dueña e casa, ¿que enriedo es éste?

MISIA DOLORES — ¡Virgen de los Desamparados, como pa historias estoy yo con esta cabeza!

DON ZOILO — ¡Canejo! Se la corta si no le sirve pa cumplir con sus obligaciones (A Rudelinda) Y vos, vamos a ver, aclárame pronto el asunto, no has de tener jaqueca también ¡Respondé!

RUDELINDA (Chocante) — ¡Caramba, no sabía yo que te hubiesen nombrao juez!

DON ZOILO — No A quien nombraron jué a ño rebenque (Mostrando el talero) Así es que no seás comadre y responde como la gente Ya se te ha pasao la edá de las macacadas

RUDELINDA — Te voy a contestar cuando me digás que has hecho de mis intereses

DON ZOILO (Avrado) — ¿Eh? (Conteniéndose) ¡Hum! Ta gueno Esperate un poco, que te voy a dar lindas noticias (Hosco, retorciendo

el rebenque) Conque conque ¿nadie quiere hablar? (A Robusta) Vamos a ver, hijita Vd ha de ser guena Cuénteles a su tata todas las cosas que tiene que contarle Reposadita y sin apurarse mucho, que se fatiga

ROBUSTA — No, tata, no tengo nada que decirle

DON ZOILO — ¿Cómo es eso?

ROBUSTA — Digo no Es que lo único es eso que Lo único es eso que no me tratan bien

DON ZOILO — Por algo ái ser entonces Vamos empiece

ROBUSTA — Porque no me quieren, sera

DON ZOILO (*Grave*) — Bueno, hijita Hable de una vez, no me vaya a disgustar Vd también

ROBUSTA — Es que si lo digo se disgusta más

DON ZOILO — Ya caiste, matrera Ahora no tendras más remedio que largar el lazo ¡y tire sin miedo que no le viá mañerear a la argolla! ¡Está bien sogueao el guey viejo!

MISIA DOLORES — ¡Ay!, hijas, ¡no puedo mas! Voy a echarme en la cama un ratito (*Se alza*)

DON ZOILO — ¡No, no, no, no! ¡De aqui no se mueve nadie! A la primera que quiera dirse, le rompo las canillas de un mangazo ¹ Empezice el cuento

ROBUSTA — No, no . tata Vd se va a enojar mucho

DON ZOILO — ¡Más de lo que estoy! Y ya me ves, tan mansito Encomience Vamos (*Recalcando*) Había una vez unas mujeres

¹ En las versiones que conocemos se lee "talerazo", pero Sánchez escribió, y bien claramente, "mangazo"

ROBUSTA — Bueno, lo que yo tenía que decirle era que, en esta casa, no lo respetan a Vd, y que las cosas no son lo que parece (Alzándose) Y entré por un caminito y salí por otro

DON ZOILO — ¡No me juyás! Adelante, adelante Sentate Eso de que no me respetan hace tiempo que lo sé Vamos a lo otro

ROBUSTA — Yo creo que nosotros debíamos irnos de esta estancia Pues de todos modos ya no es nuestra, ¿verdad?

DON ZOILO — ¡Claro que no!

ROBUSTA — Y como no hemos de vivir toda la vida de prestao, cuanto más antes mejor, ¡menos vergüenza!

DON ZOILO — Es natural, pero no comprendo a qué viene eso

ROBUSTA — Viene a que si Vd supiera por qué don Juan Luis nos ha dejao seguir viviendo en la estancia, después de ganar el pleito, ¡ya se habria mandao mudar!

RUDELINDA — ¡Ave Maria! ¡Qué escándalo de mujer intrigante! , ¡Zoulo! ¡Pero Zoulo! ¿Tenés valor de dejarte enredar por una mocosa?

DON ZOILO — Siga, m'hija¹ siga no más, Esto se va poniendo bonito

RUDELINDA — ¡Ah, no! ¡Qué esperanza! Si vos estás chocho con la gurisa, nosotras no, ¿me entendés? ¡Faltaba otra cosa! ¡Mándese mudar de aquí, tísica, lengua larga! ¡Ya!.. (A

¹ Sánchez vuelve a escribir 'mija'

Zoilo) No, no me mirés con esos ojos, que no tengo miedo A ver Vdes, ¿qué hacen? ¿Vos, Dolores Prudencia? Parece que tuvieran cola e paja ¡Muevanse! Vengan a arrancarle el colmillo a esta víbora, pues (A Robusta) Contesta, ladiada ¿Qué tenés que decir de malo de don Juan Luis?

MISIA DOLORES — ¡Ay, mi Dios!

DON ZOILO — Siga, m'hija,¹ y no se asuste, que aquí esta don talero con ganas de comer cola

ROBUSTA — Si tata ¡Verguenza da decirlo!

Quando Vd se va para² el pueblo, la gente se lo pasa aquí de puro baile corrido

DON ZOILO — Me lo maliciaba

ROBUSTA — Con don Juan Luis, el comisario Butierrez y una runfla mas

DON ZOILO — ¡Ah! ¡Ah! Adelante

ROBUSTA — Y lo peor es que es que Prudencia (Llora) No, no digo mas (Prudencia se aleja disimuladamente y desaparece por la izquierda)

DON ZOILO — ¡Vamos, pues, no llore! Hable Prudencia, ¿que?

ROBUSTA — Prudencia al pobre al pobre Aniceto, tan bueno y que tan to que la quiere le juega sucio con don Juan Luis

DON ZOILO — Eso es lo que quería saber bien Ahora si, ahora si, no cuente mas, hija, no se

1 En el original dice "mija"

2 La falta de unidad en el lenguaje dramático de Sánchez se pone una vez más en evidencia Escribe pal' (que es lo que en realidad, correspondería) pero lo corrige y pone para

fatigue Venga a su cuarto, así descansa
(La conduce hacia el foro, al pasar junto a Dolores alza el talero, como para aplastarla)
 ¡No te viá pegar! ¡No te asustés, infeliz!

ESCENA XI

DICHOS, *menos* PRUDENCIA, ROBUSTA
 y DON ZOILO

RUDELINDA *(Permanece un instante cavilosa y con aire despectivo)* — Bueno, ¿y que? *(Viendo llorar a Dolores)* No te aflijas, hija Ya lo hemos de enderezar a Zoilo ¡Mocosa lengua larga! ¡Quien hubiera creído!

ESCENA XII

DICHOS — DON ZOILO — BATARA

DON ZOILO — ¡Arrastradas! ¡Arrastradas! Merecían que las deslomara a palos Arrastradas *(Llamando)* ¡Batara! ¡Batara! *(Paseándose)* ¡Ovejas! ¡Peores entoavía! Las ovejas siquiera no hacen daño a nadie ¡Batará!

BATARÁ — Mande, señor

DON ZOILO — ¿Qué caballo hay en la sogá?

BATARÁ — ¡El doradillo tuerto, señor!

DON ZOILO — ¿Aguantara un buen galope?

BATARÁ — ¡Ya lo creo, señor!

DON ZOILO — Bien Vas a ensillarlo en seguida y le bajás la mano hasta el Sarandí ¿Sabés ande está poblando Aniceto?

BATARÁ — Sí, señor

DON ZOILO — Llegás y le decís que se venga con vos, porque tengo que hablarle ¡Ah! Al salir te arrimás a lo de mi compadre Luna a decirle en mi nombre que necesito la carreta con gueyes pa mañana, que me haga el favor de mandármela de madrugada

BATARA — Ta bien señor

DON ZOILO — Entonces, volá

ESCENA XIII

DICHOS, menos BATARÁ

DON ZOILO (*Después de pasearse un momento, a Dolores*) — Y Vd, señora, tiene que mejorarse en seguidita de la cabeza, ¿me oye? ¡En seguidita!

MISIA DOLORES — ¡Ay, Jesús, María y José! ¡Sí, estoy un poco más aliviada ya! ¡Me han hecho bien los parchecitos!

DON ZOILO — Pues se alivia del todo y se va rápido a arreglar con ésas, las cacharpas más necesarias pal viaje, ¡mañana al aclarar nos vamos de aquí!

RUDELINDA — ¿Y ande nos vamos?

DON ZOILO — ¡Ande a Vd no se le importa! ¡Canejo! ¡Ya, muevanse! (*Continúa paseándose*)

MISIA DOLORES (*Yéndose*) — Virgen de los Desamparados, ¡qué va a ser de nosotros!

ESCENA XIV

DICHOS, *menos* MISIA DOLORES

RUDELINDA — Decime, Zoilo, ¿te has enloquecido endeveras? ¿Ande nos llevás?

DON ZOILO — ¡Al medio el campo! ¡Qué sé yo! ¡No me va a faltar una tapera vieja ande meterlas!

RUDELINDA — ¡Ah! ¡Yo no voy! ¡Soy libre!

DON ZOILO — Quedate, si querés

RUDELINDA — Pero primero me vas a entregar lo que me pertenece, mi parte de la herencia

DON ZOILO — ¡Pediselá a tu amigo el diablo, que se la llevó con todo lo mío!

RUDELINDA (*Espantada*) — ¿Cómo?

DON ZOILO — ¡Llevándosela!

RUDELINDA — ¡Ah! ¡Madre! ¡Ya lo maliciaba! ¿Conque me has fundido también? ¿Conque me has tirado mis pesitos? ¿Conque me quedo en la calle? ¡Ah! ¡Canalla! ¡Sinvergüenza! La

DON ZOILO (*Imponente*) — ¡Phss! ¡Cuidado con la boca!

RUDELINDA — ¡Canalla! ¡Canalla! ¡Ladrón!

DON ZOILO — ¡Rudelinda!

RUDELINDA — ¡No te tengo miedo! Te lo viá decir mil y cincuenta veces ¡Canalla! ¡Cuatrero! ¡Cuatrero!

DON ZOILO (*Hace un ademán de ira, pero se detiene*) — ¡Pero hermana! ¡Hermana! . ¿Es posible?

RUDELINDA (*Echándose a llorar*) — Madre de mi alma, que me han dejado en la calle me han dejado en la calle ¡Mi hermano me ha robao! (*Se va por el foro llorando a gritos Zoilo, abrumado, hace mutis lentamente por la primera puerta de la izquierda*)

ESCENA XV

PRUDENCIA — JUAN LUIS

Después de una breve pausa, aparece Prudencia. Mira cautelosamente en todas direcciones, y no viendo a nadie corre hacia la derecha, deteniéndose sorprendida junto al porton.

PRUDENCIA (*Ademán de huir*) — ¡Ah!

JUAN LUIS — Buenas tardes ¡No se vaya! (*Tendiéndole la mano*) ¿Como esta?

PRUDENCIA (*Muy avergonzada*) — ¡Ay, Jesús!
¡Como me encuentra!

JUAN LUIS (*Reteniendo la mano, después de cerciorarse de que están solos*) — ¡Encantadora te encuentro, monísima, mi vidita!

PRUDENCIA (*Apartándose*) — ¡No no! Déjeme Vayase ¡Tata está ahí!

JUAN LUIS (*Goloso, avanzando*) — ¿Y qué tiene? ¡Dormirá! ¡Vení, prenda!

PRUDENCIA (*Compungida*) — No váyase, sabe todo Está furioso

JUAN LUIS — ¡Oh! Ya lo amansaremos ¿Recibiste mi carta?

PRUDENCIA — Sí (*Después de mirar a todos lados, con fingido enojo*) Vd es un atrevido y un zafao, ¿sabe?

JUAN LUIS — ¿Aceptás? ¿Sí? ¿Irás a casa de Martiniana?

PRUDENCIA — Este Jesús, siento ruido (*Huyendo hacia el foro*) ¡Tata! ¡Lo buscan! (*Mutis por segunda izquierda*)

JUAN LUIS — ¡Arisca la china! (*Se pasea*)

ESCENA XVI

DON ZOILO — JUAN LUIS

DON ZOILO — ¿Quién me busca? ¡Ah!

JUAN LUIS (*Confanzudo*) — ¿Qué tal, viejo amigo? ¿Cómo le va? ¿Está bueno? Le habré interrumpido la siesta, ¿no?

DON ZOILO — Bien, gracias, tome asiento (*Pronto aparecen en cada una de las puertas Prudencia, Rudelinda y Dolores, curiosean inquietas un instante y se van*)

JUAN LUIS — No, traigo un amigo y no sé si Vd tendrá gusto en recibirlo

DON ZOILO — No ha de ser muy chúcaro, cuando no le han ladrao los perros

JUAN LUIS — Es una buena persona

DON ZOILO — Ya caigo El capitán Butiérrez, ¿no? (*Se rasca la cabeza con rabia*) ¡Ta gueno!

JUAN LUIS — Y me he propuesto que se den un abrazo Dos buenos criollos como Vdes no

pueden vivir así, enojados De parte de Butiérrez, ni que hablar

DON ZOILO (*Muy irónico*) — ¡Claro! ¡Ni que hablar! ¡Mande no mas, amigazo! Vd es muy dueño Vaya y dígale a ese buen mozo que se apee Yo voy a sujetar los perros

JUAN LUIS (*A voces desde la verja*) — ¡Acérquese no más, comisario! Ya esta pactado el armisticio (*Va a su encuentro*)

ESCENA XVII

DICHOS — BUTIERREZ

JUAN LUIS (*Aparatoso, empujando a Butiérrez*) — Ahí lo tiene al amigo don Zoilo, olvidado por completo de las antiguas diferencias (*Hierático*) Pax vobis

BUTIERREZ (*Extendiendo los brazos*) — ¡Cuánto me alegro! ¿Cómo te va, Zoilo?

DON ZOILO (*Empacado, ofreciéndole la mano*) — Buen día

BUTIERREZ (*Cortado*) — ¿Tu familia, buena? (*Pausa*)

DON ZOILO — Tomen asiento

JUAN LUIS — Eso es (*Ocupando el sillón*) ¡Siéntese por aca, comisario! (*Señala una silla*) Tiempo lindo, ¿verdad? Don Zoilo, ¿Vd no se sienta? Arrime un banco, pues (*Zoilo se sienta*) Las muchachas estaran de tarea, seguramente Hemos venido a interrumpirlas Seguro que han ido a arreglarse Díga-

les que por nosotros no se preocupen ¡Pueden salir así no más, que siempre están bien! (*Pausa embarazosa*)

BUTIERREZ (*Por decir algo*) — ¡Qué embromar!
¡Qué embromar con las cosas!

JUAN LUIS — ¿Con qué cosas?

BUTIERREZ — Ninguna Decía por decir, no más
Es costumbre

ESCENA XVIII

DICHOS — RUDELINDA

RUDELINDA (*Un tanto transformada y hablando con relativa exageración*) — ¡Ay! ¡Cuanto bueno tenemos por aca! ¿Como está, Butiérrez? ¿Que milagro es éste, don Juan Luis? Vean en que figura me agarran

JUAN LUIS — Vd siempre esta buena moza

RUDELINDA — ¡Ave Maria! No se burle

BUTIERREZ (*Ofreciéndole su silla*) — Tome asiento

RUDELINDA — ¡No faltaba más! Vd está bien, no, no, no Ya me van a traer (*A voces*) ¡Robusta, saca unas sillas! Y ¿que tal? ¿Qué buenas noticias nos traen? ¿Qué se cuenta por ahí? Ya me han dicho que Vd, Butiérrez

DON ZOILO — ¡Rudelinda! Vaya a ver qué quiere Dolores

RUDELINDA — No, no ha llamado

DON ZOILO (*Alzándose*) — ¡Va ya a ver qué quiere Dolores!

RUDELINDA (*Vacilante*) — Este (*Después de mirar a Zoilo*) Con permiso (*Vase*)

ESCENA XIX

DICHOS, *menos* RUDELINDA

JUAN LUIS — ¡Qué muchacha de buen genio esta Rudelinda! Siempre alegre y conversadora Y ¿no tenemos un matecito, viejo Zoilo? Lo encuentro medio serio Seguro que no ha dormido siesta Mi padre es así, cuando no sestea, anda que parece alunao

BUTIÉRREZ (*Cambiando postura*) — ¡Qué embromar con las cosas!

ESCENA XX

DICHOS — PRUDENCIA

PRUDENCIA (*Con mucha cortedad*) — ¡Buenas tardes!

JUAN LUIS (*Yendo a su encuentro*) — ¡Viva!
¡Salió el sol! ¡Señorita!

PRUDENCIA — Bien, ¿y Vd?

BUTILREZ — ¡Señorita Prudencia! ¡Qué moza!

PRUDENCIA — Bien, ¿y Vd? Tomen asiento Estén con comodidad

JUAN LUIS — Gracias, siempre tan interesante, Prudencita ¡Linda raza, amigo don Zoilo!

DON ZOILO — Che, Prudencia, andá que te llama Rudelinda

PRUDENCIA — ¿A mí? ¡No he oído!

DON ZOILO — He dicho que te llama Rudelinda

PRUDENCIA (*Atemorizada, yéndose*) — ¡Voy! Con licencia (*Vase*)

ESCENA XXI

DICHOS, menos PRUDENCIA

JUAN LUIS — Pues yo no he oído

DON ZOILO (*Alterado*) — Pero yo sí, ¡canejo!
¿Me entiende?

JUAN LUIS — Bueno, viejo Tendrá razón, no es
para tanto

BUTIERREZ — ¡Hum! ¡Qué embromar!
¡Qué embromar con las cosas!

DON ZOILO — Ta bien Dispense (*Aproximando
su banco a Juan Luis*) Diga ¿Tendría mu-
cho que hacer aura?

JUAN LUIS — ¿Yo?

DON ZOILO — El mismo

JUAN LUIS — No Pero no me explico

DON ZOILO — Tenía que decirle dos palabritas

JUAN LUIS — A sus órdenes, viejo Ya sabe que
siempre

BUTIERREZ (*Alzándose*) — Andate pa tu casa,
Pedro, que paece que t'echan

DON ZOILO — Quedate, no más Siempre es gue-
no que la autoridad oiga también algunas co-
sas Este, pues, como le iba diciendo Vd
sabe que esta casa y este campo fueron míos,
que los heredé de mi padre, y que habían sido
de mis aguelos ¿no?, y que todas las va-
quitas y ovejitas existentes en el campo — el
pan de mis hijos —, las crié yo a juerza de tra-
bajo y sudores, ¿no es eso? Bien saben todos
que, en mi familia, jué creciendo mi haber, a

pesar de que la mala suerte, como la sombra al árbol, siempre me acompañó

JUAN LUIS — No sé a que viene eso, francamente

DON ZOILO — Un día , déjeme hablar Un día se les antojó a Vdes que el campo no era mío, sino de Vdes , me metieron ese pleito de reivindicación, yo me defendí, las cosas se entendieron como herencia de brasero, y cuando quise acordar amanecí sin campo, sin vacas, ni ovejas, ni techo para amparar a los míos

JUAN LUIS — Pero Vd bien sabe que la razón estaba de nuestra parte

DON ZOILO — Taría cuando los jueces lo dijeron, pero yo después no supe hacer saber otras razones que yo tenía

JUAN LUIS — Vd se defendió muy bien, sin embargo

DON ZOILO (*Alzándose terrible*) — No, no me defendí bien, no supe cumplir con mi deber ¿Sabe lo que debí hacer, sabe lo que debí hacer? Buscar a su padre, a los jueces, a los letrados, juntarlos a todos Vdes, ladrones, y coserles las tripas a puñaladas, ¡pa escarmiento de bandoleros y salteadores! ¡Eso debí hacer! ¡Eso debí hacer! ¡Coserlos a puñaladas!

JUAN LUIS (*Confuso*) — ¡Caramba, don Zoilo! ¡Por favor!

BUTIÉRREZ (*interviniendo*) — ¡Hombre, Zoilo! ¡Cálmate! ¡Respetá un poco, que estoy yo acá!

DON ZOILO (*Serenándose*) — ¡Toy calmao! ¡Ládate de ahí! ¡Eso debí hacer! ¡Eso! (*Sen-*

tándose) No lo hice porque soy un hombre muy manso de sí, y por consideración a los míos Sin embargo

JUAN LUIS — Repito, señor, que no acabo de explicarme los motivos de su actitud Por otra parte, ¿no nos hemos portado con bastante generosidad? ¡Lo hemos dejado seguir viviendo en la estancia! Nos disponemos a ocuparlo bien para que pueda acabar tranquilamente sus días

DON ZOILO (*Irguiéndose*) — ¡Cállese la boca, mocoso! ¡Linda generosidad! ¡Bellacos!

JUAN LUIS (*Poniéndose de pie*) — ¡Señor!

DON ZOILO — ¡Linda generosidad! Pa quitarnos lo único que nos quedaba, la vergüenza y la honra, es que nos han dejado aquí ¡Salteadores! ¡Parece mentira que haga cristianos tan desalmaos! ¡No les basta dejar en la mitad del campo al pobre paisano viejo, a que se gane la vida cuando ya ni fuerzas tiene, sino que entoavía pensaban servirse de él y su familia pa desaguachar cuanta mala costumbre han aprendido! ¡Ya podés ir tocando de aquí, bandido! Mañana esta casa será tuya ¡Pero lo que aura hay dentro es bien mío! ¡Y este pleito yo lo fallo! ¡Juera de aquí!

JUAN LUIS — ¡Pero, señor!

DON ZOILO (*Amarrando el talero*) — ¡Juera, he dicho!

JUAN LUIS — Está bien (*Se va lentamente*)

DON ZOILO (*A Butiérrez, que intenta seguirlo*) — Y en cuanto a vos, entrá si querés a sacar tu prenda ¡Pasá no mas, no tengás miedo!

BUTIÉRREZ — Yo

DON ZOILO — ¡Ah! ¡No querés! Bueno, tocá también Y cuidadito con ponérteme por delante otra vez (*Butiérrez mutis*) ¡Herejes! ¡Saltiadores! ¡Saltiadores! (*Los sigue un momento con la vista¹ balbuciendo frases incomprensibles Después recorre con una mirada las cosas que le rodean, avanza unos pasos y se deja caer abrumado en el sillón*) ¡Señor! ¡Señor! ¡Qué le habre hecho a la suerte pa que me trate así! ¡Qué, qué le habré hecho! (*Deja caer la cabeza sobre las rodillas*)

TELON LENTO

1 'Una mirada' en el original

ACTO SEGUNDO

Representa la escena, a gran foro, telón de campo,¹ a la izquierda, un rancho con puerta y ventana practicables. Sobre el mojinete del rancho, un nido de horneros. A la derecha rompimiento de árboles. Un carrito con un barril de los que se usan para transporte de agua. Un banco largo debajo del alero del rancho, un banquito y un jarro de lata. Es de día. Al levantarse el telón aparecen en escena Robusta, pisando maíz en un mortero, y Prudencia, cosiendo un vestido.

ESCENA I

ROBUSTA — PRUDENCIA

ROBUSTA — ¡Che, Prudencia! ¿Querés seguir pisando esta mazamorra? Me canso mucho. Yo haría otra cosa cualquiera.

PRUDENCIA — Pisala vos con toda tu alma. Tengo que acabar esta pollera.

ROBUSTA — ¡Que sos mala! Llamala a mama, entonces, o a Rudelinda.

PRUDENCIA (*Volviéndose, a voces*) — ¡Mama! ¡Rudelinda! Vengan a servir a la señorita de la casa y tráiganle un trono para que esté a gusto.

¹ En el libreto original, Sánchez escribe, únicamente "En el rancho. Decoración a iniciarse".

ESCENA II

DICHOS — MISIA DOLORES — RUDELINDA

MISIA DOLORES — ¿Qué hay?

PRUDENCIA — Que la princesa de Chimango no puede pisar maíz

MISIA DOLORES — ¿Y qué podés hacer entonces? Bien sabés que no hemos venido acá pa estar-nos de brazos cruzados

ROBUSTA — Sí, señora, lo sé muy bien, pero tampoco viá permitir que me tengan de piona

RUDELINDA (*Asomándose a una ventana*) — ¿Ya está la marquesa buscando cuestiones? ¡Cuando no!

ROBUSTA — Callate vos, comadreja

RUDELINDA — Andá, correveidile, ¹ buscá camorra no más pa después dirle a contar a tu tata que te estamos martirizando

ROBUSTA (*Dejando la tarea*) — ¡Por Dios! ¿Quieren hacerme el favor de decirme cuándo, cuándo me dejarán en paz? ¿Yo qué les hago pa que me traten así? Bien buena que soy, no me meto con Vdes y trabajo como una burra, sin quejarme nunca, a pesar de que estoy bien enferma Y ahora porque les pido que me ayuden un poco, me echan la perrada como a novillo chucaro

RUDELINDA (*Que ha salido un momento antes con el pelo suelto, peinándose*) — ¡Jesús, la vícti-

1 Sánchez escribe 'corre ve y dile'

ma! Si no hubiera sido por tus enredos, no te verías en estos trances

ROBUSTA — ¡Por favor!

RUDELINDA (*Remedando*) — ¡Por favor! ¡Véanle el aire de romántica! Cómo se conoce que anda enamorada, no te pongas colorada ¿Te crees que no sabemos que andás atrás de Aniceto?

ROBUSTA — Bueno, por Dios No hablemos más Haré lo que Vdes quieran Trabajaré hasta que reviente (*Continúa pisando maíz*) De todos modos no les voy a dar mucho trabajo, no , pronto, no más (*Aparte, casi llorosa*) ¡Si no fuera por el pobre tata, que me quiere tanto!

PRUDENCIA (*A Rudelinda*) — ¿Te parece que sera bastante el ancho? Le puse cuatro paños

MISIA DOLORES — ¡Ave María! ¡Qué anchura!

RUDELINDA — ¡No, señora , con el fruncido! ¡A ver! ¡A ver! Esperate, tengo las manos sucias de aceite

PRUDENCIA — ¿Y si la midiéramos con la tuya lila? ¿Ande la tenes?

RUDELINDA — A los pies de mi cama Vení (*Hacen mutis*)

MISIA DOLORES — Ahora van a ver cómo sobra Ese tartán es muy ancho (*Mutis*)

ESCENA III

ROBUSTA — DON ZOILO

ROBUSTA (*Angustada*) — ¡No quieren a nadie!
¡Pobre tatita! (*Apoyada en el mortero llora un instante Oyense rumores de la izquierda Robusta alza la cabeza, se enjuga rápidamente las lágrimas y continúa la tarea, canturreando un aire alegre Zoilo avanza por la izquierda a caballo, con un balde en la mano, arrastrando un barril de agua Desmonta, desata el caballo y lo lleva fuera; al volver, acomoda la rastra*)

DON ZOILO — Buen día, m'hija ¹

ROBUSTA — Día ¡Bendición, tatita!

DON ZOILO — ¡Dios la haga una santa! Pasó mala noche, ¿eh? ¿Por qué se ha levantao hoy?

ROBUSTA — No, dormí bien

DON ZOILO — Te sentí toser toda la noche

ROBUSTA — Dormida, sería

DON ZOILO — Traiga, yo acabo

ROBUSTA — ¡No, deje! ¡Si me gusta!

DON ZOILO — Pero le hace mal Salga

ROBUSTA — Bueno Entonces yo voy a ordeñar, ¿eh?

DON ZOILO — ¿Cómo? ¿No han sacao la leche entuavía?

ROBUSTA — No, señor, porque

DON ZOILO — ¿Y qué hacen esas? ¿A qué hora se levantaron?

¹ Mija' en el original

ROBUSTA — Muy temprano

DON ZOILO (*Llamando*) — ¡Dolores! ¡Rudelinda!

ROBUSTA (*Simultáneamente*) — Deje Yo fui,
que

ESCENA IV

DICHOS — RUDELINDA

RUDELINDA — ¡Jesús! ¿Qué te duele?

DON ZOILO — ¿No han podido salir entuavía de
la madriguera? ¿Por qué no ordeñan de una
vez?

RUDELINDA — ¡Que apuro! Ya fue Dolores (*In-
tencionada*) Te vino con el parte alguna tije-
reta, ¿no? ¿Cuánto le pagás por viaje? (*Hace
una mueca de desprecio a Robusta, da un co-
letazo y desaparece Pausa*)

ESCENA V

ROBUSTA — DON ZOILO — BATARÁ

*Batará aparece silbando, saca un jarro de agua
del barril y bebe*

BATARÁ — ¡Ta fría! (*A Robusta*) ¡Día! ¡Sión!
¡Madrina! Aquí le traigo pa Vd (*Le ofrece
una yunta de perúces*)

DON ZOILO — ¿Y Aniceto?

BATARÁ — Aí¹ viene, se apartó a bombiar el
torito hosco que parece medio tristón

1 Sánchez escribe 'Ahí' pero lo corrige y pone "Aí"

- DON ZOULO — ¿Encontraron algo?
- BATARÁ — Sí, señor Cueriamos tres con la ternera rosilla que murió ayer
- ROBUSTA — ¡Ave María Purísima! ¡Qué temeridad!
- BATARÁ — Y por el cañadon grande encontramos un guey echado, y a la lechera chorriada muy seria
- DON ZOULO — ¿Les dieron guelta la pisada?
- BATARÁ — Sí, señor Pero pa mí que ese remedio no las cura ¡Pcha! ¡Pidemia bruta! Se empieza a poner serio el animal, desganao, camina un poco, s'echa, y al rato no mas queda tieso con una guampa clavada en el suelo Bé de ser algún pasto malo
- ROBUSTA — ¡Que tristeza! ¡Era lo único que nos faltaba! ¡Que tras de que tenemos tan pocos, se nos mueran los animales! ¡Y con el invierno encima!
- DON ZOULO — No hay que afligirse, m'hija ¹ No hay mal que dure cien años ¡Aístá Aniceto!

ESCENA VI

DICHOS — ANICETO

ANICETO — Tres y dos por morir (A Robusta) Buenos dias (A Zoulo) Hay que mandar la rastra pa juntar los cueros (Sentándose en cualquier parte) Dicen que don Juan

¹ Mija en el original

TEATRO

Luis tiene un remedio bueno allá en la estancia

DON ZOILO — Sí, una vacuna Pero eso debe ser para animales finos

BATARÁ — ¡Guena vacuna! Cuando vino el ingeniero ese pa probar el remedio, se murió medio rodeo de mestizas en la estancia grande, ¡bah! Ese franchute no mas ha de haber sido el que trujo la epidemia

ANICETO — Grano malo no es

DON ZOILO — Ultimamente, sea lo que sea , que se muera todo de una vez ¡Si fuera mío el campo, ya le habría prendido fuego! ¡Ensilame el overo! (*Batará mutis*)

ESCENA VII

RUDELINDA — ROBUSTA — DON ZOILO — ANICETO

RUDELINDA — ¡Che, princesa! Podés ir a tender la cama, si te parece ¿O esperás que las sirvientas lo hagan? Pronto es mediodía, y todo está sucio

ROBUSTA — No rezongués Ya voy (*Vase*)

RUDELINDA — ¡Movete, pues! (*A Aniceto*) Buen día ¿No han carniado?

DON ZOILO — No sé qué ¡Si no te carniamos a vos!

RUDELINDA — ¡Tas muy chusco! ¡No hablo con vos!

ANICETO — No hay nada, doña Anduve mirando si encontraba alguna ternera en buenas carnes y

FLORENCIO SANCHEZ

RUDELINDA — Pues yo he visto muchas

ANICETO — Ajenas, serían

DON ZOILO — No perdás tiempo, hijo, en escuchar zonceras

RUDELINDA — ¡Zonceras! ¿Y qué comemos, entonces? ¿Querés seguir manteniéndonos a pura mazamorra? Charque no hay más

DON ZOILO — Pero hay mucho rulo, y mucha moña, y mucha comadrería

RUDELINDA — Mejor.

DON ZOILO (*Con rabia*) — ¡Entonces, no se queje, canejo!

RUDELINDA — ¡Avisá si también pensás matarnos de hambre!

DON ZOILO — Si tenés tanta, pegá un volido pal campo ¡Carnizas no te han de faltar! Podras hartarte con tus amigos los caranchos Che, Aniceto Via dir hasta el boliche a buscar un emplasto poroso pa Robusta, que la pobre ta muy mal de la tos Reparame un poco esto, y si se alborotan mucho las cotorras, meniales chumbo no más (*Vase lentamente por izquierda*)

RUDELINDA — Eso es, pa esa guacha tísica todos los cuidaos, los demas que revienten Anda no más Anda no más, que poco te va durar el contento (*A Aniceto*) ¿Y a Vd lo han dejao de cuidador? Bonito papel, ¿no? ¡Jua! ¡Jua! El maizal con espantajo (*Mutis*)

ESCENA VIII

ROBUSTA — ANICETO

ANICETO — ¡Pcha que son piores! (*Se pone a lavarse las manos junto al barril, echándose agua con el jarro*)

ROBUSTA — ¡Esperesé! ¡Yo le ayudo!

ANICETO — No, deja. Ya va a estar, hija.

ROBUSTA (*Tomando el jarro y volcándole agua en las manos*) — ¡Hija! ¡La facha para padre de familia! ¿Quiere jabon?

ANICETO — ¡Gracias, ya está! (*Intenta secarse con el poncho*)

ROBUSTA — ¡Ave María! No haga eso, no sea (*Va corriendo adentro y vuelve con una toalla*) Ahí tiene (*Fatigada*) ¡Jesus!, no puedo correr. Parece que me ahogo.

ANICETO — ¡Vea! ¡Por meterte a comedida!

ROBUSTA — Ya paso (*Burlona*) ¡Retemé no más, tatita! ¡No digo! Si tiene andar de padre de familia.

ANICETO — ¡Oh! Te ha dado fuerte con eso.

ROBUSTA — ¡Claro! ¡Si me trata con una seriedad!

ANICETO — ¿Yo?

ROBUSTA — ¡Siempre que me habla pone una cara! (*Remedando*) Así fea (*Ahucando la voz*) “¡Gracias, m’hija!”¹ ¡Hacé esto, m’hija!”² ¡Buen día, hija!” O si no, se pone bueno y man-

1 ‘Mija’ en el original

2 Idem

silo como tata y me trata de Vd “¡Hijita, el rocío puede hacerle mal! Hija, alcancemé eso, ¿quiere?” ¡Ja, ja, ja! Cualquier día, equivocada, le pido la bendición

ANICETO — ¡Vean las cosas que se le ocurren!
Es mi manera así

ROBUSTA — ¿Y cómo con otras no lo hace?

ANICETO — ¡Ah! Porque, porque

ROBUSTA — ¡Dígalo, pues! A que no se anima

ANICETO — Porque bueno y si vamos a ver
¿por qué vos me tratas de Vd y con tanto respeto?

ROBUSTA (*Confundida*) — ¿Yo? ¿Yo? Este
¡miren qué gracia! Porque ¿Quiere que le cebe mate?

ANICETO — ¡No señor! ¡Respondé primero!

ROBUSTA — Pues porque antes, como yo era
chica y Vd tamaño hombre, me parecia feo
tratarlo de vos

ANICETO — ¿Y ahora?

ROBUSTA (*Ruborizada*) — Ahora Ahora por-
que porque me da verguenza

ANICETO (*Extrañado*) — ¡Verguenza de mí!
¡De un hermano casi!

ROBUSTA — ¡No verguenza, no! Este ¡Sí! ¡No
sé qué! Pero (*Como inquietándose por sus
propios pensamientos*) ¡Ay! ¡Si nos vieran
juntos! ¡Conversando así de estas cosas!

ANICETO — ¿De cuáles?

ROBUSTA — ¡Nada, nada! Este ¡Caramba! Venga
a sentarse y hablaremos como dos buenos
amiguitos

ANICETO (*Con mayor extrañeza y curiosidad*) —
 ¿Y antes cómo hablábamos?

ROBUSTA (*Impaciente*) — ¡Jesús si parezco
 loca! ¡No sé ni lo que digo! Quería decir
 No me haga caso, ¿eh? Bueno ¡Siéntese! ¡A
 ver! ¿Qué iba a preguntarle? ¡Ah! ¡Ya me
 acuerdo! Diga ¿por qué venía tan triste
 esta mañana del campo?

ANICETO (*Ingenuo*) — Pensando en todas las
 desgracias de padrino Zoilo

ROBUSTA — ¡Cierto! ¡Pobre tatita! ¡Me da una
 lastima! ¡A veces tengo miedo de que vaya a
 hacer alguna barbaridad! (*Pausa*) Pues ¿Y
 en qué otra cosa pensaba?

ANICETO — En nada

ROBUSTA — ¿En nada, en nada, en nada más?
 Vamos ¡A que no me dice la verdad!

ANICETO — Por Dios, que no

ROBUSTA — ¿Se curó tan pronto?

ANICETO — ¡Ay, hija! ¡No había caído!

ROBUSTA — ¿Otra vez? ¡Bendición, tatita!

ANICETO — Bueno No te trataré más así, si no
 te agrada

ROBUSTA — Me agrada Es que Vd piensa que
 siempre soy una chiquilina Pero dejemos eso
 ¿No venía pensando en alguna persona?

ANICETO — No hablemos de difuntos Aquello
 tiene una cruz encima

ROBUSTA — Yo siempre pensé que Prudencia le
 iba a jugar feo

ANICETO — No me quería y se acabó

ROBUSTA — Hizo mal, ¿verdad?

- ANICETO — Pa mí que hizo bien Peor es casarse
sin cariño
- ROBUSTA — Vd si que la quería de veras ¡Qué
lastima! (Pausa) Yo todavía no he tenido
novio ninguno ninguno
- ANICETO — ¿Te gustaria?
- ROBUSTA — ¡Miren qué gracia! ¡Ya lo creo! Un
novio de adeveras pa que se casara conmigo
y lo llevásemos a tata a vivir con nosotros
Siempre pienso en eso
- ANICETO — ¿Al viejo solo? ¿Y las otras?
- ROBUSTA — ¡Ni me acordaba! Bueno, la verdad
es que para lo que sirven ¡bien se las podía
llevar un ventarrón!
- ANICETO (Pensando) — Conque pensando en
novios ¡Está bien! ¡Ta bueno!
- ROBUSTA (Después de un momento) — Diga
¿verdad que estoy mucho más gruesa?
- ANICETO (Sorprendido en su distracción) —
¿Que?
- ROBUSTA — ¡Ave María, qué distraído! ¿No
me halla mas repuesta?
- ANICETO — ¡Mucho!
- ROBUSTA — Si no fuese por la tos, estaría tan
alta y tan carnuda como Prudencia, ¿verdad?
Sin embargo, Dios da pan al que no tiene
dientes
- ANICETO — ¡Así es!
- ROBUSTA — Yo, en lugar de ella
- ANICETO (Alzándose) — En lugar de ella
¿qué?
- ROBUSTA — ¡Ay, qué curioso!
- ANICETO — Diga, pues

ROBUSTA (*De pie, azorada, ante el gesto insistente de Aniceto*) — Pero ¿Yo qué he dicho? No, no me haga caso Estaba distraida ¡Ay, me voy! Soy una aturdida Adiós, ¿eh? (*Volviéndose*) ¿No se va a enojar conmigo?

ANICETO (*Tierno*) — ¡Venga, hija, escúcheme!

ROBUSTA (*Vivamente*) — ¡Bendicion, tata! (*Mutis*)

ANICETO — ¡Santita! (*Vase lentamente por detrás del rancho*)

ESCENA IX

ÑA MARTINIANA — RUDELINDA — MISIA DOLORES
PRUDENCIA

ÑA MARTINIANA (*Desde adentro izquierda*) — ¡Ave Maria Purisima! (*Con otro tono*) ¡Sin pecado concebida! ¡Apliate no mas, Martiniana, y pasá adelante! (*Apareciendo*) ¡Jesús, qué recibimiento! ¡Ni que fuera el rey de Francia! ¡Ay, cómo vienen todos! (*Saludando*) ¡Reverencias! ¡Reverencias! ¡Quédense sentaos, no mas! ¡Los perdono!

RUDELINDA — ¡Ay, comadre! ¿Cómo le va? ¡La conocí en la voz!

ÑA MARTINIANA — Dejuramente, porque ni me había visto Creí mesmamente que el rancho se hubiese vuelto tapera (*Aparecen sucesivamente Dolores y Prudencia*) ¡Doña Dolores! ¡Prudencita! Estaban atariadas, ¿verdad?

PRUDENCIA — No Conversando, no más

RUDELINDA (*Acercándole un banco*) — Tome asiento, comadre

ÑA MARTINIANA — ¡Siempre cumplida! Tanto honor de una comadre

PRUDENCIA — ¿Y qué buenos vientos la traen?

ÑA MARTINIANA — ¡Miren, la pizcueta! Ya sabe que son guenos vientos

PRUDENCIA — De aquel rumbo

ÑA MARTINIANA — No pueden ser malos, ¿eh? Sin embargo, ande Vdes me ven, casi se me forma remolino en el viaje.

RUDELINDA — ¡Cuenta!

PRUDENCIA — ¿Que le ocurrió?

ÑA MARTINIANA — Nada. Que venía pa acá, y al llegar al portoncito e la cuchilla, ¿con quien creerán que me topo? ¡Nada menos que con el viejo Zoilo!

PRUDENCIA — ¡Con tata!

ÑA MARTINIANA — “¿Ande vas, vieja arcabucera?”, me gritó “¿Ande me da la rial gana”, le conteste. Y así no más me quiso atravesar el caballo por delante. Pero yo, que no quería tener cuestiones con él, por Vdes, ¿saben?, nada más, taloné la tubiana vieja y enderece pa cá al galope.

PRUDENCIA — ¡Menos mal!

ÑA MARTINIANA — ¡Verás, hijita! ¡La cuestión no acabó ahí! En cuanto me vido galopando, adivinen lo que hizo ese viejo hereje “¿Ande te has de dir, avestruz loco?”, me gritó, y empezó a revolver las boleadoras. Sea cosa, dije yo, que lo haga, y sujeté no más “¿Vas pa casa?” “¿Qué le importa?” Y se armó la tin-

guitanga “Sí, señor, viá a visitar a mi comadre y a las muchachas, que las pobres son tan guenas y Vd las tiene viviendo en la inopia, soterradas en una madriguera”, y que tal y que cual ¡Pcha! Ahí no más se me durmió a insultos Pero yo no me quedé atrás y le dije, defendiéndolas a Vdes, como era mi obligación, tantas verdades, que el hombre se atoro Aurita nomas me pega un chirlo, pensé ¡Pero, nada! Se quedó un rato serio rascandose la piojera, y después, dentrando en razón, de juramento, me dijo “Hacé lo que te acomode ¡al fin y al cabo!” “¿Que les parece? Después habrá quien dice que ña Martiniana Rebenque no sabe hacer las cosas ¡Ah! ¿Y sabés lo que me dijo también al principio? Que sabía muy bien que don Juan Luis había estao en casa aquel dia que vos fuiste, Prudencia, a pasar conmigo Qué temeridad, ¿no?”

ESCENA X

DICHOS — ROBUSTA

ROBUSTA (*Aparece demudada, sosteniéndose en el marco de la puerta, con voz muy débil*) — ¿Me quieren dar un poco de agua?

RUDELINDA — Ahí está el barril

ROBUSTA (*Tose tapándose la boca con un pañuelo que debe estar ligeramente manchado de sangre*) — ¡No puedo!

ÑA MARTINIANA — ¿Cómo te va, hija?.

- ¡Che! ¿Qué tenés? (*Acude en su ayuda*)
 Vengan, que a esta muchacha le da un mal
- MISIA DOLORES (*Alarmada*) — ¡Hija! ¿Qué te pasa?
- ÑA MARTINIANA (*Avanza sosteniéndola*) — ¡Coraje, mujer! No es nada no se aflija Con un poco de agua
- PRUDENCIA (*Que se ha acercado llevando el agua*) — Tomá el agua ¡Parece que echa sangre!
- RUDELINDA — ¡De las muelas, será! ¡Más mañera esa zorra!
- ROBUSTA (*Bebe un sorbo de agua, sofocada siempre por la tos, y a poco reacciona un tanto*) — No fue nada Lléveme adentro
- MISIA DOLORES — ¡Virgen Santa! ¡Qué susto!
- ÑA MARTINIANA (*Conduciéndola con Prudencia*) — Hay que cuidar, hija, esa tos Así empiezan todos los tísicos Yo siempre le decia a la finadita hija de don Basilio Fuentes “Cuidate, muchacha Cuidate, muchacha, y ella ” (*Mutis*)

ESCENA XI

DICHOS, menos ROBUSTA

- MISIA DOLORES — Esta hija todavía nos va a dar un disgusto, verás lo que te digo
- RUDELINDA — No te preocupes De mimosa lo hace Pa hacer meritos con el bobeta del padre
- MISIA DOLORES — ¡No exageres! Enferma está

RUDELINDA — Bueno Pero la cosa no es pa tantos aspavientos

ÑA MARTINIANA (*Reapareciendo con Prudencia*) — ¡Ya está aliviada!

MISIA DOLORES — ¿Se acosto?

ÑA MARTINIANA — Sí Vestida no más Seria bueno que Vd fuera a verla, doña Dolores y le diera un tecito de cualquier cosa

MISIA DOLORES (*Disponiéndose a ir*) — Eso es Un té de sauco, ¿será bueno?

ÑA MARTINIANA — Sí, o si no, mejor, una cucharada de aceite de comer Suaviza el caño de la respiración (*Dolores mutis*)

ESCENA XII

DICHOS, *menos* MISIA DOLORES

RUDELINDA — Y despues, comadre, ¿qué pasó?

PRUDENCIA — Tata se fue y

ÑA MARTINIANA — Y nada más

PRUDENCIA — ¿Qué noticias nos trae?

RUDELINDA — No tenga miedo

ÑA MARTINIANA — Bueno, dice don Juan Luis que no halla otro remedio, que Vdes deben apurarse y convencer a doña Dolores y mandarse mudar con ella pa la estancia vieja El dia que Vdes quieran él les manda el breque al camino y ¡a las de juir!

PRUDENCIA — ¿Y Robusta? ¿Y tata?

RUDELINDA — ¿Y Aniceto?

ÑA MARTINIANA — Ese es zonzo de un lao A Robusta la llevan no más, y en cuanto al viejo, ya verán cómo poniéndole el nido en la jaula, cai como misto Ta aquerenciadazo con Vdes Y mas si le llevan a la gurisa

RUDELINDA — ¿Y como?

PRUDENCIA — Yo tengo miedo por tata ¡Es capaz de matar a Juan Luis

ÑA MARTINIANA — ¡Que va a matar ése! Y, además, no tiene razón, porque don Juan Luis no se mete en nada Son Vdes mismas las que resuelven ¿Por qué le van a consentir a ese hombre, después que les ha derrochao el guen pasar que tenían, que las tenga aqui encerradas y muriendose de hambre? ¡No faltaría mas! Si juese pa algo malo, yo sería la primera en decirles ¡no lo hagan! Pero es pal bien de todos, hijas Vdes se van allá, primero, lo convencen al viejo, y después a vivir la guena vida Vos con tu Juan Luis que tal vez se case pronto, como me lo ha asiguro, Vd comadre, con su comisario que me han dicho, que me han dicho que anda en tratos de arriendo pa poblar y ayuntarse ¿eh? Se pone contenta Y todo como antes

PRUDENCIA — Sí, la cosa es muy linda Pero tata, tata

ÑA MARTINIANA — ¡Qué tanto preocuparte del viejo! Peor sería que juyeras vos sola con tu rubio, como sucede tantas veces, demasiado honrada que sos entuavia, hijita A otros mas copetudos que el viejo Zoilo les han hecho doblar el cogote las hijas, por meterse a contra-

riarles los amores Vdes no van a cometer ningun pecao, y además, si el viejo tiene tanta verguena de vivir como el dice de prestao, mas verguena debería de darle mantenerse a costillas de un pobre como el tape Aniceto, que es el dueño de todo esto

RUDELINDA — Claro esta Y últimamente, si él no quiere venirse con nosotras, que se quede, pa eso estaremos Dolores y yo, pal respeto de la casa ¡qué diablos! (*Resuelta*) ¡Se acabó! Voy a conversar con Dolores y verás cómo la convenzo

ÑA MARTINIANA — ¡Así me gusta, comadre! Las mujeres han de ser de resolución

ESCENA XIII

DICHOS, *menos* RUDELINDA

PRUDENCIA — Rudelinda no sabe nada de aquello, ¿verdad?

ÑA MARTINIANA — ¡Qué esperanza! ¿Te has creído que soy alguna? ¡No faltaba más!

PRUDENCIA — No sé por qué me parece que anda desconfiada

ÑA MARTINIANA — No hagás caso Hacé de cuenta que todo ha pasao entre vos y él Además, pa decir la verda, yo no vide nada Taba en la cachimba lavando

PRUDENCIA — ¡Pschsss!

ESCENA XIV

DICHOS — RUDELINDA — DON ZOILO

DON ZOILO — ¿Ande está Robustiana?

PRUDENCIA — Acostada (*Zoilo vase*)

ÑA MARTINIANA — Mire don Zoilo Tiene que cuidar mucho a esa gurisa No la hallo bien No me gusta ningun poquito esa tos

RUDELINDA — No pude hablar con Dolores, pero es lo mismo ¿Pa cuando podra ser, comadre?

ÑA MARTINIANA — Cualquier dia No tiene más que avisarme Ya saben que pa obra guena siempre estoy lista

RUDELINDA — Bueno, pasao mañana ¿Te parece, Prudencia? ¡O mejor, mañana, no más!

ESCENA XV

DICHOS — ANICETO — EL SARGENTO

ANICETO — ¡Pase adelante!

SARGENTO — ¡Guen dia! (*A Rudelinda*) ¿Cómo le va, doña? (*A Prudencia*) ¿Qué tal, moza? ¿Qué hace, ña Martiniana?

RUDELINDA — ¿Cómo esta, sargento? ¿Y el comisario?

SARGENTO — Gueno Aqui le manda muchos recuerdos y esta cartita pa Vd

RUDELINDA — Está bien, gracias

ÑA MARTINIANA — ¿Anda de recorrida o viene derecho?

SARGENTO — Derecho Vengo en comisión
(*Volviéndose a Aniceto*) ¡Ah! Y con Vd
tampoco anda muy bien el comisario Dice que
a ver por que no jué a la reunión de los otros
dias, que si ya se ha olvidao que hay eleccio-
nes, y superior gobierno, y partidos

ANICETO — Digale que no voy ande no me con-
vidan

SARGENTO — ¡No se retobe, amigazo! La política
anda albotada y no es gueno estar mal con
el superior ¿Y don Zoilo? (*A Rudelinda*)
Me dijo el capitán que no se juesen a asustar
las mozas, que no es pa nada malo Estará un
rato en la oficina Cuando hable con él, lo
largan

ESCENA XVI

DICHOS — DON ZOILO

DON ZOILO — ¿Qué andás queriendo vos por
acá?

SARGENTO — ¡Guen día, viejo! Aquí andamos
Este vengo a citar lo

DON ZOILO — ¿A mí?

SARGENTO — Es verdad

DON ZOILO — ¿Pa qué?

SARGENTO — Vaya a saber uno Lo mandan
y va

DON ZOILO — ¿Y no tienen otra cosa qué hacer
que molestar vecinos?

SARGENTO — Así sera (*Batará asoma, escucha
un momento la conversación y se va*)

DON ZOILO — Ta gueno Pues Decile a Butiérrez que si por casualidad tiene algo que decirme, mande o venga ¿Me has oido?

SARGENTO — Es que vengo en comisión

DON ZOILO — ¡Y a mí que me importa!

SARGENTO — Con orden de llevarlo

DON ZOILO — ¿A mí? ¿A mí?

SARGENTO — Eso es

DON ZOILO — ¿Pero han oido Vdes ?

SARGENTO (*Paternal*) — No ha de ser por nada Cuestión de un rato Venga no mas Si se resiste, va a ser pior

ÑA MARTINIANA — Claro que sí Bé de ir no mas a las guenas ¿Qué saca con resistir a la autoridad?

DON ZOILO — ¡Callá esa lengua vos! Vamos a ver un poco, ¿no estás equivocao? ¿Vos sabés quien soy yo? ¡Don Zoilo Carabajal, el vecino don Zoilo Carabajal!

SARGENTO — Si, señor Pero eso era antes, y perdone Aura es el viejo Zoilo, como dicen todos

DON ZOILO — ¡El viejo Zoilo!

SARGENTO — Si, amigo, cuando uno se guelve pobre, hasta el apelativo le borran

DON ZOILO — ¡El viejo Zoilo! Con razón ese mulita de Butiérrez se permite nada menos que mandarme a buscar preso En cambio, él tiene aura hasta apellido Cuando yo le conocí no era mas que Anastasio, el hijo de la parda Benita ¡Trompetas! (*A voces*) ¡Trompetas! ¡Trompetas, canejo!

ANICETO — No se altere, padrino A cada chanchito le llega su turno

DON ZOILO — ¡No me'de alterar, hijo! Tiene razón el sargento El viejo Zoilo y gracias ¡Pa todo el mundo! Y los mejores a gatas si me tienen lástima ¡Trompetas! Y si yo tuviese la culpa, menos mal Si hubiese derrochado, si hubiese jugao, si hubiera sido un mal hombre en la vida, si le hubiese hecho daño a algún cristiano, paso, lo tendría merecido Pero juí bueno y servicial, nunca cometí una mala acción, nunca ¡canejo!, y aura, porque me veo en la mala, la gente me agarra pal manoseo, como si el respeto fuese cosa de poca o mucha plata

SARGENTO — Eso es Eso es

RUDELINDA — ¡Ave María! ¡No exagerés!

DON ZOILO — ¡Que no exagere! ¡Si al menos Vdes me respetaran! Pero ¡ni eso, canejo! Ni los míos me guardan consideración Soy más viejo Zoilo pa Vdes, que pal más ingrato de los ajenos ¡Vida miserable! Y yo tengo la culpa ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! Por ser demasiado pacifico Por no haber dejao un tendal de bellacos ¡Yo tuve la culpa! (*Después de una pausa*) ¡Y dicen que hay Dios! (*Pausa prolongada, las mujeres, silenciosas, vanse por foro Don Zoilo se pasea*)

ESCENA XVII

DON ZOILO — ANICETO — SARGENTO — BATARÁ

DON ZOILO — Está bien, sargento Lléveme no mas ¿Tiene orden de atarme? Proceda no más

SARGENTO — ¡Qué esperanza! Y aunque tuviese Yo no ato cristiano manso

DON ZOILO — ¿No sabe qué hay contra mí?

SARGENTO — Decían que una denuncia de un vecino

DON ZOILO — ¡Tambien eso! ¡Quién sabe si no me acusan de carniar ajeno! Lo único que me faltaba

BATARÁ (*Que se ha aproximado por detrás del rancho a Aniceto*) — Si quieren resistir, le escondo la carabina al milico

ANICETO — ¡Salí de acá!

DON ZOILO (*Al sargento*) — Cuando guste Tengo el caballo ensillao (*A Aniceto*) Hasta la guelta, hijo Si tardo cuidame mucho a la gurisa que la pobrecita no está nada bien

ANICETO — Vaya tranquilo

DON ZOILO — Gueno Marcharé adelante, como preso acostumbrao

SARGENTO (*A Aniceto*) — ¡Salú, mozo! (*Mutis Batara le sigue azorado*)

ESCENA XVIII

ROBUSTA — ANICETO

ROBUSTA — Aniceto ¿Y tata?

ANICETO — Ahí lo llevan

ROBUSTA — Preso, ¿verdad?

ANICETO — Preso

ROBUSTA (*Echándose a correr*) — ¡Ay, tatita!

ANICETO (*Deteniéndola*) — No, no vayás Se afligiría mucho

ROBUSTA — ¡Tata no ha dao motivo! ¡Lo llevan pa hacerle alguna maldad! Dejemé ir ¡Yo quiero verlo! ¡Yo quiero verlo! Capaces de matarlo ¡Larguemé!

ANICETO — Venga acá No se aflija Es pa una declaración

ROBUSTA — ¡No, no, no, no! ¡Vd me engaña! ¡Ay, tatita querido! (*Llora desconsolada*)

ANICETO — Calmesé no sea mala

ROBUSTA — ¡Aniceto! ¡Aniceto! El corazón me anuncia desgracia, ¡dejemé ir!

ANICETO — ¿Qué sacaría con afligir más a su tata? Es una injusticia que lo prendan sin motivo Pero ¿que le hemos de hacer? Calmesé y esperemos Antes de la noche lo tendremos de vuelta

ROBUSTA — Pero ¿y mama? ¿Y Prudencia? ¿Y la otra? ¿Qué han hecho por tata?

ANICETO — ¡Nada, hija! Ahí andan con el rabo caído, con verguenza de juramento

- ROBUSTA — ¡Qué idea! ¡Tal vez ellas, no más!
Serian capaces las infames (*Enérgica*)
¡Oh! Yo lo he de saber
- ANICETO — Quedesé quieta, ¡no se meta con esas
brujas que es pa pior!
- ROBUSTA — Si, son ellas, son ellas pa quedar
mas libres ¡Ay, Dios Santo! ¡Que infames!
- ANICETO — No sería difícil Pero calmese Tal
vez todo eso sea pa mejor No hay mal que
dure cien años Estese tranquilita y tenga
paciencia
- ROBUSTA — ¡Ah! Vd es muy bueno El único
que lo quiere
- ANICETO — ¡Bien que se lo merece! Amalaya
me saliera bien una idea y verán cómo pronto
cambiaban las cosas
- ROBUSTA — ¿Qué idea? Cuentemela
- ANICETO — Después, más tarde
- ROBUSTA — ¡No! ¡Ahora! Dígamela pa conso-
larme
- ANICETO — Bueno, si me promete ser juicio-
sa ¿Se acuerda lo que hace un rato me de-
cia hablando de novios?
- ROBUSTA — Si
- ANICETO — Pues ya le tengo uno
- ROBUSTA (*Sorprendida*) — ¿Cómo yo queria?
- ANICETO — Igualito De modo que si a Vd le
gusta un día nos casamos
- ROBUSTA — ¡Ay, Jesús!
- ANICETO — ¿Qué es eso, hija? ¿Le hice mal? Si
hubiese sabido
- ROBUSTA — No un mareo Pero ¿lo dice de
veras? (*Asentimiento*) ¿De veras? ¿De veras?

(Id) ¡Ay! Aniceto Me dan ganas de llorar de llorar mucho Mi Dios, ¡qué alegría!
(Llora estrechándose a Aniceto, que la acaricia enternecido)

ANICETO — ¡Pobrecita!

ROBUSTA — ¡Que dicha! ¡Qué dicha! ¿Ve? Ahora me río De modo que Vd me quiere ¿Y Vd cree que yo me voy a curar y a poner buena moza y nos casamos? ¿Y viviremos con tata los tres, los tres solitos? ¿Sí? Entonces no lloro más

ANICETO — ¿Aceta?

ROBUSTA — ¡Dios! ¡Si parece un sueño! Vivir tranquilos, sin nadie que moleste, queriéndose mucho, el pobre tata, feliz, allá lejos en una casita blanca Yo sana sana
¡En una casita blanca! (Radiante, va dejando resbalar la cabeza sobre el pecho de Aniceto)

TELÓN

ACTO TERCERO

Igual decoracion que el acto segundo,¹ más una cama de fierro bajo el alero, junto a la puerta Es de día Al levantarse el telon, aparece en escena Don Zoilo, encerando un lazo y silbando despacito Al concluir lo cuelga del alero Luego de un pequeño momento, hace mutis por el foro, a tiempo que salen del rancho Rudelinda y Misia Dolores

ESCENA I

RUDELINDA — MISIA DOLORES

RUDELINDA — ¡Ahí se va solo! Andá a hablarle Le decís las cosas claramente y con firmeza Verás como dice que sí, esta muy quebrao ya Peor sería que nos fuésemos, dejándolo solo en el estao en que se halla

MISIA DOLORES — Es que no me animo, me da no sé que ¿Por qué no le hablás vos?

RUDELINDA — Bien sabés que conmigo, ni palabra

MISIA DOLORES — ¿Y Prudencia?

¹ En el original de Sánchez, el tercer acto tiene el siguiente encabezamiento

La misma decoración Muestras de abandono Contra la pared del rancho una cama desarmada asoleándose

ESCENA

“Al levantarse el telón Zoilo debe estar concluyendo de ensebar un lazo, cuando termina lo enrolla y lo cuelga en el alero Luego bebe un jarro de agua y se aleja lentamente, silbando bajo un motivo cualquiera, monótono motivo que silba durante todo el acto

RUDELINDA — ¡Peor todavía! Animate, mujer
Despues de todo no te va a castigar Y como
mujer dél que sos, tenes derecho a darle un
consejo sobre cosas que son pal bien de todos

MISIA DOLORES — No De veras No puedo Sien-
to verguenza, miedo, ¡qué sé yo!

RUDELINDA — ¡Jesus! ¿Te dentra el arrepen-
timiento y la verguenza después que todo es-
ta hecho? Además, no se trata de un delito

MISIA DOLORES — No me convencés Prefiero
que nos vayamos callaos no mas como pen-
samos irnos la otra vez

RUDELINDA — Se ofenderá más y no quedará sa-
ber despues de nada

MISIA DOLORES — Y don Juan Luis, ¿no le iba a
escribir?

RUDELINDA — Le escribió, pero el viejo rompió
la carta sin leerla Resolvete, pues

MISIA DOLORES — No no y no

RUDELINDA — ¡Bueno! Se hará como vos decís
Pero después no me echés las culpas si el vie-
jo se empaca ¡Mirá! Ahí llega Martiniana
con el breque Si te hubieses decidido, ya es-
tariamos prontas ¡Pase, pase, comadre!

ESCENA II

DICHOS — ÑA MARTINIANA

ÑA MARTINIANA — ¡Buen día les dea Dios!

RUDELINDA — ¿Qué es ese lujo, comadre? ¡En
coche!

ÑA MARTINIANA — Ya me ve ¡Qué corte! Pasa-

ba el breque vacío cerca a casa, domando esa junta, y le pedí al pión que me trujese (Bajo) Alla lo vide al viejo a pie, por entre los yuyos ¿Le hablaron?

RUDELINDA — ¿Qué? Esa pavota no se anima Nos vamos callados

ÑA MARTINIANA — Como Vdes quieran Pero yo, en el caso de Vdes, le hubiese dicho claro las cosas El viejo, que ya está bastante desconfiao, puede creer que se trata de cosas malas Cuando íbamos a juir la otra vez, era distinto Entonces vivía entuavía la finadita Robustiana, Dios la perdone, y era mas fácil de convencer

RUDELINDA — Ya lo estás oyendo, Dolores

MISIA DOLORES — Tendran Vdes razón Pero yo no me atrevo a decirle nada

RUDELINDA — Entonces nos quedamos a seguir viviendo una vida arrastrada, como los sapos, en la humedad de este rancho, ¡sin tener qué comer casi, ni qué ponernos, ni relaciones, ni nada!

MISIA DOLORES — No se por qué pero me parece que me anuncia el corazón que eso sería lo mejor Al fin y al cabo no lo pasamos tan mal Y tenga los defectos que tenga, mi marido no es un mal hombre

RUDELINDA — Pero bien sabes que es un maniatico Por necesidad, sería la primera en acetar la miseria Pero lo hace de gusto, de caprichoso Don Juan Luis le ofrece trabajo, nos deja seguir viviendo en la estancia como si fuese nuestra ¿Por qué no quiere? Si no le

gustaba que Juan Luis tuviese amores con Prudencia y que Butiérrez me visitase, y que nos divirtiésemos de cuando en cuando con decirlo, santas pascuas

ÑA MARTINIANA — Claro está Yo, comadre

RUDELINDA — Todo fue por hacerle gusto a ese ladio de Aniceto, que andaba celoso de Prudencia, y por los chismes de la gurisa Por eso no mas Ahora que se acabó el asunto, no veo por qué ha de seguir porfiando

MISIA DOLORES — Bien, no hablemos más, ¡por favor! ¡Hagan de mi lo que quieran! Pero no me animo, no me animo a hablarle (Se va)

ESCENA III

DICHOS, *menos* MISIA DOLORES

ÑA MARTINIANA — Ultimamente, ni le hablen yo decía por decir Mire, comadre, vamos no más La cosa sería hacerlo retirar hoy de las casas Vamos a pensar Si me hubiesen avisao temprano, yo le hablo a Butiérrez pa que lo cite como la vez pasada ¡Estuvo gueno aquello! ¡Lástima que la enfermedad de la gurisa no nos dejó juir! ¡Qué cosa! Si no fuese que se murió la pobrecita, pensaría que lo hizo de gusto ¡Dios me perdone!

RUDELINDA — Bueno, y ¿cómo haríamos, comadre?

ÑA MARTINIANA — No se aflija Ta tratando con una mujer de recursos ¡Peresé! ¡Peresé!

Vea, ¡ya sé! ¡Pcha!, si lo que no invento yo, ni al diablo se le ocurre Vaya no más tranquila, comadre, a arreglar sus cositas

RUDELINDA — ¿Contamos con Vd, entonces?

ÑA MARTINIANA — ¡Phsss! Ni qué hablar (*Rudelinda mutis*)

ESCENA IV

ÑA MARTINIANA — PRUDENCIA

ÑA MARTINIANA — Gueno, pitaremos, como dijo un gringo (*Lía un cigarrillo y lo enciende*)

PRUDENCIA — ¿Que tal, Martiniana?

ÑA MARTINIANA — Aquí andamos, hija Ya te habrás despedido de toda esta miseria Mire que se precisa ancheta pa tenerlas tanto tiempo soterradas en semejante madriguera Fíjate, che ¡La mansión con que te pensaba osequiar ese abombao de Aniceto! ¿Pensaría que una muchacha decente y educada, y acostumbrada a la comodidad, iba a ser feliz entre esos cuatro terrones? ¡Que abombao! Mejor han hecho su casa aquellos horneritos, en el mojinete ¡Qué embromar! ¡Che che! ¡La cama de la finadita! ¿Sabés que me dan ganas de pedirla pa mi Nicasia? La misma que lo hago Dicen que ese mal se pega pero con echarle agua hirviendo y dejarla al sol Ta en muy guen uso y es de las juertes ¡Ya te armaste, Martiniana! ¡Pobre gurisa! ¡Quién iba a creer! Y ya hace ¿cuanto, che? Como veinte días ¡Dios la tenga en guen sitio a la infeliz! ¡Cómo pasa

el tiempo! Che, ¿y era cierto que se casaba pronto con Niceto?

PRUDENCIA — Ya lo creo Aniceto no la quería, ¿Qué iba a querer! Pero por adular a tata!

ÑA MARTINIANA — Enfermedad bruta, ¿eh? ¿Que duró? Ocho días o nueve, y se fue en sangre por la boca (*Suspirando*) ¡Ay, pobrecita! ¿Y el viejo, sigue callao no más?

PRUDENCIA — Ni una palabra Desde que Robustiana se puso mal, hasta ahora no le hemos oído decir esta boca es mía Conversa con Aniceto, y eso lejos de la casa y después se pasa el día dando vueltas y silbando despacito

ÑA MARTINIANA — Ha quedao maniático con el golpe La quería con locura

ESCENA V

DICHOS — ANICETO — DON ZOILO

ANICETO (*Cruza la escena con algunas herramientas en la mano y va a depositarlas bajo el alero*)

DON ZOILO (*Que entra un instante después, silbando en la forma indicada, a Aniceto*) — ¿Acabó?

ANICETO — Sí, señor

DON ZOILO — ¿Quedó juerte la cruz?

ANICETO — Sí, señor Y alrededor de la verja, le planté unas enredaderitas Va a quedar muy lindo

DON ZOILO — Gracias, hijo (*Recomenzando el motivo, tantea el lazo que dejó antes y regre-*

sa hacia el barril de agua bebiendo algunos sorbos)

ÑA MARTINIANA — Guen día, don Zoilo Yo venía en el breque a pedirle que las dejara a Dolores y a las muchachas ir a pasar la tarde a casa

DON ZOILO — ¿Qué?

ÑA MARTINIANA — Ir a casa Las pobres están tan tristes y solas, que me dio pena

DON ZOILO (*Para sí*)¹ — ¿Cómo no? Es mucho mejor (*Mutis*)

ÑA MARTINIANA — Muchas gracias, don Zoilo Ya sabia (*Volviéndose*) Che, Pruda, corré y avisales que esta arreglao, que vengan no más cuando quieran (*Prudencia vase*)

ESCENA VI

ANICETO — ÑA MARTINIANA

ANICETO — ¡Ep' ¡Vieja! En seguidita, pero en seguidita, ¿me oye?, sube en ese breque y se manda mudar

ÑA MARTINIANA — Pero

ANICETO — No alcés la voz (*Enseñándole el talero*) ¿Ves esto? ¡Gueno! ¡Sin chistar!

ÑA MARTINIANA — Yo

ANICETO — ¡Volando, he dicho! ¡Ya! (*Martiniana se va encogida, bajo la amenaza del talero con que la amaga durante un trecho Aniceto*)

¹ Pensamos que la acotación, colocada en ese lugar por Sánchez tendría que ir después de "¿Cómo no?" Así lo dejan suponer las palabras de agradecimiento y el alborozo de ña Martiniana

ESCENA VII

ANICETO — RUDELINDA

ANICETO (*Volviéndose*) — ¡Son lo último de lo
 pior! ¡Ovejas locas!

RUDELINDA — ¿Y mi comadre?

ANICETO — Se fue

RUDELINDA — ¿Cómo? ¡No puede ser!

ANICETO — Yo la espanté

RUDELINDA (*Queriendo llamarla*) — Martí

ANICETO (*Violento, a la vez*) — ¡Callese! ¡Llame
 a doña Dolores!

RUDELINDA (*Sorprendida*) — ¿Pero qué hay?

ANICETO — Llámelas y sabrá (*Rudelinda, asomándose a la puerta del rancho, hace señas*)

ESCENA VIII

DICHOS — MISIA DOLORES

MISIA DOLORES — ¿Qué pasa?

RUDELINDA — No sé Aniceto

MISIA DOLORES — ¿Qué querés, hijo?

ANICETO — Digan ¿No tienen alma Vdes?

¿Qué herejía andan por hacer?

MISIA DOLORES (*Confundida*) — ¿Nosotras?

ANICETO — Las mismas ¿No les da ni un
 poco de lástima ese pobre hombre viejo?

¿Quieren acabar de matarlo?

RUDELINDA — Che , ¿con qué derecho te metés
 en nuestras cosas? ¿Te dejó enseñada la
 lección Robustiana?

ANICETO — Con el derecho que tiene todo hombre bueno de evitar una mala acción Vdes se quieren dir pa la estancia vieja , escaparse y abandonarlo cuando mas carece de consuelo y de cuidados el infeliz ¿Qué les precisa darle ese disgusto que lo mataría? Vea, doña Dolores, Vd es una mujer de respeto y no del todo mala Por favor impóngase de una vez Mande en su casa, resígnese a todo y trate de que padrino Zoilo vuelva a encontrar en la familia el amor y el respeto que le han quitado

MISIA DOLORES — Yo , yo , yo no sé nada, hijo

RUDELINDA — Dolores hará lo que mejor le cuadre, ¿has oido? Y no precisa consejos de entrometidos

ANICETO — Callesé ¡Vd es la pior! La que les tiene regueltos los sesos a esas dos desgraciadas Ya tiene edá bastante pa aprender un poco e juicio

RUDELINDA — ¡Jesús María! ¡Y después quedran que una no se queje! ¡Si hasta este mulato guacho se permite manosiarla! ¿Que te has creido, trompeta?

ANICETO — Haga el favor ¡No grite! ¡Podría oír!

RUDELINDA — Bueno ¡Que oiga! Si lo tiene que saber despues, que lo sepa ahora Sí, señor Nos vamos pa la estancia, a lo nuestro Queremos vivir con la comodidad que Zoilo nos quitó por un puro capricho ¡A eso! Y si a él no le gusta, que se muerda

No vamos a estar aquí tres mujeres (*Zoilo aparece por detrás del rancho*) dispuestas a sacrificarnos toda la vida por el antojo de un viejo maniático

ANICETO — ¿Vd que dice, señora?

MISIA DOLORES — ¡Ay! ¡No sé! ¡Estoy tan afligida!

ANICETO — Bueno Si Vd no dice nada, yo yo no voy a permitir que cometan esa picardía

RUDELINDA — ¿Vas a orejearle como es tu costumbre? Si no les tenemos miedo ¿a ninguno de los dos! Andá, contale, decile que

ANICETO — ¡Ah! Conque ni esa verguenza les queda ¡Arrastradas! Conque se empeñan en matarlo de pena Pues gueno, lo mataremos entre todos, pero les viá a sobar el lomo de una paliza primero, y todavía será poco, ¡desorejadas! ¡Pa lo que merecen! ¡Desvergonzadas! ¿Qué se han pensao? ¿Se creen que soy ciego? ¿Se creen que no sé que la mataron a disgustos a la pobre chiquilina? ¿Se piensan que no sé que entre la vieja Martiniana y Vd¹ que es otra bandida, como ella, han hecho que a esa infelz de Prudencia la perdiera don Juan Luis?

RUDELINDA — ¡Miente!

MISIA DOLORES — Virgen de los Desamparados, ¿que estoy oyendo?

ANICETO — La verdá Vd es una pobre diablo

1 Aunque Sánchez no coloca acotación, es indudable que se refiere a Rudelinda

y no ha visto nada Por eso el empeño de irse
 Pa hacer las cosas más a gusto ¡Esta con su
 Butiérrez y la otra con su estanciero! Y co-
 mo si juese todavía poca infamia, pa tener un
 hombre honrao y gueno de pantalla de tanta
 inmundicia (*Pausa. Dolores llora.*) Y ahora,
 si quieren pueden dirse pueden dirse
 pueden dirse , pero van a tener que dir pa-
 sando bajo el mango de este rebenque
 RUDELINDA (*Reaccionando enérgica*) — ¡Eh!
 ¿Quién sos vos? ¡Guacho!
 ANICETO — ¿Yo? (*Levanta el talero*)

ESCENA IX

DICHOS — DON ZOILO

DON ZOILO (*Imponente*) — ¡Aniceto! (*Estupe-
 facción*) Vd no tiene ningun derecho
 ANICETO — Perdone, señor
 RUDELINDA — Es mentira, Zoilo
 DON ZOILO (*A Aniceto*) — Vaya, hijo Haga
 dar guelta ese breque que se va
 ANICETO — Ta bien (*Mutis*)

ESCENA X

DICHOS, menos ANICETO

DON ZOILO (*Se aproxima silbando al barril, bebe
 unos sorbos de agua, que paladea con fruición
 nerviosa y se vuelve silbando*)

RUDELINDA — ¿Has visto a ese atrevido insolente? ¡Pura mentira!

DON ZOILO (*Se sienta*) — Sí, eso

RUDELINDA (*Recobrando la confianza*) — Debe estar aburrido de tenernos ya

MISIA DOLORES — ¡Zoiló! ¡Zoiló! ¡Perdoname!

DON ZOILO (*Como dejando caer lentamente las palabras*) — ¿Yo? Vdes son las que deben perdonarme La culpa es mía No he sabido tratarlas como se merecían Con vos fui malo siempre No te quise No pude portarme bien en tantos años de vida juntos No te enseñé tampoco a ser guena, honrada y hacendosa ¡Y guena madre, sobre todo!

MISIA DOLORES — ¡Zoiló! ¡Por favor!

DON ZOILO — Con vos también, hermana, me porté mal Nunca te di un buen consejo, empeñao, en hacerte desgraciada Después te derroché tu parte de la herencia, como un perdulario cualquiera (*Pausa*) Mis pobres hijas también fueron víctimas de mis malos ejemplos Siempre me opuse a la felicidad de Prudencia, y en cuanto (*Con voz apagada por la emoción*), y en cuanto a la otra a la otra a aquel angelito del cielo, la maté yo, la maté yo a disgustos (*Oculto la cabeza en la falda del poncho con un hondo sollozo Rudelinda se deja caer en un banco, abrumada Pausa prolongada Don Zoilo, rehaciéndose, de pie*) Gueno, vayan aprontando no mas las cosas pa dirse Va a llegar el breque

MISIA DOLORES (*Echándose al cuello*) — ¡No no, Zoilo! No nos vamos ¡Perdón! ¡Perdón!

¡Ahora lo comprendo! Hemos sido unas perversas, unas malas mujeres. Pero perdonanos

DON ZOILO (*Apartándola con firmeza*) — Salga, ¡Dejemé! Vaya a hacer lo que le he dicho

MISIA DOLORES — ¡Por María Santísima! Te lo pido de rodillas, ¡Perdón, perdoncito! Te prometemos cambiar pa siempre.

DON ZOILO — ¡No! ¡No! ¡Levántese!

MISIA DOLORES — Te juro que viá ser una buena esposa. Una buena madre. Una santa. Que volveremos a la buena vida de antes, que todo el tiempo va a ser poco pa quererte y pa cuidarte. Deci que nos perdonás, ¡deci que sí! (*Abrazada a sus piernas*)

DON ZOILO — Salí, ¡Déjame! (*La aparta con violencia. Dolores queda de rodillas, llorando sobre los brazos que apoya en el suelo*) Y Vd, hermana, vamos, arriba, ¡Arriba, pues! (*Rudelinda hace un gesto negativo*) ¡Oh! ¿Aura no les gusta? Vamos a ver. (*Se dirige a la puerta del rancho y, al llegar, se encuentra con Prudencia*) ¡Hija! ¡Vd faltaba! Venga, ¡Abrace a su padre! ¡Así!

ESCENA XI

DICHOS — PRUDENCIA

PRUDENCIA — Pero, pero, ¿qué pasa?

DON ZOILO — Nada, no se asuste. Quiero hacerla feliz. La mando con su hombre, con su (*Entra en el rancho*)

ESCENA XII

DICHOS, menos DON ZOILO

PRUDENCIA — ¡Virgen Santa! ¿Qué ocurre?
(*Afligida*) ¡Mama! Mamita querida Le-
vántese Venga (*Se levanta*) ¿Le pegó? ¿Fue
capaz de pegarle?

MISIA DOLORES — Hija desgraciada (*La abraza*)

PRUDENCIA (*conduciéndola a un banco*) — Pero,
¿qué será esto, Dios mío? (*A Rudelinda*) ¡Vos,
contame! ¿Tata, fue? (*Rudelinda no respon-
de*) ¡Ay, que desgracia! (*Viendo a Zoilo*)
¡Tata, tata! ¿Que es esto?

ESCENA XIII

DICHOS — DON ZOILO

DON ZOILO (*tirando algunos atados de ropa*) —
Que se van a la estancia vieja, ¿que fue
del viejo Zoilo! ¿No tenían todo pronto pa
juir? ¡Pues aura yo les doy permiso pa ser
dichosas! (*A las tres*) Gueno Ahí tienen sus
ropas ¡Adiosito! Que sean muy felices

MISIA DOLORES — ¡Zoilo, no!

DON ZOILO — ¡Está el breque! Que cuando vuel-
va no las encuentre aquí (*Se va detrás del
rancho lentamente*)

ESCENA XIV

MISIA DOLORES — PRUDENCIA — RUDELINDA
 ÑA MARTINIANA

ÑA MARTINIANA — ¡Bien decía yo que no eran mas que cosas de ese ladiao de Niceto! ¿Qué? ¿Y esto qué es? Una por un lao otra por otro ¡el tendal! ¡Hum! Me paice que ño rebenque ha dao junción ¡Eh! ¡Hablen, mujeres! ¿Jue muy juerte la tunda? ¡No hagan caso! Los chirlos suelen hacer bien pa la sangre Y después, ¡qué dimontres! ¡No se puede dir a pescar sin tener un contratiempo! ¡Quien hubiese creido que a ese viejo sotreta le iba a dar a la vejez por castigar mujeres! Pero digan algo, cristianas, ¿Se han tragao la lengua?

RUDELINDA (*Levantándose*) — Callesé, comadre (*Sale Aniceto, y durante toda la escena se mantiene a distancia, cruzado de brazos*)

ÑA MARTINIANA — ¡Vaya, gracias a Dios que golvió una en sí! A mí me jué a llamar Niceto ¿Que hay? ¿Nos vamos o nos quedamos?

RUDELINDA — Sí Nos vamos ¡Echadas! ¡Ese guacho de Aniceto la echo a perder! ¡Dolores! ¡Eh! ¡Dolores! ¡Ya basta, mujer! Tenemos que pensar en irnos Ya oíste lo que dijo Zoilo

MISIA DOLORES — No Yo me quedo Vayan Vdes no más

RUDELINDA — ¿Que has de quedar? ¿Sos sorda, entonces? Vos, Prudencia ¿estas vestida? Bueno, andando (*A Dolores*) ¡Vamos, levántate, que las cosas no están pa desmayos! ¡Vaya cargando esos bultos, comadre!

ÑA MARTINIANA — Al fin hacen las cosas como Dios manda (*Recoge los atados*)

RUDELINDA — ¡Movete, pues, Dolores!

MISIA DOLORES — ¡No! Quiero verlo, hablar con él primero, esto no puede ser

RUDELINDA — Como pa historias esta el otro

ÑA MARTINIANA — Obedezca, doña , con la conciencia a estas horas no se hace nada. Dicen, aunque sea mala comparación, que cuando una vieja se arrepiente, tata Dios se pone triste. Aura que me acuerdo ¿No me querría dar o vender esta cama de la finadita? Le vendría bien a Nicasia, que tiene que dormir en un catre de guasquilla. Si cabiera en el pescante, la misma que la cargaba. ¡Linda! Es de las que duran

RUDELINDA — ¡Si, mujer! Mañana mismo la mandamos buscar. Veras cómo se le pasa. ¡Qué va a ser sin nosotras!

ÑA MARTINIANA (*A Prudencia*) — Comedite, pues, y ayudame a cargar el equipaje. Es mucho peso pa una mujer vieja. Andá con eso no más. En marcha, como dijo el finao Artigas (*Antes de hacer mutis*) ¡Hasta verte, rancho pobre! (*Anceto las sigue un trecho y se detiene pensativo observándolas*)

ESCENA XV

ANICETO — DON ZOILO

DON ZOILO (*Aparece por detrás del rancho, observa la escena y avanza despacio hasta arrimarse a Aniceto*) — ¡Hijo!

ANICETO (*Sorprendido*) — ¡Eh!

DON ZOILO — Vaya, acompáñelas un poco y después repunta las ovejitas pa carniar ¿eh? ¡Vaya!

ANICETO (*Observándolo fijamente*) — ¿Pa carniar? Bueno Este ¿Me empriesta el cuchillo? El mío lo he perdido

DON ZOILO — Sí, m'hijo ¹ Tome

ANICETO — Gracias (*Mutis*)

ESCENA XVI

DON ZOILO

DON ZOILO (*Lo sigue con la mirada un instante y volviendo al barril extrae un jarro de agua y lo bebe con avidez, resollando bestialmente al terminar. Al dejar el jarro se le cae al suelo, lo recoge y tantea un lugar seguro donde dejarlo, con la mano un tanto temblorosa. Luego, irguiéndose con energía, va en dirección al alero y toma el lazo que habrá colgado, lo estira, prueba si está bien flexible y lo arma*

1 Mijo', en el original

Colocándose, después, bajo el palo sobrante del moynete, trata de asegurar el lazo, pero al arrojarlo se le enreda en el nido de hornero Forcejea un momento con fastidio por voltear el nido) — ¡Las cosas de Dios! ¡Se deshace más fácilmente el nido de un hombre, que el nido de un pájaro! (Reanuda la tarea de amarrar el lazo hasta que consigue su propósito Se dispone a ahorcarse Cuando está seguro de la resistencia de la sogá, se vuelve al centro de la escena, bebe más agua, toma un banco y va a colocarlo debajo de la horca)

ESCENA XVII

DON ZOILO — ANICETO

(Aniceto se asoma cautelosamente y observa los movimientos de Zoilo, cuidando de no ser visto Cuando éste se ha trepado al banco y se dispone a colocarse la sogá al cuello, corre a impedirselo)

ANICETO — ¡Don Zoilo! ¿Qué va a'hacer? (Lo abraza y lo baja del banco) ¡Parece mentira! ¡Un hombre de su eda! Haciendo esas cosas (Desatando el lazo nerviosamente) Ya me lo habia maliciao ¡Que temerida! Eso no lo hace un cristiano serio (Arroja el lazo al suelo con rabia y se encara con Zoilo) No lo hace, no señor (Zoilo se deja caer en cuchillas, apoyando la espalda en la pared del rancho) ¡Un hombre grande! ¡Increíble! ¿Vd cree que to-

da esa chamuchina de gente merece que una persona bien se mate por ella?

DON ZOILO (*sombrío*) — No me mato por ellos, me mato por mi mismo

ANICETO — ¡La vida no es de uno! ¡Es de Dios y de todos!

DON ZOILO — Cuando a vos te dan una cosa te la dan pa que hagas de ella lo que mas te cuadre

ANICETO — La vida es sagrada

DON ZOILO — Todo lo sagrado es bueno, la vida es mala

ANICETO — Es guena, sí, padrino, la vida. Nosotros la echamos a perder. Si dejásemos que las cosas viniesen como vienen y fuesen como son, sin ocuparnos de cómo han sido ni de cómo podrían ser, nos encontraríamos mas felices. Y además, ¿qué se consigue con desesperarse?

DON ZOILO (*Alzándose*) — Eso es lo mesmo que decirle a un deudo en el velorio “No llore, amigo. La cosa no tiene remedio”. No ha de llorar, ¡canejo! ¡Si quería tanto a ese hijo, o a ese pariente! Todos somos guenos pa consolar y pa dar consejos. ¡Ninguno pa hacer lo que manda! Y no hablo por vos, hijo. Agarran a un hombre sano, gueno, trabajador, servicial, lo despojan de todo lo que tiene, de sus bienes amontonaos a juerza de sudor, del cariño de su familia que es su mejor consuelo, de su honra, ¡canejo! que es su reliquia. Lo agarran. le retiran la consideracion, le pierden el respeto, lo manosean, lo pisotean, lo so-

ban, le quitan hasta el apellido y cuando ese disgraciado, cuando ese viejo Zoilo, cansao, deshecho, inútil pa todo, sin una esperanza, loco de verguena y de sufrimiento, resuelve acabar de una vez con tanta inmundicia de la vida, todos corren a atajarlo “¡No se mate que la vida es guena!” ¿Guena pa qué?

ANICETO — Yo, padrino

DON ZOILO — No lo digo por vos, hijo Y bien Ya está, ¡no me mate! ¡Toy vivo! Y aura ¿qué me dan? ¿Me deguelven lo perdido? ¿Mi fortuna, mis hijos, mi honra, mi tranquilidad? ¡Ah, no! ¡Demasiado hemos hecho con no dejarte morir! ¡Aura arreglate como podás, viejo Zoilo!

ANICETO — Así es no mas

DON ZOILO (*Palmeándolo afectuoso*) — Entonces, hijo Vaya a repuntar la majadita como le había encargado , vaya Déjeme

ANICETO — No, don Zoilo, eso no puede ser

DON ZOILO — Vaya, hijo, déjeme no más, es mejor No tengo ningún consejo que darle Si golviese a vivir no sabría si ser bueno o si ser malo ¡Vaya!

ANICETO — Pero si es una injusticia, ¡una injusticia!

DON ZOILO — ¿Qué le hemos de hacer? Camine a repuntar la majadita

ANICETO — No Perdone, pero no puedo consentir

DON ZOILO — Es inútil ¡Amalaya fuese tan fácil vivir como morir! Si no es hoy, será mañana Ta hecho ya Haga de cuenta que estoy

enfermo y desahuciao ¡Vaya! ¡Ta hecho! Si no es así será de otro modo Matarse y matar son dos cosas que nadie le priva a un hombre resuelto Tenga paciencia

ANICETO — ¡Oh, que injusticia!

DON ZOILO — ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Si lo sabrá el viejo Zoilo!

(Aniceto se aleja unos pasos, pero se vuelve extendiendo los brazos Zoilo le extiende los suyos y ambos se estrechan en un abrazo prolongado y convulso)

DON ZOILO *(Rehaciendose)* — Vaya, vaya a repuntar la majadita ¹

TELON

¹ Así termina el manuscrito de Sánchez Los detalles de la escena muda son los mismos que se hacen actualmente. Esto lo señala Jose J Podestá en su libro *Medio siglo de farándula* juego de transcribir las dos escenas finales tal cual las creara el autor y fueran interpretadas en la noche del estreno (El actualmente alude a las reformas introducidas en el desenlace de la obra y cuyo texto completo también damos en esta edición)

Hemos confrontado dichas escenas con el original de Sánchez corrigiendo algunos detalles pero lamentablemente no pudimos cumplir del todo nuestro propósito por faltar en el libreto la página 34 del tercer acto en la que se detallaba el juego mímico de la última parte del drama Por el testimonio de Luis Doello Jurado nos enteramos de que Sánchez retiró esa carilla 34 con la intención de "variar el final el cual, según se contenía en esa página y según siempre se representó consistía en el suicidio de Zoilo La escena era totalmente muda Don Zoilo prepara el lazo acerca un banco y al subir a él y pasar por su cuello la lazada cae el telón Advertimos que las indicaciones de Doello Jurado coinciden en un todo en este aspecto con lo expresado por Jose J Podestá

Tuvimos a mano, también una copia manuscrita (de autor desconocido), que se conserva en la Biblioteca del Instituto de Estudios de Teatro (Caja 10) y que según lo descubrimos con no poco asombro de nuestra parte sigue con entera fidelidad el texto primitivo de Sánchez Se trata indudablemente de una copia sacada del original auténtico pues no solo contiene las dos escenas que fueran luego enmendadas sino que

FINAL REFORMADO DE "BARRANCA ABAJO" ¹

ESCENA XVIII

ANICETO — DON ZOILO

(Zoilo aparece por detrás del rancho, observa la escena y avanza despacio hasta arrimarse a Aniceto)

DON ZOILO — ¡Hijo!

ANICETO *(Sorprendido)* — ¡Eh!

DON ZOILO — Vaya, acompáñelas un poco y después repunte las ovejitas pa carniar ¿eh? ¡Vaya!

aparecen también los nombres de los personajes tal cual los escribiera el autor Rudelinda, Robusta Butiérrez cosa que no ocurre en otra copia (esta vez, mecanografiada, que se guarda, asimismo en la citada Biblioteca y que, a pesar de tener escrito con lápiz un reparto que corresponde a la compañía de los Podestá (D Zoilo Pablo Cecilio Podestá, Aniceto José J Podestá etc), presenta ya el final reformado y sobre todo, los cambios que han llegado hasta las ediciones de nuestros días

Otro de los aspectos de este hallazgo (una copia del verdadero original de Sánchez) es que en la parte interior de la carátula del primer cuadernillo (pues son tres, uno para cada acto cosidos en forma individual), se anota un reparto que no es el del estreno y que permite suponer que dicha versión es decir, la primitiva llegó otra u otras veces a escena (a pesar de manifestar José J Podestá lo contrario) animada por algún elenco que ahora no hace al caso individualizar

1 Cuando Florencio Sánchez leyó su drama en el camarín de José J Podestá este le observó la excesiva crueldad del desenlace Sánchez insistió en que ese era su propósito 'Quiero probar — manifiesto — que cuando un hombre ya no tiene qué hacer en esta vida puede un amigo un pariente no oponerse a la voluntad de suicidarse Pero al día siguiente del estreno la crítica, que en su mayoría elogió la obra, puso serios reparos a la parte final 'El último acto — decía uno de los críticos — necesita ser robustecido con una poda El público que tiene en conjunto un sentido de comprensión inflexible, afirmaba anoche que don Zoilo debe ahorcarse sin que nadie se lo impida Es nuestra impresión también Sobran las filosofías sobre la vida y está de más el papel poco lucido

ANICETO (*Observándolo fijamente*) — ¿Pa carniar? Bueno Este ¿Me empriesta el cuchillo? El mío lo he perdido

DON ZOILO — Y ¿cómo? ¿No lo tenés ahí?

ANICETO — Es que vea le diré la verda Tengo miedo de que haga una locura

DON ZOILO — ¡Y de ahí! ¿Si la hiciera? ¿No tendría razón, acaso? ¿Quién me lo iba a impedir?

ANICETO — ¡Todos! ¡Yo! ¿Cree, acaso, que esa chamuchina de gente merece que un hombre gueno se mate por ella?

DON ZOILO — Yo no me mato por ellos, me mato por mi mesmo

ANICETO — ¡No, padrino! Calmasé ¿Qué consigue con desesperarse?

DON ZOILO (*Alzándose*) — Eso es lo mesmo que decirle a un deudo en el velorio “No llore, amigo, la cosa no tiene remedio” No hay que llorar, ¡canejo! ¡Si quiere tanto a ese hijo, o a ese pariente! Todos somos guenos pa consolar y pa dar consejos Ninguno pa hacer lo que manda Y no hablo por vos, hijo Agarran a un hombre sano, gueno honrao, trabaja-

(ibamos a decir otra cosa) de Aniceto cuando evita el suicidio del viejo y luego lo abandona para que repita la tentativa' Otro crítico indicaba que 'la obra debe acabar con una hermosa frase que dice el protagonista Se deshace más fácilmente el nido de un hombre que el nido de un pájaro Dicho esto debe subir tranquilamente al banco y, antes de echarse la soga al cuello, también llegar el telón al suelo

La opinión unánime respecto al desenlace debió influir mucho en el ánimo del autor, pues permitió que José J Podestá lo reformara Convencido Sánchez — escribe Podestá en sus *Memorias* — de que su tesis no podía prosperar aceptó la enmienda que yo le hice y que es la misma con que se representa desde la segunda noche

dor, servicial, lo despojan de todo lo que tiene, de sus bienes amontonaos a juerza de sudor, del cariño de su familia, que es su mejor consuelo, de su honra ¡canejo! que es su reliquia, lo agarran, le retiran la consideracion, le pierden el respeto, lo manosean, lo pisotean, lo soban, le quitan hasta el apellido y cuando ese desgraciao, cuando ese viejo Zoilo, cansao, deshecho, inútil pa todo, sin una esperanza, loco de verguenza y de sufrimiento resuelve acabar de una vez con tanta inmundicia de vida, todos corren a atajarlo “¡No se mate, que la vida es guena!” ¿Guena pa qué?

ANICETO — Yo, padrino

DON ZOILO — No lo digo por vos, hijo Y bien, ya está ¡No me maté! ¡Toy vivo! Y aura, ¿qué me dan? ¿Me deguelven lo perdido? ¿Mi fortuna, mis hijos, mi honra, mi tranquilidad? ¡Ah, no! ¡Demasiado hemos hecho con no dejarte morir! ¡Aura arreglate como podás, viejo Zoilo!

ANICETO — ¡Así es, no más!

DON ZOILO (*Palmeándolo afectuoso*) — Entonces, hijo vaya a repuntar la majadita como le había encargao ¡Vaya! ¡Déjeme tranquilo! No lo hago Camine a repuntar la majadita

ANICETO — Así me gusta ¡Viva viva!

DON ZOILO — ¡Amalaya fuese tan fácil vivir como morir! Por lo demás, ¡algún día tiene que ser!

ANICETO — ¡Oh! ¡Qué injusticia!

DON ZOILO — ¿Injusticia? ¡Si lo sabrá el viejo Zoilo! ¡Vaya! No va a pasar nada le prometo Tome el cuchillo Vaya a repuntar la majadita (Mutis)

ESCENA XIX

DON ZOILO

(Zoiló lo sigue con la mirada un instante, y volviéndose al barril extrae un jarro de agua y lo bebe con avidez, luego va en dirección al alero y toma el lazo que había colgado y lo estira, prueba si está bien flexible y lo arma, silbando siempre el aire indicado Colocándose, después, debajo del palo del moymete, trata de asegurar el lazo, pero al arrojarlo se le enreda en el nido de hornero Forcejea un momento con fastidio por voltear el nido) ¡Las cosas de Dios! ¡Se deshace más fácilmente el nido de un hombre que el nido de un pájaro! (Reanuda su tarea de amarrar el lazo hasta que consigue su propósito Se dispone a ahorcarse Cuando está seguro de la resistencia de la soga, se vuelve al centro de la escena, bebe más agua, toma un banco y va a colocarlo debajo de la horca)

TELON

EN FAMILIA

PERSONAJES

JORGE
DAMIÁN
EDUARDO
TOMASITO
MERCEDES
DELFINA
LAURA
EMILIA

La acción en Buenos Aires
Epoca Actual

ACTO PRIMERO

Sala modestamente amueblada.

ESCENA I

EMILIA — MERCEDES — LAURA — EDUARDO

EMILIA — ¡Oh! No ha de estar tan fundido cuando se hospeda en el hotel, siempre cuesta eso

MERCEDES — En alguna parte tenía que alojarse el pobre hijo

EMILIA — Hay tantas casas de pensión baratas

MERCEDES — No querrá llevar a su mujer a sitios que pueden desagradarle

EMILIA — ¡Oh! La tana pretenciosa, cuidado no se fuera a rebajar

MERCEDES — Bueno, creo que no tenemos derecho a decir nada En donde debió hospedarse Damián es aquí, en casa de sus padres, en su casa

EMILIA — ¡Como para huéspedes es la cosa!

LAURA (*Interrumpiendo la lectura del diario*) — Si hubiese venido solo, menos mal

EDUARDO — Ni solo, quien coma es lo único que sobra en esta casa

MERCEDES. — Y lo único que falta es quien trabaje

- EDUARDO — ¿Empezamos ya con las indirectas?
¿Saben que me tienen harto ya?
- EMILIA — Pues te felicito, hermano De un tiempo a esta parte aquí nadie se harta de nada
- MERCEDES — Por culpa mía, ¿no?
- EMILIA — No, señora, no Por culpa nuestra, ¿verdad Laura?
- LAURA — Claro está Todavía no hemos encontrado un novio capaz de casarse y mantener a toda la familia
- EMILIA — Sin embargo, no deben afligirse (*Con intención*) Hay muchos medios de buscar fortuna
- MERCEDES — ¡Grosera! (*Mutis*)
- EMILIA — ¡Oh! Para qué empieza , bien sabe que no nos mordemos la lengua
- EDUARDO — Lo que digo es que tiene razón mamá Damián ha debido venir a casa Lo que habría de gastar en otra parte lo gasta con nosotros, y salvamos la petisa
- EMILIA — Muy bonito es vivir de limosna (*A Eduardo*) Vos para los negocios tenés un sentido práctico admirable
- LAURA — Limosna no Retribución de servicios, en todo caso
- EDUARDO — Peor es vivir del cuento
- EMILIA — Cuando no habías de salir con alguna patochada ¡Guarango!
- EDUARDO — ¿Para que tanto orgullo, entonces?
- EMILIA — Tengo en qué fundarlo, ¿sabés?
- EDUARDO — ¡Miseria!
- EMILIA — Y vergüenza y delicadeza, todo lo que a ti te falta

- EDUARDO — Callate, idiota
 EMILIA — Andá a trabajar Sería mejor
 EDUARDO — Para mantenerlas a ustedes, para
 costearles los lujos, las paradas ¡Se acabó el
 tiempo de los zonzos!
 EMILIA — ¡Zangano!
 EDUARDO — ¡Laboriosa!
 LAURA (*Vuelve a interrumpir la lectura*) — Mi-
 rá, Emilia, quién se casa Luisa Fernández
 con el doctor Perez Fijate
 EMILIA — ¿Que me contás? Y ya sale en la vida
 social ¡Quién le iba a decir a la almacenerita
 esa! ¡Lo que es tener plata!
 LAURA — El mozo es muy bien
 EMILIA — ¡Quién sabe, che! Hay tantos doctor-
 citos hoy en día que una no sabe de dónde
 han salido
 EDUARDO — ¡Eso es! Despéllejen, corten no más
 La diversión es entretenida y económica
 ¿Dónde dejaste el mate?
 EMILIA — Buscalo con toda tu alma

ESCENA II

DICHOS — MERCEDES

- MERCEDES — Caramba con Jorge, que no apa-
 rece
 EDUARDO — ¿Aguardás a papá? ¿Hoy qué día es?
 ¿Jueves? ¿Carreras en Belgrand? Esperalo
 sentada
 MERCEDES — No puede haber olvidado de que
 Damián viene esta tarde, además, sabe que

no tenemos dinero y hay que comprar todo para la comida

EDUARDO — ¡Ah! ¿Comemos hoy? ¿Festejando qué cosa?

MERCEDES — ¡Uf! Son muy graciosos ustedes todos, toda la gente de esta casa ¡Qué importa que nos devore la miseria ni vivir una vida de vergüenza y de apuro, debiendo a cada santo una vela, pechando y estafando a las relaciones, desconceptuados y desgraciados!

EMILIA — ¡Desgraciados, no!

MERCEDES — ¡Desgraciados, sí, desgraciados! Nada les preocupa ni les quita el buen humor ¡La verdad es que no sé qué laya de sangre tienen ustedes! ¿Que no hay qué comer? ¡Nunca tan alegres y jaranistas! ¿Que nos embargan los muebles? ¡Pues viva la patria! ¿Que el viejo hace una de las suyas? ¿Han visto? ¡Qué rico tipo!

EMILIA — ¡Ay, señora, ya no se usa llorar por eso!

MERCEDES — No, no les pido que lloren, sino

EMILIA — ¿Que?

MERCEDES — Nada nada Damian no es como ustedes, no

EMILIA — ¡Oh! Es una monada su hijito, si no fuese por el, no andaríamos tan bien vestidas, ni pasearíamos tanto, ni cumpliríamos con nuestras relaciones, ni siquiera comeríamos regularmente

LAURA — Ni tendríamos todas estas alhajas

MERCEDES — No tiene obligación de mantenernos

EDUARDO — Pero yo sí, ¿verdad? Aquí te quería, para tu Damiancito, que está en buena posición, si no rico, ni un reproche, todo me lo reservas. Te agradezco la preferencia.

MERCEDES — Sabe ganarse la vida. Se ha hecho un hombre, y lejos de sernos gravoso, bastante nos ayudaba.

EMILIA — ¡Ayudaba, bien dicho!

EDUARDO — Creo que yo no les hago mucho peso, como cuando hay, duermo en un rincón, y a veces hasta les ayudo en las tareas de la casa. ¿Qué más quieren? Además, lo he repetido hasta el cansancio: no quiero trabajar, ¡No quiero trabajar! Y cuando se aburran de tenerme en casa, me lo dicen. Me pego un tiro y se acabó.

MERCEDES — ¡Ave María, muchacho! ¡No digas locuras, por Dios!

EDUARDO — Y lo hago, ¿eh? No crean que es parada. (A Emilia) ¿Dónde dejaste el mate?

EMILIA — En el comedor.

EDUARDO — Gracias. (Mutis)

ESCENA III

DICHOS, menos EDUARDO

EMILIA — Ahí tenés lo que sacas con ponerte a hablar zonceras. Al otro le vuelve la manía y es capaz de hacer una locura.

MERCEDES — ¿Pero qué he dicho yo? ¡Señor, Señor, por que somos así! En esta casa no hay un momento de paz. Ni hablar se puede. Abre una la boca, y están todos con las uñas prontas pa-

- ra tirar el zarpazo a la primera palabra Aca-
baremos por odiarnos de esta manera
- EMILIA — La verdad es que cada vez nos que-
remos menos
- MERCEDES — Quizá no te falta razón
- EMILIA — La tengo, mamá Lo que es para vos
el único hijo es Damián, y de papá ni siquie-
ra ese
- LAURA — Y Tomasito
- EMILIA — Es verdad, que es su discípulo, lo
hace estudiar para calavera y lo lleva a las
carreras
- LAURA — Y a la ruleta por cábala Es mascota
el chico (*Pausa, señalando a Mercedes que
llora silenciosamente*) Fijate aquello
- EMILIA — ¡Claro esta! Che, ¿es lindo el fo-
lletín nuevo?
- LAURA — Me parece una zoncera Puede ser
que más adelante mejore ¿Quieres el dia-
rio? Yo voy a arreglarme un poco Esos no
han de tardar
- EMILIA — Es cierto ¿Cómo está mi pelo?
- LAURA — Bien, pero no me gusta como te que-
da ese peinado, te hace mas delgada
- EMILIA — Si me ayudas lo cambio
- LAURA — Para lo que te cuesta. Tengo que
arreglarme yo primero
- EMILIA — Así sos de egoísta A ver, mamá ,
dejate de llorar y cambiate ese vestido, que
está impresentable
- MERCEDES — Estoy bien para recibir a mi hijo
en mi casa
- EMILIA — Hacé lo que quieras Vamos, che
(*Mutis Emilia y Laura*)

ESCENA IV

MERCEDES — JORGE

MERCEDES. — ¡Pobres hijos!...

JORGE. — ¿No han venido?

MERCEDES. — No.

JORGE. — No traigo nada, ni un peso. Si "Sultana" no entra en la cuarta, estamos bien reventados. Le tomé dos y dos.

MERCEDES. — ¡Ah! ¡Está bueno!

JORGE. — Estoy de "yeta" hoy. Le mandé un mensajero a Gutiérrez, que me prometió algo, y ni en el escritorio, ni en la casa, ni en ninguna parte se le pudo hallar...

MERCEDES. — ¿Y con qué cara vamos a recibirlos después de tanto empeño de que vinieran a comer?

JORGE. — ¿Qué hace falta?

MERCEDES. — Todo.

JORGE. — Si el almacenero fuera capaz...

MERCEDES. — No me hables de eso.

JORGE. — Aguarda un poco... algún recurso ha de haber. ¡Ah! Pues dame la cadenita aquella...

MERCEDES. — ¿Mi relicario? Ya te he dicho que me han de enterrar con él.

JORGE. — Te aseguro que mañana lo sacamos.

MERCEDES. — ¡No y no! Con igual seguridad hemos perdido todas nuestras alhajitas. Andá y buscá; conforme hallás para jugar a tu "Sul-

tana", podrás encontrar para dar de comer a los tuyos...

JORGE. — Estás muy enérgica hoy. La vuelta del hijo mimoso te ha dado bríos.

MERCEDES. — ¿También vos? Les ha dado fuerte con eso.

JORGE. — No, mujer; no es reproche. (*Viendo a Eduardo.*) Ya estás vos con tu mate. ¿No te lo han prohibido?

ESCENA V

DICHOS — EDUARDO

EDUARDO. — ¡Bah! Es mi único vicio.

MERCEDES. — Te hace mal.

EDUARDO. — ¡Y a mí qué me importa, ni a ustedes!

JORGE. — ¡Bueno!... ¡Basta!... (*Pausa.*)

EDUARDO. — ¡Basta! (*Pausa.*)

MERCEDES (*A Jorge*). — ¿Vas o no vas?

JORGE. — Voy por darte el gusto, pero no te aseguro el resultado... Hasta luego... (*Mutis.*)

EDUARDO. — ¡Sablazo! ¿Quién es el candidato?

MERCEDES. — ¡Qué sé yo!... (*Pausa.*)

EDUARDO. — Querrás creer... Hoy hice catorce veces el solitario de las cuarenta, y no me salió... Tuve ganas de romper las barajas... Y tan fácil que es, ¿no? (*Pausa.*) ¿Y las muchachas? ¿Se ha peleado mucho hoy la gente? ¿Y vos has llorado también? Se te conoce en los ojos. Son bravos esos bichitos... ¡Tienen

una boca! La pava sos vos. Mirá, aquí sólo hay dos personas dignas de lástima: nosotros. Vos porque tomás la vida en serio y nadie te lleva el apunte. . Yo, por esta vocación que tengo para el atorrantismo. Porque a mí no me la cuenta el médico; yo no tengo neurastenia ni un *cornio*, sino pereza pura... ¿No estás de acuerdo, vos?

ESCENA VI

DICHOS — EMILIA

EMILIA. — ¿Se fue el viejo? ¿Trajo dinero? ¿Qué vamos a hacer entonces? Bonito papelorio... Después no quieren que una proteste y se subleve

MERCEDES. — No te aflijas... Ya lo arreglaré todo... No pasaremos vergüenza.

EMILIA. — ¿Cómo?

MERCEDES. — De una manera muy natural... Cuando venga Damián, le llamo aparte y le pido unos pesos prestados.

EMILIA. — ¿Qué?... ¿Qué dices? No faltaría otra cosa. Para eso nos hubiéramos hecho invitar por ellos... No harás eso, ¿eh? ¡Cuidadito!

EDUARDO (Yéndose). — ¡Cuidadito! ¡Cuidadito! Ya lo sabes.

MERCEDES. — ¡Lo haré! ¡Lo haré! No pienso hacer farsas con mi hijo . . le contaré todo, todo lo que pasa en esta casa.

EMILIA. — ¿Te has enloquecido?

MERCEDES. — Estoy muy cuerda. Todo pienso decirsele... La vida que llevamos, lo que es tu padre, lo que son ustedes.

EMILIA. — Lo que sos vos también.

MERCEDES. — Lo que soy yo también..., el más desgraciado de todos los seres.

ESCENA VII

DICHOS — DAMIÁN — DELFINA

DAMIÁN. — ¿Se puede?... Supongo que tenemos derecho a entrar sin anunciarnos.

MERCEDES. — ¿Cómo les va a mis hijos? (*Saludos afectuosos.*)

DELFINA. — Hemos venido un poco tarde... Damián se entretuvo en sus asuntos.

DAMIÁN. — Traía la mar de encargos y comisiones, que he querido cumplir cuanto antes. ¿Y el viejo?

MERCEDES. — Salió hace un instante. Vendrá pronto.

DAMIÁN. — A quien no he visto es a Eduardo...

MERCEDES. — Ahí anda el pobre con su neurastenia.

DAMIÁN. — Si me hubiera ido bien, me lo llevo a Santa Cruz... En un par de meses se ponía como nuevo...

ESCENA VIII

DICHOS — LAURA

DAMIÁN — ¿Cómo te va, Laurita? ¡Cómo ha crecido esta chica! ¿Y qué tal los novios?

LAURA. — ¡Oh!... Hay tiempo.

MERCEDES. — Tú, Delfina, estarás contenta con la vuelta a Buenos Aires...

DELFINA. — No crea. No mucho. Hubiera preferido quedarme allá. Trabajaba tan bien Damián... Si no se hubiera encaprichado en hacer ese negocio de las Malvinas, a la fecha estaríamos muy bien acomodados.

DAMIÁN. — Se empieza de nuevo, qué diablos. Me han ofrecido muchas facilidades para trabajar aquí.

MERCEDES. — Perdiste mucho, ¿verdad?

DAMIÁN. — Todo lo que tenía, menos la vergüenza y el cariño de mi mujercita.

MERCEDES. — ¿El nuestro entró en quiebra?

DAMIÁN. — ¡Oh! ¡Perdón! No te resientas, vieja; sé que me sigues queriendo como antes...

EMILIA. — Otra vez...

DAMIÁN. — No me dejas concluir, muchacha. ¡Qué susceptibilidad!

EMILIA. — ¡Jesús! ¡Hablo en broma!

MERCEDES. — Delfina, ¿por qué no te quitas el sombrero? Acompáñenla, muchachas.

DELFINA. — Tiene razón. *(Se levanta y se encamina con Laura y Emilia hacia la izquierda.)*

EMILIA *(Volviéndose)*. — ¡Ah, mamá, óyeme!

MERCEDES (*Aproximándose*). — ¿Qué hay?

EMILIA. — Cuidado con hacer una de las tuyas... Te conozco: Has querido quedarte sola con él. (*Con tonos y gestos exagerados.*)

MERCEDES. — ¡Oh!

DAMIÁN. — ¿Qué hay?

MERCEDES. — Nada, hijito, cosas de ella; zoncetas...

DAMIÁN (*Afectuoso*). — Estás más delgadita, mi vieja... ¿No anda bien la salud?

MERCEDES. — Así no más.

DAMIÁN. — Hay que cuidar el número uno... Dime una cosa. . Estoy echando de menos aquel bronce que gané de premio en las regatas. ¿Te acuerdas?

MERCEDES. — Es verdad. No está.

DAMIÁN. — ¿Qué suerte ha corrido?

MERCEDES. — Este. . ¿El bronce? ¡Ah!

DAMIÁN. — Un compromiso; seguro que lo has regalado.

MERCEDES. — Sí; decime, Damián: ¿quieres, si tienes, ¿eh?, prestarme dos pesos?... Perdona .. pero...

DAMIÁN. — ¡Oh! ¡Qué tontería! Toma cien pesos... No tengo más...

MERCEDES. — No, no. Es mucho. Yo no quería incomodarte... pero tan luego hoy que los habíamos invitado, no teníamos casi qué poner al fuego... Las muchachas si lo saben, se van a enojar mucho; ¿pero con quién sino con los hijos se ha de tener confianza?

DAMIÁN. — ¿De modo que están pasando estrecheces?

MERCEDES. — ¡Peor, hijo, peor!... Una miseria espantosa..., faltándonos muchas veces hasta lo más indispensable.

DAMIÁN. — ¡Oh! Tanto no puede ser...

MERCEDES. — Eso y mucho más... Un día..., dos días a mate y pan...

DAMIÁN. — ¡Pero qué horror! ¿Y cómo ha sido eso?

MERCEDES. — ¡Vaya a saberse! Como todas las cosas... De la mañana a la noche nos quedamos en la calle... Jorge dice que perdió en la Bolsa... Pero lo que creo es que nos faltó cabeza a todos... Hace más de un año que estamos así... Mucho más. Y lo peor no es eso... Poco a poco hemos ido perdiendo la estimación de las gentes. Al principio no es nada; se piden préstamos grandes, concedidos con la seguridad del reembolso... Nadie iba a pensar que nosotros, tu padre, tan acreditado, fuera capaz de...

DAMIÁN. — Comprendo.

MERCEDES. — Después, agotado el crédito, es necesario comer y viene el expediente vergonzante; no hay recurso que se desprecie por indigno para asegurar el techo y el pan... ¿Qué digo? El techo que es lo más indispensable para guardar las apariencias; y tú sabes bien que, en semejante situación, los escrúpulos y la vergüenza son el primer lastre que se arroja. ¡Un horror, hijo! Todavía no me doy cuenta de cómo he podido amoldarme a semejante vida. Con decirte que yo, tu madre, que fue siempre una mujer de orden y delicada, ha

llegado hasta robarle a una pobre gallega sir-
viente...

DAMIÁN. — ¡Oh! ¡Mamá!...

MERCEDES. — Hasta robarle, sí señor; hasta ro-
barle a una pobre mujer los ahorros que me
había confiado. (*Llora.*)

ESCENA IX

DICHOS — DELFINA — EMILIA

DAMIÁN (*Viéndolas*). — ¿Quieren dejarme un
momento con mamá?

DELFINA. — ¿Conferencia habemos?

DAMIÁN. — Nada grave... Ya terminamos. (*Mu-
tis Delfina y Emilia.*) Vamos, no se aflija,
vieja...

MERCEDES. — Hago mal en contarte cosas tan
tristes... Podrías pensar que trato de intere-
sar tus buenos sentimientos con un propósito
egoísta...

DAMIÁN. — ¡No, vieja!

MERCEDES. — He repetido tantas veces la histo-
ria de nuestras desdichas, que necesito la so-
ledad para convencerme de que esta vez no
estoy mendigando... Contigo no, hijo... To-
do lo contrario... Ya que vienes a vivir aquí,
quiero prevenirte contra nosotros mismos...
Por otra parte necesitaba este desahogo.

DAMIÁN. — ¡Pobre viejita! Pero papá y Eduardo,
¿qué han hecho?

MERCEDES. — Nada, hijito. Tu padre, como si con su dinero hubiera perdido las energías, echarse a muerto, dejarse llevar por la correntada y en cuanto a Eduardo, enfermo o maniático; así se lo pasa sin salir a la calle, levantándose de una cama para tirarse en otra.

DAMIÁN. — ¡Qué barbaridad!... ¿Por qué no me has escrito diciéndome la verdad?

MERCEDES. — He mentido en perjuicio de tus buenos sentimientos, diciéndoles a éstos que tú no ignorabas nuestra miseria.

DAMIÁN. — ¡Oh!... ¿Por qué hiciste semejante cosa?

MERCEDES. — No me lo preguntes... Te he dicho todo lo que podía decirte...

DAMIÁN. — ¿Luego reservas algo?

MERCEDES. — ¡No! Nada más, hijo, nada más...

DAMIÁN. — Bueno, esto no puede quedar así. Estamos felizmente a tiempo de reaccionar. Tranquilízate; tú me ayudas y desde hoy nos ponemos a enderezar este hogar.

MERCEDES. — No, no, hijo... ¡No te metas!... ¡No puede ser!...

DAMIÁN. — ¡Ahí está el viejo!... ¡Verás como se empieza!...

ESCENA X

DICHOS — JORGE

JORGE. — Hola, buen mozo. ¿Qué tal?...

DAMIÁN. — Bastante disgustado; contigo en primer término... Mamá me acaba de contar

todo lo que les pasa, y no me explico francamente cómo un hombre de tus condiciones no ha tenido el valor de sobreponerse a la situación.

JORGE. — ¿Conque ésas teníamos? Hombre, la verdad es que me agarra sin perros tu interpelación.

DAMIÁN. — No, la cosa no va en broma... ¿Me vas a permitir mis primeras observaciones?

JORGE. — ¿Cómo no, hijo?... ¿Son muy largas?

DAMIÁN. — Si te ofendes, me callo

JORGE. — Preguntaba para tomar asiento, si valía la pena.

DAMIÁN. — Si mal no recuerdo, antes no usabas tan buen humor ..

JORGE. — ¡Qué querés! Las desgracias me han puesto así.

DAMIÁN. — ¿Cínico?

JORGE (*Alterado*). — ¿Eh?

DAMIÁN. — Perdón, viejo... Me molestaste y la palabra salió sola... ¿Me disculpas?

JORGE (*Bondadoso, dejándose caer en una silla*). — Sí, Damián; yo tuve la culpa. Vamos a ver, ¿qué te ha contado Mercedes? ¿Que estamos arruinados? ¿Que pasamos privaciones de todo género? Es la pura verdad. Me metí en especulaciones arriesgadas y me sucedió lo que a tantos. Quise levantar cabeza, y no pude. Y de ahí, barranca abajo...

DAMIÁN. — Pero te has dejado derrotar de una manera bochornosa.

JORGE. — ¿Qué podía hacer?

DAMIÁN. — Pelear, luchar. Para un hombre, perder la fortuna no debe ser un contratiempo irreparable, amigo. Además, hay mil recursos en la vida. Si no son negocios, es un empleo.

JORGE. — ¿Y cuando ni eso se consigue?

DAMIÁN. — Se agarra un pico y a cavar la tierra... Qué diablos. No estamos tan viejos ni tan débiles para no poder ganarnos el pan decorosamente. Además, tú tenías la responsabilidad de toda esta familia y no has debido permitir que descendiera a una miseria tan vergonzosa.

JORGE. — ¡Oh! Todo eso es muy bonito, muy noble, muy honrado. Tu madre me lo ha dicho también, pero no se puede realizar. ¡Cavar la tierra! Andá vos, que no has tenido la pala en la mano, a ganarte la vida de ese modo. A los tres días te han despedido por inútil. Elige el trabajo más fácil. ¿Cuál te diré? El de changador. El señor don Jorge Acuña, resuelto a vivir decorosamente de ese trabajo, tiene que empezar a llevar a su familia a la pieza más barata de un conventillo. Pregúntale a la señora Acuña y a las distinguidas señoritas de Acuña si están dispuestas a cambiar la miseria vergonzosa de esta casa por la pobreza honrada de la habitación de un conventillo, o con quién se quedarían, con el heroico padre changador o con el padre degradado y sinvergüenza que les sostiene el decoro y las apariencias. Pregúntales, pregúntales.

MERCEDES. — Lo que es yo de buena gana iría al conventillo.

JORGE. — Tal vez fueras capaz de esa abnegación, pero ellas no. Y últimamente, ni yo mismo... Sería una heroicidad superior a mis fuerzas, a mis energías, y no me equivocaría mucho al decir que nadie hay tan fuerte para realizarla. Convéncete, Damián; son teorías bonitas, nada más, las tuyas. Si habré tratado de reponerme inútilmente... Ahora ya ni me preocupa porque sería perder el tiempo; mi desconcepto, y digo mi desconcepto por no mortificarles a ustedes calificándome peor, pues jamás podré alejarme de mi categoría de vividor profesional... Quedan algunos recursos... Gente que no lo conoce bien a uno, y se deja sorprender. Uno que otro viejo amigo generoso, una tanteadita al 36 colorado... En fin, lo bastante para ir tirando. ¿Qué falta un día el puchero? Mañana quizá lo tengamos... No hay criaturas en casa. Los grandes no lloran y campean el hambre con chistes. Y en cuanto a lo otro, en cuanto a la vergüenza y dignidad y qué sé yo, la costumbre es una segunda naturaleza. Se nos ha formado callo; ahora, hijo mío, quedas autorizado para aplicar la palabrita que se te escapó hace un rato. Cínico era, ¿no?

DAMIÁN. — Muchas gracias, papá. No me atrevería a insultarte, pero te desconozco.

JORGE. — Lo creo.

DAMIÁN. — De modo que a tu juicio no tiene remedio.

JORGE. — Absolutamente. Constituímos nosotros, y es mucha la gente que nos acompaña, una

clase social perfectamente definida que entre sus muchos inconvenientes tiene el de que no se sale más de ella. "Lasciate ogni speranza".

DAMIÁN. — Está bueno. De modo..., de modo que... Vamos. Dime una cosa en serio, ¿eh?, porque hasta ahora si bien has dicho muchas verdades has estado forzando la nota del desparramo, dime: ¿quieres autorizarme por un tiempo a manejar esta casa?

JORGE. — ¡Cómo no!

DAMIÁN. — ¿Con plenos poderes?

JORGE. — Con plenos poderes.

DAMIÁN. — Entonces, desde este momento quedas jubilado. Tengo muy poco dinero para sostenerme hasta que pueda trabajar; pero manejado con orden, alcanzará para todos; desde mañana, pues, nos vendremos a vivir acá, y ya veremos si se sale o no se sale de tu infierno. ¿Convenidos?

MERCEDES. — No, no hay necesidad. Tú querrás conservar tu independencia, debes conservarla; piensa que no eres solo, hijo.

DAMIÁN. — A Delfina le gustará la idea, estoy seguro.

MERCEDES. — Aunque le guste, yo no puedo permitir... Sí, mi hijito. Si quieres ayudarnos, nos pasas una mensualidad y nos arreglaremos bien.

JORGE (*Extrañado*). — Déjalo, mujer.

MERCEDES. — No, no lo hagas. Podría pesarte; Eres demasiado bueno tú...

DAMIÁN. — Sería curioso que no lo hiciera. Te

aseguro, vieja, que no me impongo la menor violencia... salvo que te contraríe tenerme a tu lado.

MERCEDES. — Eso no, pero...

DAMIÁN. — Entonces no hay nada más que hablar.

ESCENA XI

DICHOS — EDUARDO

EDUARDO (*Con el mate en la mano*). — ¡Hola, gran hombre!

DAMIÁN. — Adiós, personaje. (*Se abrazan.*)
¿Qué tal? He han dicho que andás enfermo.

EDUARDO. — Enfermo y aburrido, che. ¿Y vos, te fundiste allá?

DAMIÁN. — Casi... casi. .

EDUARDO. — No hay vuelta, che... Estamos "en-yetados".

DAMIÁN. — Qué "yeta" ni qué zonceras. Lo que te hace falta a vos es dejarte de preocupaciones y pensar seriamente en la vida. Verás cómo te hago pasar esa neurastenia antes de mucho tiempo.

EDUARDO. — ¿Cómo, che?

DAMIÁN. — No te apures, ya lo sabrás.

ESCENA XII

DICHOS — DELFINA

DELFINA. — ¿Terminó la conferencia?

DAMIÁN. — Con importante resolución. Mañana dejamos el hotel y nos venimos a vivir con los viejos. ¿Te place?

DELFINA. — ¡Cómo no! ¡Con el mayor gusto!...

EDUARDO. — ¡Ah! ¿Te has resuelto a eso? Dame esos cinco... ¡Así!... ¡Te felicito! ¡Sos un héroe!... ¡Qué rebusque pal viejo!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Decoración: La misma sala, con un escritorio a la derecha.

ESCENA I

DAMIÁN — DELFINA

DAMIÁN (*Atareado, ordenando papeles y cuentas*) — Preocupaciones tuyas, Delfina. ¿Cómo podrán quererte mal?

DELFINA. — No digo tanto. Pero me doy cuenta de que incomodo. Tú las conoces bien a las muchachas. Y si antes eran consentidas y caprichosas, la vida de estos últimos tiempos tiene que haberlas dejado descompuestas del todo.

DAMIÁN. — No tan absoluto. Podría haberlas corregido...

DELFINA. — Siempre has sido un poquito ingenuo. Claro que contigo van a disimular y que tratan también de hacerlo conmigo, pero se les conoce a la legua el fastidio.

DAMIÁN. — ¿Te han dicho algo?

DELFINA. — Se guardarían muy bien. No pierden, sin embargo, oportunidad de hacérmelo conocer con los ademanes y los gestos... Por otra parte tu proceder es un poco brutal con ellos, en tu empeño de regenerarlos, y como

no pueden decirte, nada, quien paga el pato yo sé quién es...

DAMIÁN. — ¡Brutal?

DELFINA. — A juicio de ellos ya lo creo. Tienen demasiada vanidad para aguantar tus sermones y tus latas morales, mortificantes, hijito.

DAMIÁN. — Ya verás, ya verás cómo se curan...

DELFINA. — Creo que acabarán con tu paciencia. Podrán perder el pelo, pero las mañas... Fíjate cómo Eduardo te lleva el apunte.

DAMIÁN. — ¡Oh! Ese es un enfermo, un degenerado...

DELFINA. — Un atorrante... ¡Y con poca diferencia todos están cortados por la misma tijera, empezando por tu padre!

DAMIÁN. — ¡Oh! Delfina...

DELFINA. — Hay que decirte la verdad para que no te hagas ilusiones. Comprendo y justifico tus sentimientos, pero convendrás conmigo en que la misión es más dura de lo que pensábamos, y los resultados no se ven muy claros. ¡Oh! Quizá no pase mucho tiempo sin que tengamos que arrepentirnos de esta quirotada. *(Se levanta.)*

DAMIÁN. — Dime la verdad. ¿Te han hecho algo? ¿Algún desaire? ¿Alguna grosería?

DELFINA. — Te repito que no. Ya lo sabrías.

DAMIÁN. — Pero empiezas a sentirte contrariada, ¿verdad?

DELFINA. — Un poco inquieta, te lo confieso, por ti; previéndote una desilusión dolorosa...

DAMIÁN. — Que venga... Yo habré hecho lo posible, y nada tendré que reprocharme. Ahora bien; tú estás primero, por encima de todos. Si no te hallas a gusto me lo dices y a volar... No quisiera ocasionar la menor contrariedad a mi mujercita.

DELFINA. — Lo sé, Damián. Por ahora vamos bien.

ESCENA II

DICHOS — MERCEDES

MERCEDES. — ¡Interrumpo?

DAMIÁN. — Todo lo contrario. ¡Adelante!

MERCEDES. — Creí que hablaban de cosas reservadas.

DELFINA. — No, señora; tenemos pocos secretos.

DAMIÁN. — ¡Y el viejo? No lo he visto en todo el día.

MERCEDES. — Salió por la mañana.

DAMIÁN. — Tengo que reprenderlo. Se ha vuelto muy calavera... Poco se le ve en casa.

MERCEDES. — Dice que tiene un negocio en perspectiva.

DAMIÁN. — ¡Macanas! Ya le he dicho que está jubilado.

MERCEDES. — ¡Lo necesitabas?

DAMIÁN. — Tal vez más tarde me haga falta...
¡Ah! ¡Laura! ¡Laurita! (*Llamando.*)

ESCENA III

DICHOS — LAURA

LAURA. — Voy. ¿Qué?

DAMIÁN. — ¿Terminaste las circulares a máquina?

LAURA. — No; recién empezaba.

DAMIÁN. — ¡Caramba!... Te dije que las necesitaba temprano.

LAURA. — No puedo hacerlo todo a la vez. La tarea de la casa me roba medio día.

MERCEDES. — No exageres, hija. Lo que te roba el tiempo a vos son los folletines y las novelas.

LAURA. — Mejor.

DAMIÁN. — Mejor, no; peor. Es mucha desconsideración. Muy bien que para pedir no se quedan cortas...

LAURA. — Apareció aquello, hermanito. Si nos has de echar en cara lo que nos das, bien podrías guardártelo.

MERCEDES. — Desagradecida. ¡Retírate de acá!... ¡Parece mentira!

DAMIÁN. — Déjala, mamá. No te alteres. Tú te pones inmediatamente a hacerme las circulares, ¿me oyes?

LAURA. — Sí, hombre. Las estoy haciendo. Digo que por demorar un poco no merezco tanto rezongo.

DAMIÁN. — Está bueno.

LAURA. — Claro que está bueno. (*Mutis.*)

MERCEDES. — ¡Desgraciada! (*La sigue. Mutis.*)

DAMIÁN. — Déjala... No le digas nada.

ESCENA IV

DAMIÁN — DELFINA

DELFINA. — ¿Has visto?

DAMIÁN. — ¡Oh! Los voy a enderezar. Los voy a enderezar; veremos quién es más fuerte

DELFINA. — Ingenuo.

DAMIÁN. — ¡Qué insolentes!... ¡Pero qué insolentes! ¡Oh! Las verás mansitas y suaves como un terciopelo.

DELFINA. — ¡Pobre mi don Quijote!... ¡Pobre cabecita mía!... ¡Le van a salir canas!...

ESCENA V

DICHOS — TOMASITO

TOMASITO. — Aquí trae un mensajero esta carta para vos.

DAMIÁN. — Gracias. Firma tú el recibo.

DELFINA. — ¿De quién es, che?

DAMIÁN. — Del comisario del "Río Gallegos". Ha entrado hoy del Sur... Me espera aquí cerca, en la agencia. Voy y vuelvo. Si viene alguien a buscarme, que espere. Hasta luego.

TOMASITO. — Ya que vas a salir, dale el recibo al mensajero

DAMIÁN. — ¡Caramba con el mocito comodón! Llévelo usted con toda su alma.

ESCENA VI

DELFINA — MERCEDES

MERCEDES. — ¿Salió Damián?

DELFINA. — Sí Volverá en seguida. (*Pausa.*)

MERCEDES. — ¿Encontraste el anillo que se te perdió, hijita?

DELFINA. — No, señora; lo he buscado por todas partes.

MERCEDES. — Es muy extraño. ¿Dónde lo habías dejado?

DELFINA. — No recuerdo bien. Creo que sobre el lavatorio, en mi cuarto. Pero no se preocupe. Tal vez haya caído al depósito de las aguas.

MERCEDES. — ¿Cómo no me he de preocupar? El otro día un medallón; ahora un anillo. Es mucha coincidencia.

DELFINA. — ¿Quién podría robarme? La sirvienta es de mi absoluta confianza.

MERCEDES. — ¿Damián lo sabe?

DELFINA. — ¿Por qué decírselo?

MERCEDES. — Bueno, no le cuentes nada... Yo tengo que aclarar esto...-

DELFINA. — Si no vale la pena.

MERCEDES. — Para ti no tendrá importancia...

Para mí sí, y mucha. No puedo tolerar que se abuse de la bondad de mi pobre hijo.

DELFINA. — ¿Qué cavilaciones son ésas, señora?

MERCEDES. — Nada, déjame; nada. Prométeme no decir una palabra a Damián, ¿eh? Después lo sabrás todo.

DELFINA. — Como usted quiera, mamá.

ESCENA VII

DICHOS — EDUARDO

EDUARDO. — Dime, cuñadita: ¿me tenés miedo?

DELFINA. — ¿Yo? ¿Por qué?

EDUARDO. — Entonces antipatía... Siempre nos desencontramos.

DELFINA. — ¡Oh! ¡Qué pavada!... Me voy porque tengo que hacer.

EDUARDO. — No pienso detenerte; seguí no más.

DELFINA. — ¡Qué rico tipo! (*Mutis.*)

EDUARDO. — Esta ya empieza a escamarse...

MERCEDES. — ¿Qué querés decir?

EDUARDO. — Que nos está tomando el tiempo; no es tan zonzza como Damián.

MERCEDES. — Bueno fuera que no. Son tan sinverguenzas ustedes...

EDUARDO. — A mí no me metas en danza, que no hago mal a nadie, ¿sabés? Apuntá para otro lado. Si todos hicieran lo que yo... Esta casa sería un paraíso... Pero no..., son malos, peleadores, orgullosos, derrochadores, y qué sé yo..., embromarse, pues. Y les garanto que otra bolada como ésta no se les presentará jamás. (*Pausa*) ¿Qué tenés que estás tan triste?

MERCEDES. — Nada, que hasta ladrones aparecen en casa. Figúrate que a Delfina se le ha desaparecido un anillo...

EDUARDO. — ¿Un anillo? Ya sé dónde está.

MERCEDES. — ¿Dónde?

EDUARDO. — En el Pío, preguntale a Tomasito.

MERCEDES. — Ya lo he pensado; seguro que fue él.

EDUARDO. — Naturalmente. Está muy adelantado ese chico. Verás cómo hace carrera. Va a ser divertido. Aguardá un poco... voy a llamarlo.

MERCEDES. — No, Eduardo; la cosa no es para bromas. Con esos juguetes han acabado de perder al muchacho.

EDUARDO. — ¡Tomás!... ¡Tomás!... ¡Tomás!...
(Llamando.)

ESCENA VIII

DICHOS — TOMASITO

TOMASITO. — ¡Eh! ¡No precisa gritar tanto! ¿Qué querés?

EDUARDO. — Te llama tu madre.

TOMASITO. — ¿Vos? ¿Qué hay?

MERCEDES. — Decime, hijo; ¿por qué no me pediste plata si necesitabas?

TOMASITO. — ¿Yo? ¿Cuándo? No entiendo.

EDUARDO. — No pierdan el tiempo en discusiones. Las cosas se hacen derechas. Dale la papeleta a la vieja y se acabó todo.

TOMASITO. — ¿La papeleta?

EDUARDO. — ¡Oh! Decile dónde lo metiste.

TOMASITO. — ¿El qué?

MERCEDES. — El anillo que le robaste a Delfina, sinvergüenza.

TOMASITO. — Yo no he robado nada, ¿sabés?

EDUARDO. — Bueno; lo encontraste tirado, ¿no es cierto?

TOMASITO. — Díganme; ¿se han creído que tratan con un chico? ¿Quieren sacar de una mentira una verdad? No sean idiotas, hagan el favor.

EDUARDO. — Si eres tan hombre, debes tener el valor de tus actos. Se dice: "Sí, vieja; yo le espanté el anillo a la otra", ¿y qué? Para algo debe servir el no tener vergüenza.

TOMASITO. — ¿Y por casa cómo andamos?

EDUARDO. — Buenos, gracias; ¿y tu familia?

MERCEDES. — ¡Por favor! ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta por Dios!... A ver tú... ¿Dónde negocias esas alhajas?... ¡Pronto!

TOMASITO. — ¿Te has enloquecido? ¡Avisá!

MERCEDES. — ¿Dónde está? Decímelo, porque soy capaz de contárselo todo a Damián

TOMASITO. — Cuidado, no me asuste ese papanatas

EDUARDO. — ¡Así me gusta!... ¡Juan Sinmiendo!...

TOMASITO. — Callate, atorrante.

EDUARDO. — Confesá, no seas pavo. Ganarás más; la vieja te da la plata para que lo saques y te armaste otra vez. . Tendrías con qué divertirte...

MERCEDES. — Es que soy capaz de denunciarte a la policía.

TOMASITO. — ¿Van a denunciarme ustedes? Tendrían más vergüenza. (*Pausa.*) Bueno; si es el que yo me encontré, uno de viborita, está en "Las tres bolas", vendido. ¡No dieron casi nada!... ¡Tanto ruido por una zoncera!

MERCEDES. — Está bien; fuera de acá

TOMASITO. — Uno pide plata.. Tiene sus compromisos... No le dan ni medio, y es claro...

(Mutis.)

EDUARDO. — Naturalmente.

MERCEDES. — Perdularios... ¡Serví para algo una vez, Eduardo! ¡Vestite y andá a buscar esa alhaja!...

EDUARDO. — ¿Yo? No te jorobes... No tengo tiempo... Mandalo al chico. (Mutis.)

MERCEDES. — Está bien; iré yo.

ESCENA IX

MERCEDES — EMILIA — LAURA

EMILIA. — No, no me olvido.

LAURA. — Pasate por la "Ciudad de Londres" a preguntar por el vestido... Ya debía estar en casa.

EMILIA. — Bueno. ¿Ajusta bien por detrás?

LAURA. — Muy bien.

MERCEDES. — ¡Oh! ¿Dónde vas tú?

EMILIA. — A pasear.

MERCEDES. — ¿Sola?

EMILIA. — No, con un vigilante. ¿Será la primera vez que salgo sola, acaso, o tenés miedo de que me pierda?...

MERCEDES. — Tú sabes que a Damián no le gusta...

EMILIA. — ¡Como el señor nos acompaña tanto, puede prohibirlo!... ¿Qué tiene de particular, vamos a ver; qué tiene de particular, que sal-

ga una mujer sola en este Buenos Aires? Se conoce que vienen del campo él y la gazmoña de su mujer, una doña Remilgos, que todo lo encuentra de mal ver y que es al fin y al cabo la que mete esas simplezas en la cabeza del otro. La figura para darnos consejos y enseñarnos lo que es bueno o malo . . .

MERCEDES. — Ya basta, mujer. Te pregunto simplemente a dónde vas

EMILIA. — A las tiendas. ¿Estás conforme?

MERCEDES. — Medita un poco. No gastes mucho. No hay que tirar de la cuerda . . . Podría romperse y volver a las andadas.

EMILIA — ¡Oh! Perdí cuidado. (*Mutis.*)

MERCEDES — Y tú, hija mía, no te olvides; a ver si concluyes esas circulares.

LAURA. — Sí, señora. (*Mutis.*)

ESCENA X

MERCEDES — JORGE, *que entra*

MERCEDES. — ¡Ah! Viniste . . .

JORGE. — Ya lo ves.

MERCEDES. — Es muy bonito lo que estás haciendo; te duró bien poco la buena conducta. ¿Dónde pasaste la noche?

JORGE. — No sé.

MERCEDES — En el garito, ¿verdad? Damián ha preguntado varias veces por ti.

JORGE. — ¿Para qué?

MERCEDES. — Te precisaría. (*Pausa larga.*)

JORGE. — ¿Sabes quién se ha muerto esta madrugada? El señor García.

MERCEDES. — ¿Murió? ¡Qué suerte para la pobre familia!...

JORGE. — No era malo; otro desgraciado como yo y como otros tantos. ¡Vieras qué cuadro en la casa! No tenían materialmente un centavo... Algunos de los más íntimos amigos hemos resuelto cotizarnos para el luto de la familia. *(Pausa.)* ¿Cuánta plata tenés para el gasto?

MERCEDES. — ¡Pero Jorge! ¿Es posible que hasta la memoria hayas perdido? ¿Por quién me tomas? ¿Olvidas que nos conocemos tanto?...

JORGE. — ¿Qué te pasa?

MERCEDES. — ¡Venirme a hacer el cuento del tío!... ¡A mí!... ¿A mí, que aún no has abierto la boca y ya te adivino lo que vas a decir?... Vamos, hombre; confiesa que vienes de la carpeta donde pasaste la noche y casi todo el día, que perdiste, que debes o querés desquitarte, y no habiendo encontrado algún infeliz a quien estafar, te vienes a casa a ver si yo te saco de apuros...

JORGE. — Pues te ha fallado la perspicacia. No buscaba ningún pretexto... Coincidió el pedido con la noticia... Nada más... Que he jugado es cierto, y perdí... Plata ajena de Damián, trescientos pesos que me entregó para hacerle un giro.

MERCEDES. — Mientes otra vez. No te ha entregado nada. ¿Te crees que no te vigilo?

JORGE. — Muchas gracias.

MERCEDES. — Y he de evitar por todos los medios que te halles en ese caso. Si tú no tienes mi-

ramientos para tu hijo, yo sí, y no consentiré que lo exploten. ¿Me has entendido? ¡No lo consentiré! ¡Parece mentira que seas tan miserable!

JORGE. — Yo necesito trescientos pesos esta misma tarde..., es un compromiso de honor.

MERCEDES. — Antes de venir Damián no te preocupaba tanto el honor... Has olvidado compromisos mayores...

JORGE. — Es forzoso que los consiga. ¿Podés ayudarme?

MERCEDES. — No.

JORGE. — De algún lado saldrán. Voy a recostarme un rato. Cuando regrese Damián me despiertan.

MERCEDES. — Cuidado con recurrir a él. Si hasta hoy he ocultado a mi hijo tu verdadera conducta, la menor tentativa que hagas contra él bastará para que se lo cuente todo, aunque se hunda esta casa. Que no se te olvide. (*Jorge mutis izquierda.*)

ESCENA XI

MERCEDES — DAMIÁN

DAMIÁN. — ¿No vino nadie?

MERCEDES. — Nadie

DAMIÁN. — ¿Quieres llamar a Delfina?

MERCEDES. — ¿Ocurre algo?

DAMIÁN. — No; le traigo una carta.

MERCEDES. — ¡Ah!... (*Vase por el foro.*)

DAMIÁN. — Es curioso. La pobre vieja vive, desde que yo vine, sobresaltada por el temor a desagradarme... Pobrecita .. Pobrecita...

ESCENA XII

DAMIÁN — DELFINA

DELFINA. — ¿De vuelta tan pronto?

DAMIÁN. — Ya lo ves. ¿Me pagas las albricias? Te traigo una carta de Santa Cruz; te escribe Lola.

DELFINA. — ¡Qué alegría! ¿También Thompson escribió?

DAMIÁN. — Sí... con varios encargos... La verdad es que me pone en serios conflictos.

DELFINA (*leyendo la carta*). — ¡Mirá qué suerte! Me dicen que salvaron todas sus majadas, a pesar de los temporales tan espantosos. ¡Ah! Empeñados en que vayamos este verano.

DAMIÁN. — ¿No has visto aquel memorándum con la salida de vapores para el Pacífico?... ¡Ah! Lo encontré... el quince sería muy tarde... No hay más remedio... ¿Cómo haría?

DELFINA. — ¿Qué te pasa?

DAMIÁN. — ¡Un clavo, mi hija! Figúrate que a Thompson se le vence una letra en Montevideo y me manda pedir que se la retire...

DELFINA. — No veo la dificultad. Lola me habla de eso en la carta.

DAMIÁN. — El caso es que tendría que embarcarme esta misma tarde.

DELFINA. — Te embarcas.

DAMIÁN. — No puedo. Mañana es la reunión de acreedores de la famosa compañía de las Malvinas, y no debo faltar. Forzosamente hay que

mandar a alguien... ¿A quién? ¿A quién? Y ya es tarde... ¡Ah! Tanto cavilar... Al viejo... ¿Quién mejor que él?...

DELFINA. — ¡A tu padre!...

DAMIÁN. — ¡Naturalmente!

DELFINA. — No tan natural...

DAMIÁN. — ¿Cómo?

DELFINA. — Digo no más..., para no molestarlo.

DAMIÁN. — Sería bueno que no lo hiciera con gusto... Aquí lo tenemos. ¡No podías llegar más a tiempo, viejo!

ESCENA XIII

DICHOS — JORGE

JORGE. — ¿Sí?

DAMIÁN. — ¿Tienes algo urgente que hacer?

JORGE. — Según y conforme. Se ha muerto un amigo mío muy íntimo, el mayor García.

DAMIÁN. — ¿Y debes ir al entierro? Pues yo te necesito para algo muy importante. El finado sabrá perdonarte. ¿Estarías dispuesto a embarcar esta misma tarde para Montevideo? Una comisión de confianza absoluta.

JORGE. — Hombre, la verdad... es que...

DAMIÁN. — ¿No te agrada?

JORGE. — ¿De qué se trata?

DAMIÁN. — De un pago... Y varias otras diligencias sin importancia; un viajecito rápido y entretenido.

JORGE. — ¿Tú no puedes hacerlo?

DAMIÁN. — Imposible; imposible en absoluto.

JORGE. — Bueno, ¿cómo no?... Si no hay otro remedio... Tendré que hacer una pequeña diligencia antes.

DAMIÁN. — No queda mucho tiempo; una hora escasamente.

JORGE. — ¡Oh, me despacho pronto!

DAMIÁN. — Entonces arregla tus asuntos y yo me voy a esperarte a la dársena. A bordo te daré todas las instrucciones... Te hago aprontar una maleta y te la llevo al vapor. Así no pierdes tiempo.

JORGE. — Eso es, así voy derecho.

DAMIÁN. — No faltes; mira que se trata de algo muy urgente.

JORGE (*Yéndose*). — Perdé cuidado, Damián.

DAMIÁN. — ¿Quieres llamar a alguna de las muchachas?... Hay que preparar esa maleta... Oye, Delfina, dale la mía; es cómoda y segura.

DELFINA. — Me parece bien. (*Mutis.*)

ESCENA XIV

DAMIÁN — EDUARDO

EDUARDO. — ¿No dejé una baraja por aquí? ¡Ja, ja!

DAMIÁN. — No he visto nada.

EDUARDO. — ¿Dónde la habré dejado? Se me ha ocurrido una idea para inventar un solitario y no encuentro las cartas. (*Pausa.*)

DAMIÁN. — Decime, Eduardo, ¿te gustaría ir al Sur?

EDUARDO. — ¿A qué?

DAMIÁN. — A trabajar.

EDUARDO. — No me hablés.

DAMIÁN. — Bueno, a cambiar de aire, a curarte.

EDUARDO. — Muy aburrido.

DAMIÁN. — Tengo un amigo propietario de un gran establecimiento. Irías allí en tu calidad de neurasténico, y te aseguro que antes de un mes la salud y el espíritu de trabajo de aquella gente te contagiaría... ¡Es tan fácil abrirse camino por allá!

EDUARDO. — Por tan bien que te fue a vos.

DAMIÁN. — Porque me metí en otras cosas. ¿A que no te resuelves?

EDUARDO. — No me sentaría el clima. Mucho frío en el Sur.

DAMIÁN. — ¡Hombre, podría mandarte al Chaco! Mucho calor, ¿verdad?... Muchacho, tú no puedes continuar así, sin más perspectiva que los cuadros del puerto... ¡Es una vergüenza!

EDUARDO. — Si te incomodo, me marchó de acá.

DAMIÁN. — No digo eso. Haz la prueba. Si te aburres te vuelves, y en el próximo vapor mando al chico.

EDUARDO. — ¿A Tomasito?

DAMIÁN. — Pienso sacar de él un hombre útil.

EDUARDO. — ¿Para qué sirve esa morralla?... Tiempo perdido... Es un canalla perfecto... La escuela del padre, de papá.

DAMIÁN. — ¡Hombre!

EDUARDO. — ¡Tiempo perdido! Vos siempre fuiste medio zonzo. ¡Convencete, hermano!

ESCENA XV

DICHOS — DELFINA — Luego LAURA

DAMIÁN. — ¡Aprontan eso?

DELFINA. — Ya va a estar...

EDUARDO. — Che, ¿sabés que tu mujer me cree loco y me tiene miedo?

DAMIÁN. — ¡Cómo es eso?

EDUARDO. — Huye de mí.

DELFINA (A *Damián*). — No le hagas caso. Es una broma; le ha dado fuerte hoy.

DAMIÁN. — No creas, que tu facha inspira poca confianza.

LAURA (Con unas cajas en las manos). — Me han traído el vestido que me regalaste. ¿Vas a pagar la cuentita?

DAMIÁN. — ¡Cómo no? (*Lee.*) ¡Ta, ta, ta, ta! Eso no puede ser.

LAURA. — ¡Cómo!

DAMIÁN. — Mi generosidad, hijita, no llega a tanto... ¡Doscientos pesos! ¡Una friolera!

LAURA. — Tú me lo prometiste.

DAMIÁN. — Y mantengo la promesa, pero no puedo costear tanto lujo.

EDUARDO. — Así me gusta.

LAURA. — ¡Atorrante! Este... las circulares están prontas.

DAMIÁN. — Me alegro mucho. (*Pausa.*)

LAURA. — ¿Y ahora qué hago con esto? El hombre espera.

DAMIÁN. — ¿Lo piensas? Devolverlo, devolverlo en el acto...

LAURA. — ¡Pero es una vergüenza!

- DAMIÁN. — Con vergüenza y todo se devuelve.
 LAURA (*Arrojando las cajas*). — Muchas gracias.
 (*Mutis.*)
 EDUARDO. — Ja, ja, ja.
 DAMIÁN. — ¿Querés hacerme el favor de entregar eso, Eduardo?
 EDUARDO. — ¿Yo? Bueno, sí.
 DELFINA. — ¡Déjaselo! ¡Pobre!
 DAMIÁN. — De ningún modo... Caramba con las pretensiones de la señorita.
 DELFINA. — No seas malo, déjaselo; para lección basta con el susto.
 DAMIÁN. — Consiento por esta vez. Y me voy; es tarde. Toma, paga esa cuenta; hasta luego.
 (*Mutis.*)
 DELFINA (*Siguiéndole*). — Aguarda, te daré la maleta.

ESCENA XVI

EDUARDO — Luego LAURA

- EDUARDO. — ¡Laura!... ¡Laura!... Ya se fueron; vení; no seas pava.
 LAURA. — ¿Qué querés?
 EDUARDO. — ¿Ves eso? Te lo regalo. Después dirás que soy un inservible...
 LAURA. — ¡Ah! No lo quiero.
 EDUARDO. — ¡Qué no vas a querer! Me empañé con Damián, y ya lo ves... Tengo una influencia bárbara, che, agarralo; decime, ¿has visto mi baraja? Mirá qué paqueta va la vieja. Cualquiera diría que viene de "Las tres bolas" de comprar un anillo. ¿Apareció la viborita?

ESCENA XVII

DICHOS — MERCEDES — *Luego* DELFINA

MERCEDES. — ¿Dónde fue Damián?

EDUARDO. — Yo qué sé.

MERCEDES. — Iba con una maleta.

LAURA. — A la dársena a acompañar a papá,
que se va a Montevideo.

MERCEDES. — ¿A qué?

LAURA. — Una comisión de Damián.

MERCEDES. — Es extraño.

EDUARDO. — Qué rebusque para el viejo, ¿no?

MERCEDES. — Hablé hace un rato con Damián y
nada me dijo.

LAURA. — Fue una cosa repentina...

MERCEDES. — Con tal que no sea algún lío de tu
padre...

EDUARDO. — ¿Un cuento de papá? ¿Qué esperan-
za! ¿Es un hombre muy honrado!

LAURA. — ¡Cállate, ingrato!

MERCEDES. — Ahí está Delfina... Nos sacará de
dudas... Antes que todo, hija..., aquí tiene
esto...

DELFINA. — ¡El anillo! ¿Dónde lo encontró?

EDUARDO. — En el suelo... Pero qué casualidad
que nadie lo haya pisado...

MERCEDES. — ¿Sabés qué comisión le encargó Da-
mián a Jorge?

DELFINA. — Le manda con una suma a retirar
una letra de mister Thompson...

MERCEDES. — ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... ¿Por qué
no me lo dijeron? ¿Por qué no me avisa-

- ron?... ¡Madre Santa! ¡Qué desgracia!...
(Llora.)
- DELFINA. — Pero señora, ¿qué le pasa? ¿Por qué se pone así?
- LAURA. — Ave María, mamá...
- MERCEDES. — Déjenme. Déjenme... Dios, Dios...
- DELFINA. — Esto es muy alarmante, mamá... ¿Qué es lo que teme?...
- EDUARDO. — No se puede pedir mayor respeto para un marido ..
- MERCEDES (*Reaccionando enérgica*). — ¡Oh! Esto no queda así. Hay tiempo de ir a bordo, ¿verdad?...
- LAURA. — ¡Qué locura es ésta! Mamá, ven acá.
- DELFINA. — Señora, cómo puede usted pensar semejante disparate...
- MERCEDES. — Hija, tengo mis motivos... Anoche estuvo de jugada y perdió. Hoy se vino desesperado a pedirme plata... Un hombre en esa situación es capaz de todo.
- DELFINA. — Sería tan espantoso, que no cabe en lo posible. Venga acá. Damián está con él. Cálmese.
- MERCEDES. — No, déjenme, déjenme ir; se evitará todo.
- LAURA. — ¡Qué manera de disparatar!
- DELFINA. — Piense que ante semejante duda tendría yo mayores motivos para sentirme inquieta..., y ya me ve... Venga... venga le digo; no se torture en balde, siéntese...
- MERCEDES (*Dejándose caer en una silla*). — ¡Ay! ¡Dios nos ampare!...

EDUARDO. — ¿Serviría un consejo mío? Bueno, déjenla que vaya... Mi padre es un sinvergüenza...

DELFINA. — ¡Eduardo!

EDUARDO. — ¡Camina, tal vez llegues a tiempo!
(*La conduce hasta la puerta.*) Yo ya se lo dije que mi padre es un sinvergüenza...

DELFINA. — ¡Eduardo!

LAURA. — ¡Pero Eduardo!

EDUARDO. — Salí, salí; defensoras de borrachos...

TELÓN

ACTO TERCERO

Decorado igual que el del acto segundo

ESCENA I

EMILIA — MERCEDES — LAURA — DELFINA

EMILIA. — ¡Pero qué empeño en pensar lo peor!... Es cierto que la conducta de papá hace sospechosa esta demora, pero hay que descontar muchas esperanzas todavía. Un accidente, una enfermedad, una prisión por error, un olvido; papá es bastante abandonado. ¡No llores de esa manera! ¡Qué quedaría para después!...

MERCEDES. — Lloro y lloraré toda mi vida. No tengo la menor esperanza. ¡Qué gran infamia!

LAURA. — Podría hasta haberse muerto de repente y como allí nadie nos conoce, tardaríamos en saberlo...

EMILIA. — ¡También! El sufría un poco del corazón.

MERCEDES. — ¡Qué ha de morir! No tiene tanta suerte... ¡Desgraciado!... Sí, un desgraciado, más que otra cosa. La miseria lo echó a perder. Siempre fue bueno y caballero... No jugaba..., odiaba el juego; no bebía. Jamás faltaba a sus horas, y su mayor preocupación era vernos siempre felices... De repente em-

pezó a decaer, a decaer... y en estos últimos tiempos ni la sombra quedaba de aquel padre de familia. (*Muy afligida.*) No sé cómo pueden cambiar así las criaturas de Dios. Y todos hemos cambiado. De mí, de la Mercedes de antes, tampoco queda nada... Me puse igual o peor que él... De ustedes no tengo derecho a decir nada... Se educaron con nuestro ejemplo... El único sano, porque no vivió con nosotros, era el pobre Damián, ¡pobre hijito!; y ahora, para que no salga menos favorecido, lo arrastramos con nosotros a la miseria y a la deshonra. (*Pausa.*) ¡Pobres de nosotros! ¡Pobre Damián! (*Llora.*)

EMILIA. — ¡Está bueno, mamá! No llores así. Te hará daño. ¡Aguardá al menos que se confirmen tus presagios! ¡Cálmate! Trae un poco de agua de Colonia. Laura. Y tú, Delfina, podrías decir algo; con tu silencio la mortificas.

DELFINA. — ¿Yo qué puedo decirle? Necesito tanto como ella de consuelo..., y además no podría decir farsas... Creo también como ella que no hay esperanzas de nada bueno.

EMILIA. — Ahí tenés, mamá, lo que sacas de tus cavilaciones... ¡Es natural! Si los de casa empiezan a sacar astillas..., todo el mundo tiene derecho a creerse con derecho a hacer leña... Tampoco es de buen deber que se condene a un hombre sin pruebas...

DELFINA. — Caramba... En todo caso, el reproche debe empezar por tu madre... Por otra parte, la situación de ustedes no es tan ventajosa para justificar insolencias.

LAURA. — ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

EMILIA. — También es una cobardía cebarse en el dolor ajeno...

MERCEDES. — Cállate, Emilia... Déjala en paz... La pobre tiene razón... Es una víctima nuestra...

EMILIA. — ¿Qué tanta víctima ni tanta humillación! Si la cosa ha pasado como ustedes piensan, la vergüenza no será para nosotros solamente... Damián también es de la familia...

DELFINA. — ¿Vergüenza? Estás muy equivocada. La conducta y los antecedentes de Damián, lo ponen bien a salvo de todas sombras... Ya sabrá él proceder como debe... Nadie está libre de tener por padre a un ladrón y por parientes a una banda de salteadores. Séase decente y no habrá quien se atreva a echárselo en cara.

EMILIA. — ¡Oh! Vos estabas esperando una oportunidad para mostrar las uñas.

DELFINA. — Hablo porque me provocan. No aguardaba oportunidad alguna... He tratado de hacerles todo el bien, pudiendo con una palabra disuadir a mi marido de su chifladura sentimental, mientras ustedes, en pago, me quitaban el cuero; ahora mismo estaba resuelta a callarme la boca, a pesar de la catástrofe que nos amenaza, pero visto que no tienen ustedes ni nociones elementales de delicadeza, les prometo que me han de oír...

EMILIA. — Podés empezar... Ya nos has dicho ladrones y salteadores... Adelante, mordé..., mordé... Ahí tenés una buena presa. Una mujer medio muerta de sufrimiento. Te la cedo... ¡Perversa!

ESCENA II

DICHOS — EDUARDO

EDUARDO. — ¿Qué bochinche es éste?

DELFINA. — Tus hermanitas.

EDUARDO. — ¡Ah! Son una monada mis hermanitas... ¡Como el padre! ¡Fuera de aquí, morralla! ¿Qué te hacían, cuñada? Seguro que te achacaban las culpas del robo. Para aquélla, la lectora de folletines, sos una malvada que quiere sumir en la deshonra una familia pobre pero virtuosa. Esta otra es Paúl Bourget; te encontrará un alma complicada, llena de recodos... Son literatas las dos... y muy distinguidas... ¡Morralla! Qué asco, ¿no?... Milagro no estuviera también Tomasito en la reunión... ¡Otro! ¿No hay detalles nuevos?...

DELFINA. — Ninguno.

EDUARDO. — ¿Y Damián?

DELFINA. — ¡Por ahí! Buscando noticias...

EDUARDO. — ¿Ves ese muchacho? Se va a convencer de que es zonzo del costado izquierdo. ¡Fíjate en la vieja! Papel lucido, ¿eh? ¿Qué dirá Damián cuando se confirmen las cosas? Apuesto que le da por la tragedia. ¡Oh, padre, estamos deshonrados! ¡Infelices! ¡Ay de mí!... Y la voz de la sangre y el respeto filial y los sacrificios honrosos, y toda esa punta de macanas que han inventado los escritores y poetas para tener de qué ocuparse... El otro día leí en un diario, que no sé cuál poeta había

hecho mal en no tratar las cosas tan sagradas como la familia, el amor filial, y qué sé yo... Fíjate cómo nos conocen los críticos... Bueno; no me lleven el apunte, me voy: están muy del Viernes Santo.

DELFINA. — También yo. (*Hacen mutis.*)

ESCENA III

EMILIA — MERCEDES — LAURA

EMILIA. — ¡La perra ésa!...

MERCEDES. — ¿Por qué son tan malas? ¿Qué ganan con empeorar la situación?...

LAURA. — Nosotras no hemos buscado...

EMILIA. — ¿Debíamos consentirle a esa intrusa que nos pusiera por los suelos?

MERCEDES. — Mientras no dijera más que la verdad...

EMILIA. — ¡Oh! Muy bonito... Nuestra abnegación debía ser ofrecer la otra mejilla para el cacheteo...

MERCEDES. — No hablemos más.

ESCENA IV

DICHOS — DAMIÁN — DELFINA — EDUARDO

DAMIÁN. — ¿Nada?

MERCEDES. — Nada, hijo mío.

DAMIÁN. — He ido a la agencia de vapores. En la lista de pasajeros no está el nombre... Es

seguro que no ha vuelto. También si nos ha hecho pasar estas angustias por dejadez, así también será la reprimenda. ¿Y Delfina?

MERCEDES. — En su cuarto, supongo...

DAMIÁN. — ¿Está muy afligida?

MERCEDES. — ¡Cómo no, hijo! Como todas nosotras. ¡Ah, si me hubieras escuchado cuando fui a buscarte a bordo, nos ahorraríamos tanta inquietud!... No me hiciste caso, y estamos sufriendo las consecuencias.

DAMIÁN. — ¡Cómo hacerle una ofensa tan grande al pobre viejo! Cómo decirle: "Papá, no tengo confianza en usted; quédese". Eso nunca.

MERCEDES. — Fue demasiada confianza la tuya.

DAMIÁN. — ¿Pues querrás creer que a pesar de tus celos y de tu empeño que te noto en prepararme a bien morir, no acabo de inquietarme del todo?

MERCEDES. — No debes hacerte ilusiones; piensa en lo malo.

DAMIÁN. — A no ser por tus confidencias sobre las aficiones al juego de papá, te juro que estaría lo más fresco... ¿Por qué no las constaste antes?

MERCEDES. — No quise aumentar tu disgusto... Pensé corregirlo...

DAMIÁN. — ¿Y dónde jugaba?...

MERCEDES. — Vaya uno a saber... En todas partes... Decime, si hubiera ocurrido la desgracia, ¿tendrías con qué reponer eso?...

DAMIÁN. — No, mamá; sería mi deshonra completa.

MERCEDES. — ¡Oh! ¡Qué desgracia! (*Llora.*)

DAMIÁN. — No me hagas recordar de nuevo, porque entonces sí que me..., que me... ¿No ves?... Ya estoy todo nervioso... Sería horrible... una cosa sin... ¿Qué?... Lllaman en el zaguán... Si será un telegrama...

MERCEDES. — Corro a ver... (*Sale y vuelve con un despacho telegráfico en la mano.*) ¡Telegrama! ¡Telegrama! ¡Telegrama! Gracias a Dios.

DAMIÁN. — Vamos a ver...

MERCEDES. — Abrilo pronto...

DAMIÁN. — Vaya... Me da no sé qué...

DELFINA. — Trae para acá... flojo... (*Le arrebatata el despacho y lee temblorosa.*) "Letra Thompson no ha sido retirada".

MERCEDES. — ¡Ah, Dios Santo! (*Cae abrumada sobre una silla.*)

DAMIÁN (*Demudado*). — Letra Thompson no ha sido re-ti-ra-da. De modo, ¿que es cierto?... Pero..., pero... ¡Ah! No puede ser. Al viejo le ha sucedido algo. Estoy en hora... Me voy a buscarlo a Montevideo. ¿Quién sabe si no está enfermo!... ¡Oh! Sí, me voy... Mi sombrero. ¿Dónde está mi sombrero?... (*A voces.*) Mi sombrero, he dicho.

DELFINA. — Tómalo.

DAMIÁN. — Adiós.

DELFINA. — Escúchame... Piensa un poco en lo que has de hacer... No te precipites...

DAMIÁN. — ¡Pero hija!... ¿Cómo quieres que no me precipite... si está en juego nuestro porvenir?...

EDUARDO. — Haceme caso... No vayas a Montevideo. Perderías tu tiempo; el viejo está aquí...

DAMIÁN. — ¿Cómo lo sabes? ¿Lo has visto?

EDUARDO. — Lo conozco. No se ha ido.

DAMIÁN (*Alterado*). — ¿Pero cómo no se va a ir si yo estuve con él a bordo hasta el último momento?

EDUARDO. — Sé lo que te digo. Tenía un metejón por ahí; bajó del vapor detrás de ti y fue a pagarlo; después se metió a jugar a ver si cubría el déficit, y la plata se le hizo humo. Verás cómo aparece hoy o mañana. En cuanto no tenga con qué dormir en el hotel, se viene a rondar la casa para entrar cuando esté seguro de no toparse contigo. Le tengo muy "manyaíto" el tiempo.

DAMIÁN. — ¿De modo que tú estás convencido de que me ha estafado?

EDUARDO. — ¿Quién podría dudarlo?

DAMIÁN. — Y dime. ¿Tú concibes que haya en el mundo gentes tan infames?

EDUARDO. — ¡Ta! ¡Ta! ¡Resmas, che!...

DAMIÁN (*Con ira*). — ¡Y padres tan desalmados, tan indignos, tan bellacos!

EDUARDO. — Abundan igualmente.

DAMIÁN. — Pues no me convenzo. Hay cosas que no caben dentro de la incultura humana, y ésta es una de ellas... Al viejo le ha pasado algo, y yo debo encontrarlo...

EDUARDO. — ¿Dónde?

DAMIÁN. — No sé... En algún lado, en la calle, en algún retén de policía, en los hospitales...

DELFINA. — ¡Damián!

DAMIÁN. — No se inquieten. Volveré. (*Delfina se echa a llorar.*)

EDUARDO. — Venga, cuñada, la acompaño. No crea que estoy loco; tal vez sea el más cuerdo. (*Conduciéndola.*) ¡Qué asco!...

ESCENA V

MERCEDES — LAURA — EMILIA

LAURA. — ¿Y ahora, che, qué será de nuestra vida?...

EMILIA. — "Ritornamo al antico."

LAURA. — ¡Pero qué sinvergüenza es papá!

EMILIA. — Qué sinvergüenza ni sinvergüenza; es un infeliz. Más canalla es ese otro que, siendo rico, nos ha dejado en la miseria... ¿Acaso el pobre viejo, que ha sacrificado la mitad de su vida para educar y hacer gentes a ese par de ingratos, no tenía derecho a exigirles en recompensa que le proporcionaran una vejez decorosa? Ellos son los bellacos. ¡Uno atorrante! El otro un bruto egoísta y tacaño... ¡Linda esperanza de padre! (*Se va rezongando. Laura la sigue.*)

ESCENA VI

MERCEDES — JORGE

Jorge, muy temeroso, aparece en la puerta y avanza con gran cautela.

MERCEDES (*Viéndole, corre hacia él*). — ¡Vos! ¡Jorge, Jorge! ¿De dónde vienes? ¿Qué es lo que has hecho?

JORGE. — No preguntes nada... Lo hecho está hecho... y se acabó...

MERCEDES. — ¿Has tenido valor de cometer una infamia tan horrible?

JORGE. — No digas nada. ¿Qué sacamos con hacer escenas? Escandalizas sin provecho... ¿Damián ya sabe?...

MERCEDES. — No, no lo sabe. Se lo he dado a entender, pero él no quiere creerlo. No concibe un padre tan desnaturalizado... Ha ido a buscarle...

JORGE. — ¿Tendrá para reponer eso?

MERCEDES. — Me lo acaba de confesar. Nada; dice que sería su ruina y su deshonra... Ya lo ves; dinero ajeno..., lo culparán a él.

JORGE. — Si es así, me queda un medio de salvarlo.

MERCEDES. — ¿Cuál?

JORGE. — Pegarme un tiro.

MERCEDES. — No, no, Jorge. Una locura no se emienda con otra.

JORGE. — Se lo tendría que pegar él, entonces.

MERCEDES (*Horrorizada*). — ¿Mi hijo? ¡Oh, no!
¿Por qué sos tan cruel? ¿Por qué me dices esas cosas tan brutales? No hay necesidad de que se mate nadie... ¿Se ha hecho daño? Pues a sufrir las consecuencias. No va a pasar nada, ¿verdad? Prométemelo, Jorge; dame ese consuelo a cambio de todo lo que me has hecho sufrir.

JORGE. — Quedate tranquila. Depende de cómo el otro tome las cosas... Yo me voy a meter en la cama. Van tres noches que no duermo y no puedo más. Hablale a Damián. Yo no tendría cara para presentarme delante de él. Contale todo... , que juego, que soy un vicioso incurable... , y que he abusado vilmente de su confianza.

MERCEDES. — ¡Qué golpe para el pobre muchacho!

JORGE. — Tú podrás encauzar bien la situación, de manera que el otro no la tome por el lado trágico... Ahora, si no lo consigues tendrás que aguantar mi sacrificio.

MERCEDES. — ¡Oh! Si depende de mí, te juro que todo se arregla.

JORGE. — ¡Ojalá! No puedo más de fatiga.

MERCEDES. — Sí, acostate. Permite una cosa. Sin esto no estaría del todo tranquila.

ESCENA VII

MERCEDES — DAMIÁN — Luego DELFINA

MERCEDES. — Ahora el otro. (*Revisa los cajones del escritorio y saca un revólver; al huir tropieza en la puerta con Damián.*)

DAMIÁN. — ¿Qué es eso? ¿Qué vas a hacer con esa arma? Traiga acá. (*Se lo arrebatata.*)

MERCEDES. — No, dámelo, Damián. No iba a nada; quería esconderlo porque tengo miedo...

DAMIÁN. — ¿Miedo de qué?

MERCEDES. — No sé; ¡por favor, dámelo! Me moriría de pena.

DAMIÁN. — Toma. ¿Dónde está mi padre?

MERCEDES. — ¿Ya sabes?

DAMIÁN. — Sé que ha llegado y quiero verle.

MERCEDES. — El no se atreve. Me encargó de que te lo dijera. La desgracia ha sucedido. No vayas a perder la cabeza, hijo mío.

DAMIÁN. — ¿Dónde está pregunto? No necesito consejos.

DELFINA. — No te alteres, Damián; no remediamos nada; ven, siéntate. (*Dirigiéndose a Mercedes.*) Vaya a buscarlo, señora, y usted. Damián, quédese; déjenos solos...

MERCEDES. — Voy en seguida. (*Mutis izquierda.*)

DAMIÁN. — ¿Has soñado una cosa igual siquiera, Delfina?

DELFINA. — Es horrible... Pero no... irremediable. Thompson es muy caballero y sabrá comprender tu situación. Yo le escribiré a Lola también.

DAMIÁN. — ¡Horrible! ¡Horrible! ¡Horrible!
DELFINA. — Tal vez sería mejor que nos fuéramos a Santa Cruz en el primer transporte... No te desesperes así. .

ESCENA VIII

DICHOS — JORGE

DAMIÁN (*Viendo a Jorge asomarse tímidamente a la puerta*). — Adelante, señor; no tengas vergüenza... Cuando has tenido el descaro de volver a esta casa, te suponía con la comedia preparada. Avanza, pues... O esperas que vaya a recibirte...

JORGE (*Rehaciéndose*). — ¿Qué tienes que decirme?

DAMIÁN. — ¡Hombre! ¡Nada! Nada grave..., pedirte perdón por esta molestia que te causo... ¿Estás borracho?

JORGE. — Tal vez; no sería difícil.

DAMIÁN. — Cuidado con exasperarme con tus respuestas, porque no respondo de mí.

JORGE. — Los jueces no pierden la calma.

DAMIÁN. — ¿Tú te das cuenta exacta de todo el mal que me acabas de hacer?

JORGE. — Exactísima. Tanto, que podría economizarte el interrogatorio repitiendo las preguntas que yo mismo me he dirigido antes de cometer el crimen, mientras lo cometía y después de realizado. Todo fue deliberado y consciente. Te haría ahora mismo un alegato de bien probado, con la certeza de impresionarte

en mi favor. Sé que no podrás reponer la plata ajena robada, la que yo acabo de robarte, y como de algún modo tienes que justificarte, me pongo por completo a tu disposición...

DAMIÁN. — ¿Para qué?

JORGE. — Te ofrezco mi suicidio.

DAMIÁN. — ¿Qué te has de matar! Es un nuevo recurso. Pretendes impresionarme, ¿verdad? Te equivocas de medio a medio... El que debió matarse y pensó matarse hace veinte minutos fui yo, el inocente. Pero resistí al verte en ese tren de envilecimiento cínico. Para los hombres como tú debía existir un castigo: la cárcel; el hecho de que yo entregara a mi padre a los tribunales para que lo condenen, será mi justificación más cabal. Hemos terminado. Si es cierto que te pones a mi disposición, debes marchar en el acto a presentarte a la policía. ¡Ya! ¡Ya! En el acto. (*Jorge se va sin decir palabra. Damián mantiene largo tiempo el gesto final.*)

DELFINA (*Dulcemente*). — ¡Damián!

DAMIÁN. — ¡Oh, Delfina! ¡Tengo ganas de llorar! Llorar a gritos. (*Se deja caer sollozando en una silla.*)

DELFINA. — Sí, llora. ¡Llora... mucho, mi pobre Quijote!

TELÓN

LOS MUERTOS

PERSONAJES

AMELIA
JULIÁN
DOÑA LIBERATA
LALO
LISANDRO
MARÍA JULIA
AGUSTÍN
LUIS
JORGE
RICARDO
MOZO
CAPATAZ
VIGILANTE

La acción en Buenos Aires

ACTO PRIMERO

Un comedor

ESCENA I

JULIÁN — AMELIA

JULIÁN (*Se levanta y busca dónde arrojar la colilla de su habano*). — ¿Quieres que te ayude?
¿No has terminado aún?

AMELIA (*Desde su habitación*). — Sí, vení...
¡No!... ¡No, no, no!... ¡tené paciencia!...
¡Quiero darte la sorpresa!... Que me veas vestida.

JULIÁN. — ¡Mujer!... Hace media hora...

AMELIA (*Cerrando la puerta*). — No seas loco...
No entrarás...

JULIÁN. — ¡Jesús!... ¡Nunca te habré visto los brazos!... (*Aproximándose y haciendo fuerza por abrir*.) Vamos... ¡No seas pava!... ¿Qué? ¡Pero tonta!... ¿Será acaso la primera vez que... Abrime pues... Se me ha antojado. Te alcancé a ver un poquito y... Bueno, vos tenés la culpa... Te pensás que impunemente se tiente la curiosidad de un hombre... ¡Eh!... ¿Cómo?... (*Irónico*.) ¡Claro!... ¡A buena hora, candil, te apagás!... Pero dejate de sonseras que me está dando estrilo... ¡Abrió!... ¡Abrime, por favor!...

AMELIA (*Asomándose*). — ¡Vaya!... ¡Aquí estoy!... ¡No, no, no!... ¡Retírate un poco!... ¡Así no!...

JULIÁN. — ¿Y cómo?

AMELIA. — Te vas allá, más lejos... La sorpresa.

JULIÁN (*Alejándose*). — ¡La sorpresa!... ¡Aquí estoy, pues!...

AMELIA (*Avanzando majestuosa*). — ¿Qué tal? ¿Me queda bien?

JULIÁN. — ¡Ya lo creo! ¡Así!... ¡Macanudo! ¡Espléndido mi negra! Tenés buen gusto. ¿Eh?...

AMELIA. — ¿Recién lo has descubierto?

JULIÁN. — Lo confirmo una vez más.

AMELIA. — ¿No tiene un chingue la pollera de este lado?... Parece que arrastra un poquito...

JULIÁN. — ¡Qué esperanza!... Yo qué sé... Cae muy bien, elegantísimo... ¿A ver la espalda?... Date vuelta.

AMELIA. — No he podido prenderme la bata. Para eso pensé llamarte.

JULIÁN. — ¡Ah!... ¡Permíteme, soy muy práctico! (*Trabaja inútilmente por abrocharle la bata.*)

AMELIA (*Coqueta, moviendo la cabeza*). — ¿Para abrochar... o para... desabrochar?

JULIÁN (*Acertando*). — ¡Ah!... ¡Ya entiendo!... ¡Para las dos cosas, hijita! Lo último suele ser más fácil... ¡Bueno; ya está!... ¿Y ahora?...

AMELIA. — ¿Qué?

JULIÁN (*Respondiendo*). — ¿Qué?... ¿Qué?... Naturalmente... ¿Crees que trabajo de balde?... ¡La changa, pues!...

AMELIA. — ¡Ah!... ¿Conque... la changa?...
¡Sí... sí... sí!... ¿Me queda bien de espaldas?...

JULIÁN. — ¡Lindísimo!...

AMELIA. — Y ahora me verás con sombrero. Precisamente aquí está. (*Saca un sombrero de la caja y se lo pone.*) (*Cuadrándosele.*) ¿Qué me decís? Lo compré de media estación, porque... de todos modos se va el verano...

JULIÁN. — Digo... Digo que estoy esperando que me paguen mi trabajo...

AMELIA. — ¡Miren qué cosa!... Y yo que aguardaba que lo cobrases adelantado.

JULIÁN (*Besándola*). — ¿Así?

AMELIA. — Debías haberlo hecho al principio...

JULIÁN. — ¡Perdóname, soy tan corto de genio!...

AMELIA. — ¡Angelito!... ¡La inocencia!... ¡Bueno, supongo que ahora tus amigos no dirán que paseas con una cursi... turra!...

JULIÁN. — ¡Oh!... Verás esta noche... Nos vamos al Casino... Gran palquete grillet... Después a Palermo en automóvil y a cenar por ahí...

AMELIA. — ¡Eso no!... No quiero exhibirme. Para ti, para mi negro, para ti solito todo este lujo... Llévame donde quieras, con tal de que no haya mucha gente...

JULIÁN. — ¡Tonta!... Sería tu revancha...

AMELIA. — ¡No, no, no!... Lisandro anda por todas partes y podría vernos...

- JULIÁN. — ¡Vaya un escrúpulo!... ¡Como si tu marido no estuviese bien enterado!... En todo caso, vas conmigo y se guardaría muy bien.
- AMELIA. — ¿Y el escándalo? (*Llamando.*) ¡Mamá!... ¡Mamá!... ¿Quieres ver quién golpea?... Bien sabes que no le tengo miedo, pero me disgustaría ponerlo más en ridículo...

ESCENA II

DICHOS — DOÑA LIBERATA

- DOÑA LIBERATA. — ¿Se puede entrar?
- AMELIA. — ¡Sí, señora!... ¡Caramba!... ¿Desde cuándo precisa usted pedir permiso?... ¡Está echando un aire de sirvienta usted!...
- DOÑA LIBERATA (*Con sequedad.*). — No me gusta ver ciertas cosas... ¡Y ya está!
- AMELIA. — ¿Qué cosas?... ¡Jesús!... ¡Se está poniendo muy delicada!
- DOÑA LIBERATA. — Siempre lo he sido ¿sabés?... Y, además no tengo que darte cuenta... Allí mandan ese paquete de "La Especial"...
- AMELIA. — ¡Ah!... ¡El trajecito para Lalo!... Verán qué monada...
- DOÑA LIBERATA. — El hombre aguarda el recibo.
- AMELIA. — ¡Es verdad! ¿Quiere firmar usted, Julián?
- JULIÁN. — Sí señora! (*Firma y lo entrega a Liberata, que hace mutis.*)
- AMELIA. — ¡Mirá qué ricura! ¡Qué alegría para mi Lalo!... ¡Pobrecito!... Andaba hecho un

conventillero y con lo que pude economizar del vestido... ¡Fíjate, hasta botincitos le compré!...

JULIÁN. — ¡Che!: la vieja sigue estrilada conmigo...

AMELIA. — Contigo no. No hay que hacerle caso. Está chocha...

JULIÁN. — Pues que se deje de pavadas. ¡Si anda fastidiando mucho, la espíantás, qué diablos!... Bueno. Hasta luego. Sino vengo te mando un coche. Quizás te invite a comer... ¡Ah!... mi whisky. *(Toma la copa servida.)*

AMELIA. — ¡No, Julián! No tomés más...

JULIÁN. — ¡Mujer! ¡Qué sonsera! *(Bebe.)*

AMELIA. — ¡Si supieras cuánta repugnancia me causa verlos beber así!...

JULIÁN. — ¡Bah!... Esto no hace daño...

AMELIA. — Mi marido decía lo mismo, y ya ves en lo que paró...

JULIÁN. — Sin embargo, el vicio de tu marido fue causa de que nos conociéramos... Eres una ingrata con el alcohol... Vamos, no se me enoje... Chao, ¿eh? *(Se va por el foro. Amelia lo acompaña.)*

ESCENA III

AMELIA — DOÑA LIBERATA — LALO

AMELIA. — *(Regresa alegremente, se quita el sombrero, que vuelve a colocar en la caja, se mira al espejo con coquetería y se va desprendiendo el vestido.)*

DOÑA LIBERATA. — ¡Venga, venga!... ¡Ya verá!...

LALO (*Resistiendo*). — ¡No, mama nata, yo no fui!... ¡Fue el Chirulo, que puso un cobre en la vía para que lo achatara el trangua!...

DOÑA LIBERATA. — ¡Jesús!... ¡Así ocurren las desgracias!... ¡Ah!... ¡Usted no me sale más a la puerta!... ¿Me has oído?...

LALO. — ¡No fui, le digo, abuelita!... Pregúntele a papá y verá cómo es cierto. Yo estaba sentadito...

DOÑA LIBERATA. — ¿Tu padre? ¿Dónde lo has visto?

LALO. — En la vereda... Siempre viene allí al almacén... Y cuando me ve me llama...

DOÑA LIBERATA. — Y tú vas, ¿no?... ¿No te hemos dicho que no tenés que hacerle caso?

LALO. — Yo no le hago caso, pero él viene ande estoy y... Hoy me dio un níquel, vea, y me dijo que de aquí un rato me iba a traer un lindo regalo... después... después me preguntó si quería irme a vivir con él...

DOÑA LIBERATA. — ¿Ah, sí?... ¡Pues, cuidadito con que me vuelva a pisar la calle!... ¡No faltaba otra cosa!... ¡Ya lo había maliciao!...

LALO. — ¿Y esto, pa quien es?... ¿Pa mí?... ¡Ay, qué lindo! Y botines nuevos... ¡Ay! qué lindo... ¡Póngamelo, abuelita!... Pa probarlo no más... Después me lo saco...

DOÑA LIBERATA. — Sí, hijo... Venga acá.

LALO. — ¡Ay, qué lindo!... ¡Qué lindo!... Lo mandó papá ¿verdad?

DOÑA LIBERATA (*Desnudándolo*). — ¡Este... sí... digo no!... Se lo ha comprado su madre...

LALO. — ¡Ah!... ¿Y con qué plata? ¿Se la dio papá?

DOÑA LIBERATA. — ¡No sé, curioso!... ¡Vean cómo tiene las piernas este puerco!... Venga acá... Los zapatos primero... así... ¡Pero, estése quieto! Ajajá... Ya tiene para corretear bastante, ¿eh? hasta que los rompa... ¡Este pantaloncito le queda muy ancho... muy ancho!... Habrá que devolverlo...

LALO. — ¡No... mentira!... ¡Me queda lo más bien! ¡Ay, con bolsillos! (*Mete las manitas en los bolsillos, muy orondo.*)

DOÑA LIBERATA. — Eso es... Para guardar porquerías...

ESCENA IV

AMELIA — LALO — DOÑA LIBERATA

AMELIA. — ¡Caramba, qué paquete!... ¡Parece un hombrecito!... ¡Cuánto lujo!... A ver, déjeme... Le pondré yo la blusa... ¡Así!... ¡Meta aquí el brazo... no se apure!... ¡Así!... Lo más mono, ¿verdad?

LALO. — Los monos están en Palermo, ¿sabés? ¿Y ahora me llevarás a pasear? ¿En coche?...

AMELIA. — Ya lo creo...

LALO. — ¿Con don Julián?

AMELIA. — ¡No señor!

LALO. — ¿Y con papá?

AMELIA. — Ya le he dicho que no se acuerde más de él. Su papá no es su papá, ¿sabe?

LALO. — ¿Y quién es mi papá, entonces?

AMELIA. — ¡Bueno, se acabó!... Múdese esa ropa y vaya a jugar...

LALO. — ¡No!... ¡Dejáme un ratito!... No lo ensucio...

AMELIA. — ¡Está bien!... ¡Largo de acá!...

DOÑA LIBERATA (*Deteniendo al chico*). — ¡No a la calle; qué esperanzas! ¡Al patio, si quiere!... (*Lo conduce hacia la izquierda.*)

LALO. — ¿Solito?... ¡En el patio nadie me ve el traje!... ¡Dejemé! ¡Me viá portar bien!... (*Liberata lo lleva y regresa.*)

DOÑA LIBERATA. — Ahí anda ése.

AMELIA. — ¿Lisandro?... ¿Todavía?... ¿Y qué quiere? Es tan sinvergüenza que sería capaz de venir a verme otra vez. ¡Dígale que se deje de fastidiarme!...

DOÑA LIBERATA. — No me preocupa eso... Tengo miedo de...

AMELIA. — ¿Miedo?... ¿Miedo de qué?

DOÑA LIBERATA. — ¡El nene!... ¡Me parece que anda tramando algo para sonsacarlo!

AMELIA. — ¿Qué? ¿A mi hijo?

DOÑA LIBERATA. — Es su hijo, también.

AMELIA. — ¿A mi hijo? ¿Con qué derecho? ¡Se guardará muy bien!... ¡Ese perdido! ¡No faltaría otra cosa!... Vamos a ver. ¿Qué ha pasado?

DOÑA LIBERATA. — Lo busca... Le habla... Trata, en fin, de atraerlo con caricias. Cualquiera día no lo vemos más...

AMELIA. — ¡Ah, canalla!... ¡Eso será lo que tase un sañre!... (A voces.) ¡Lalo! ¡Lalo!

DOÑA LIBERATA. — Dejá en paz a la criatura... ¡Qué entiende el pobrecito!

AMELIA. — Quiero prohibirle que salga a la puerta y enseñarle lo que debe hacer cuando Lisandro le hable.

DOÑA LIBERATA. — ¡No hagas locuras, mujer!

AMELIA. — ¡Usted también! Podría cuidar lo un poco mejor... Lo deja andar suelto, y claro está...

DOÑA LIBERATA. — ¡Eso es!... ¡Echame las culpas ahora! ¡Y vos qué sos la madre?

AMELIA. — No puedo estar en todo...

DOÑA LIBERATA. — ¡Para lo qué hacés!... Si te dedicaras un poco más a tu hijo...

AMELIA. — Retemé, si le parece...

DOÑA LIBERATA. — ¡Qué esperanzas!... ¡Sos muy libre!... Pero estoy viendo que el día menos pensado, Lisandro nos saca el chico con todo derecho...

AMELIA. — ¡Qué dice?... ¡Hable, hable claro!...

DOÑA LIBERATA. — Antes, la razón hubiese estado de tu parte; ahora, si se presenta a la justicia, ¡quién sabe!...

AMELIA. — No entiendo. Haga el favor de no andar con tantos rodeos. Hace días que la veo muy misteriosa.

DOÑA LIBERATA. — Digo que si vos te portaras bien...

AMELIA. — ¡Cómo me porto?... ¡Hable! ¡Cómo me porto?... ¡Se le ha aparecido un difunto a usted! ¡Y no es nuevo! Desde que Julián

viene a casa, anda usted toda torcida. Me hubiese advertido que no le gustaba, y santas pascuas... Yo no la engaÑé... Se lo dije bien claro: "Julián es un buen mozo, lo quiero y antes de seguir pasando miseria, estoy dispuesta a aceptarlo"... ¿Es cierto o no es cierto?

DOÑA LIBERATA. — ¡Sí, sí!... ¡No te alteres!... Acepté todo, me resigné a tolerarlo, porque no había otro remedio... Pero, pero... ¿Quieres que te hable con franqueza? Bueno, hija... ¡No me gusta ese hombre!... Es muy joven para vos y medio tarambana...

AMELIA. — Es bueno, generoso y me quiere. ¡Y eso basta!... Usted le tiene inquina de balde, no más...

DOÑA LIBERATA. — ¡Qué esperanzas hija!... Si algo te digo es por tu bien... Ya que en vida es preciso transar con ciertas cosas, hubiera sido preferible una persona más seria, más reservada; un hombre de edad que pudiese ofrecerles un porvenir a vos y a tu hijo...

AMELIA. — ¡Claro está!... Un gran señor, un fuerte comerciante, un apellido ilustre, uno de esos respetables ancianos que van a la caza de carne fresca para marchitarla con sus caricias indecentes. ¡No señora!... ¡Muchas gracias!... Serán muy reservados, muy discretos, muy generosos, pero no me pescan. Demasiado estropeó mi juventud ese cretino de mi marido para que pueda resignarme ahora a tolerar una nueva esclavitud. Quise mi libertad y ya que la tengo, reclamo la libertad de gozarla como mejor me acomode. He dicho y Vd. per-

done mamá. Si se siente molesta, me lo dice, y trataré de buscarle un acomodo... ¡Buena-mente, tan cariñosas!...

DOÑA LIBERATA. — No. Ya sabés que no podría separarme del nene... Por él es que hago esto. Escuchame: Tratá de ser más reservada, de no exhibirte tanto. Mañana, tu marido consigue probar ante los tribunales que llevas una vida así, medio alegre, y nos saca el chico.

AMELIA. — ¿Es decir, que debo seguir tiranizada por mi señor marido? ¡No, no, no!... Se guardará muy bien de intentar algo. Y si lo intenta... ¡Hum! Vamos, señora, tranquilícese y...

ESCENA V

AMELIA — LISANDRO

AMELIA. — ¿Qué quiere usted en esta casa?

LISANDRO (*Desde la puerta*). — Nada... Venía a traer estos botincitos para el nene...

AMELIA. — ¿No le he prohibido que se ponga ante mi vista? El nene no precisa regalos de nadie. ¡Puede marcharse!...

LISANDRO (*Avanzando tímidamente*). — No te enojés, Amelia... ¡Me voy!... ¡Me iré en seguida... no pienso incomodarte... ni decirte nada!... Esta mañana... ¿sabes?... Un amigo que me debía unos pesos... Rovira, ¿te acordás?... Bueno; me debía unos pesos, y a lo que me vio, se acordó de lo que me debía y me los pagó... veintisiete pesos que yo le había prestado...

AMÉLIA. — Acabe de una vez...

LISANDRO. — Yo entonces, le compré estos zapatos a Lalo, y... ¡no te enojés!... Aquí traigo lo que sobró, por si te hace falta... (*Amelia, abrumada, baja la cabeza.*)

DOÑA LIBERATA (*Igualmente impresionada, hace un gesto compasivo*). — ¡Infeliz!...

LISANDRO. — ¡Son veinticinco!... justitos... Para algo sirven.

AMELIA (*Dulcemente*). — ¡No, no Lisandro!... Guardalos... No me hacen falta...

LISANDRO. — ¡Es porque yo te los traigo?... ¡A mí tampoco me hacen falta!... Tomalos... Vine yo porque... porque tenía ganas de verlo y regalarle los botincitos... ¿No está?... Si no querés que me vea aquí en casa, digo, aquí en tu casa, me lo mandás a la puerta con la abuela. ¿De veras no te hacen falta esos pesitos?

AMELIA. — ¡Mamá... tráigalo!... (*Liberata vase.*) Sentate.

LISANDRO. — ¡Está muy travieso? ¿Te da mucho trabajo?... ¡Pobrecito!... Hoy le di diez centavos y se puso contentísimo... Dijo que pensaba guardarlos para juntar muchos y comprarse un traje de pantalón largo... ¡Fijáte! ¡La facha para pantalón largo!... ¿Pensás mandarlo a la escuela después de las vacaciones? Yo que vos, mirá, le enseñaría a leer en casa... Es mucho mejor... En la escuela...

ESCENA VI

DOÑA LIBERATA — LALO — LISANDRO — AMELIA

DOÑA LIBERATA. — Aquí lo tiene.

LALO (*Extrañado*). — ¡En casa!... ¡Ah! ¡Ya sé! ¡Viniste a traerme el regalo!... ¿a verlo?... (*Corre hacia Lisandro, que lo levanta en brazos, besándolo con efusión.*)

LISANDRO. — ¿Y vos?... ¿No querés besarme?... ¡Vamos, un beso a su papá!...

LALO (*Lo besa en la boca y vuelve la cara con repugnancia*). — ¡Uf!... ¡Qué olor feo!

LISANDRO (*Impresionado, limpiándose con el dorso de la mano*). — A cigarro... Es el cigarro... ¡Los cigarros de hoja que fuma su papá!...

LALO. — ¿Y el regalo?

LISANDRO. — ¡Ah!... El regalo. (*Se interrumpe sorprendido al ver el traje flamante del chico y mira alternativamente a los circunstantes.*)

LALO. — ¡Ahí lo tenés!... ¡Abrilo!...

LISANDRO. — ¡No, no! ¡No es esto!... No pude traerlo.

LALO. — ¡Mentira!... Es por engañarme... Trae... Trae no más. (*Le arrebató el paquete y lo desenvuelve rápidamente.*) ¡Qué pavada!... ¡Unos botines!... (*Los deja caer.*) Mirá lo que tengo... Estos sí que son lindos... (*Lisandro oculta la cabeza entre las manos.*) Te dio rabia porque son más lindos... ¿Eh?... Miralos.

DOÑA LIBERATA. — ¡Nene, venga!... ¡Dejesé de fastidiar a la gente!... (*Se lo lleva.*)

ESCENA VII

LISANDRO — AMELIA

LISANDRO (*Después de un momento, reaccionando*). — ¡Amelia!... ¿Querés que hagamos las paces?... ¡No puedo!... ¡No puedo vivir así!...

AMELIA. — No, Lisandro. Me has prometido no tocar más este asunto... ¡Andate!...

LISANDRO. — Ahora me van a dar un empleo... el nuevo gobierno... ¡Tengo muchos amigos!... Trabajaré... Pienso portarme bien... Cambiar... ¡Te lo juro!... Cambiar completamente...

AMELIA. — No insistas porque no es posible... Entre nosotros no podrá existir nada más...

LISANDRO. — ¡Ya sé! ¡Lo haría por él!... ¡No tiene la culpa el pobrecito! Ya me está perdiendo el cariño... ¡No beberé más... ni vino en la mesa!...

AMELIA. — ¡No y no!... ¡No añadas una palabra! (*Señalándole la puerta.*) — ¡Hemos concluído!...

LISANDRO. — Sé que has tenido razón... ¡Me porté mal!... no pude contenerme... ¡Estaba viciado ya!... No me daba cuenta de lo que hacía. Cuando un hombre se emborracha, pierde el sentido. ¿No es verdad?... Bueno; yo también perdí el sentido. ¡Ahora no!... ¡Mira; te prometo tomar este remedio que hay!... ¡Yo no quiero perder el cariño de mi hijo!...

¡Esa criaturita es para mí más que mi madre, más que Dios, más que todo el mundo!...

AMELIA. — ¡Juras no beber y estás ebrio ya!...
(*Se le acerca y le toma de un brazo.*) ¡Vamos!... ¡Andate, que será mejor! ¡No insistas!

LISANDRO. — ¡Yo ebrio? ¡Yo borracho?... ¡Sólo he bebido un cognac para animarme a venir acá!... Nada más, ni una copa más... ¡Dejame!... ¡No quiero irme!... ¡Si me voy, me pego un tiro!... ¡Dejame!... ¡Hagamos las pases!... Si quieres te pido perdón de rodillas... Prometo ser bueno... Te daré toda la plata que gane; me iré al centro a pie, sin un centavo en el bolsillo. Más, más todavía; te dejaré en libertad absoluta, absoluta, absoluta!... ¡Yo todavía te quiero, te quiero mucho!... ¡Yo tuve la culpa!...

AMELIA. — ¡No!... ¡Basta!... ¡Basta!... ¡Basta!... ¡Mándate mudar!... ¡Pensás repetir la comedia acostumbrada? ¡Andando! (*Quiere conducirlo.*)

LISANDRO. — ¡No me voy!... ¡No!... Quiero quedarme... ¡Esta es mi casa!

AMELIA (*Severa*). — ¡Cómo? ¡Fuera de acá!...

LISANDRO. — ¡No te enojés!... ¡Sí, me iré!... ¡Pero... quisiera quedarme a buenas!...

AMELIA. — ¡Ni a buenas, ni a malas!... ¡Te irás!

LISANDRO. — ¡No!...

AMELIA. — ¡No!... Pues... ¡Si no te vas en el acto, nunca volverás a ver a tu hijo!... ¡Elegí!...

LISANDRO. — ¿Eh?... ¡Jajá!... ¿A mi hijo?...
¿Qué no lo veré?... ¡Jajá!... ¡Estás loca, loca!... ¿A mi Lalo?... ¡Hum!... ¡No me muevo! (*Se sienta.*)

AMELIA. — ¡Lisandro!...

LISANDRO. — No me muevo. ¡Esta es mi casa!... ¡Sí, mi casa!... ¡Sí señor!... ¡Mi casa!... ¿Has entendido?... ¡Yo mando!... ¡Soy el marido!... ¡Creías que me habría olvidado!...

AMELIA. — ¡Oh! ¡Qué infame!... ¿Querés que llame a la policía?

LISANDRO. — Podés llamarla. ¡Mientras no haya divorcio, yo seré quién gobierne, el dueño de esta casa!...

AMELIA. — ¡Eso nunca!... Ya verás... (*Llamando.*) ¡Mamá!... Ma...

LISANDRO. — ¡No; no la llames!... Podría venir él... ¡Perdóname!... No soy nada aquí... Vos mandás...

AMELIA. — ¡Se habrá visto cosa igual!...

LISANDRO. — ¡Hagamos las paces!... ¡a buenas!... ¡Amelia!...

AMELIA. — ¡Te repito que no insistas!... ¡Por otra parte, sería tarde!

LISANDRO. — ¡Ya lo sé!... Julián Alvarez es tu...

AMELIA. — ¡Entonces, si lo sabes... se acabó!

LISANDRO. — ¿El... te da la plata?

AMELIA. — El.

LISANDRO. — ¿Y le regaló el traje y los botincitos?

AMELIA. — Y los botincitos.

LISANDRO (*Exasperado*). — ¡Dios!... ¡Dios!...
(*Después de una pausa.*) Decime ¿y si yo te matase?

AMELIA. — ¡Mátame!... Sería lo único que te quedara por hacer, completar la obra... ¡Estarías en tu derecho, desde que sos mi marido!... A ustedes le permite todo la ley, la sociedad y qué sé yo, hasta la religión. Una mujer joven, sana, honesta, hermosa, cae en poder del primer buen mozo que le ofrece llevarla a la Iglesia, y ese buen mozo no tarda en mostrar las uñas una vez asegurada la presa. El caso nuestro. Nadie, nadie sin haberlo pasado, puede imaginarse toda la miseria de nuestra vida conyugal. A la mujer más santa, más sufrida, la pondría en mi caso, para demostrar la abnegación con que te soporté siempre. Te quería cuando me casé, te quise más cuando me hiciste madre, a pesar de que ya empezaba a conocerte. Después manoseaste mi amor propio de mujer, me abandonaste y te fuiste abandonando y perdiendo poco a poco los escrúpulos, hasta presentarte ante mis ojos como el más vulgar, como el más indigno y repugnante de los seres. Todavía me oprime acá el recuerdo de la náusea con que noche tras noche me obsequiaba tu borrachera asquerosa... y las privaciones y el oprobio de la mentira y de la embrolla, porque ni el coraje les queda de tratar con los acreedores y el hambre y la mendicidad vergonzante... Todo es poco. Encima el marido se arroga el derecho, amparado por la ley y la

sociedad, de matar a la infeliz mujer que ha tenido el coraje de emanciparse... y reclamar su parte de dicha en esta vida... ¡Mátame!... ¡Mátame... y mátate!... ¡Tal vez sea mejor! Le ahorraremos a nuestro hijo el mal ejemplo de nuestras vidas pervertidas.

LISANDRO. — ¡Tenés razón!... ¡Toda la razón del mundo... ¡He sido un infame!... ¡Ya no hay remedio!... ¡Soy un desgraciado! ¿no es cierto?... ¡Completamente perdido!... Te dejo. ¡Se acabó!, ¡pero me vas a prometer una cosa! ¡Cúidalo mucho!... El pobrecito no es culpable. Adiós. ¡Vendré a verlo alguna vez!... (*Alejándose.*) ¡Cuando no esté borracho!...

AMELIA (*Compasiva, viéndolo salir*). — ¡Qué infeliz!

LISANDRO (*Volviéndose después de un breve mutis*). — ¡Ah!... ¿Querés darme los zapatitos?... De todos modos, ya... ¿para qué? (*Amelia se los entrega.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

En un "restaurant" nocturno. Decoración a indicarse. Antes de alzarse el telón, la orquesta interior ejecuta un "lieder" popular, que es coreado por los parroquianos en momentos en que se descorre el telón. Al terminar, aplausos, bravos y bis insistentes. Los músicos toman sus instrumentos y remedan el motivo principal, que también se acompaña. Nuevos aplausos. Los músicos se retiran del tablado. La primera mesa del primer término derecha, está ocupada por Ricardo, Luis, Agustín y Jorge una patota de muchachos que han bebido sendos medios litros. Las mesitas de la izquierda, con servicio de comida, libres. Las restantes, ocupadas por tranquilos parroquianos ingleses o alemanes. Una que otra pareja elegante, comiendo. Los mozos cruzan constantemente la escena sirviendo champagne, cerveza y licores. Vense durante todo el acto personas que suben o bajan la escalera central. Una familia extranjera, matrimonio y chicos, abandonan su mesa, y al terminar la música suben lentamente la escalera.

ESCENA I

LUIS — RICARDO — JORGE — MOZO

LUIS (*Observándola*). — ¡Fíjense!... ¡El gringo borracho con la familia!... Qué ejemplo para los hijos. ¡Así les enseñan a curdelones!...

RICARDO. — ¡Van a ver cómo lo arreglo!... (*Toma un platillo de estopa y lo arroja al grupo. El parroquiano se vuelve, mira a todos lados y*

vase encogiéndose de hombros. Carcajadas en el grupo.)

LUIS. — ¡No te metás; no seas bárbaro!...

RICARDO. — ¡Si es un alemán otario!... ¿Qué tiene? ¡Miren los escrúpulos de éste! Lo que es a vos, cuando te da por ahí, no hay quien te aguante.

LUIS. — Una casualidad...

RICARDO. — Naturalmente. Sin ir más lejos, anoche en "Aues" te había dado por catarle la pera a los gringos... Se ha librao de una pateadura porque Dios es grande.

JORGE. — ¿Te encurdelaste anoche también?

RICARDO. — ¡Ilusiones, che!... Amaneció en la tercera, con el Pato, con Manolo, el negro Franco y una punta más. ¡Metieron un bochinche bárbaro en el "Trompezón"!... Treinta del país por desorden. Cuando los fuí a sacar, estaba el tendal por encima de los bancos...
(Risas.)

JORGE. — ¿Y dónde la cataron?

LUIS. — En un banquete que le dimos a Carlitos despidiéndolo de la vida de soltero...

JORGE. — ¿Cómo?... ¿Se casa?...

LUIS. — ¡No!... ¡Lo mandan los padres a la estancia, allá por el Sud: no pueden con la vida d'él!... ¿Pero aquí no se toma nada? ¡Mozo!

MOZO. — ¿Qué van a tomar?

LUIS. — ¿Qué van a servirse? Vos, medio litro, nosotros también ¿y vos?

JORGE. — Un cívico a mí...

RICARDO. — ¿Qué cívicos!... Aquí, hermano, están reventaos los cívicos. Traiga para todos medios litros. ¡Bien tiré!

ESCENA II

DICHOS — LISANDRO — CAPATAZ

LUIS (*Viendo a Lisandro, que baja lentamente la escalera*). — ¡Fíjate quién cae!...

RICARDO. — ¡Zás!... ¡Lisandro!... ¡No lo miren, porque se nos viene! (*Lisandro desciende y se detiene mirando en derredor y luego avanza.*)

LUIS. — ¡Arreglao está el pobre!...

JORGE. — Ese ya se emborracha con el olor de un bar...

LUIS. — ¡Es un desgraciado!... ¡Le tengo lástima de veras!...

RICARDO. — ¡Ya nos vio!... ¡Vamos a hacernos los desentendidos!... Pues, como les iba diciendo, ¿saben?... (*Lisandro, dándose cuenta de la actitud del grupo, se dirige hacia la izquierda y ocupa una de las mesitas vacías.*)

MOZO (*Con la cerveza*). — ¡Bian tiré!... (*Sirve.*)

LISANDRO. — ¡Mozo!...

LUIS (*Volviéndose*). — ¡Cómo te va, Lisandro?... (*Los demás saludan con el ademán.*)

LISANDRO. — Bien, ¿y a vos?... ¡Mozo!...

MOZO (*Con malos modales*). — ¡Qué quiere?... ¡Aquí estoy!... ¡Qué tanto escándalo!...

LISANDRO. — ¡Tráigame... tráigame whisky!... ¡Sí! ¡whisky Smugler!...

MOZO. — Oiga. Estas mesas son para comer... ¿No podría ocupar otra?

LISANDRO. — No me da la gana, ¿sabe? ¡No me da la gana!... Usted me sirve aquí... Usted

es un insolente!... ¡Un whisky Smugler le he dicho!

MOZO. — Tengo orden de no servirle nada cuando venga en ese estado.

LISANDRO. — ¿A mí?... ¿A mí?... He pedido un whisky... ¡Y me lo van a traer... me lo van a traer! Llame al capataz... (*El mozo se va rezongando.*) — ¡Me lo van a traer!... ¡Qué se habrán pensado estos gringos ladrones!... ¡Si yo pago, se me sirve, y se acabó!

LUIS. — ¿Qué te pasa?...

LISANDRO. — Que estos desgraciados... (*Poniéndose de pie.*) Esta chusma insolente... a mí, a mí que los he enriquecido a propinas...

LUIS. — ¡No hagas caso!... ¡Macanas del mozo!

CAPATAZ. — ¿Qué hay, don Lisandro?...

LISANDRO. — ¿Usted ha dicho que no me sirvan a mí... que no me sirvan?... ¡Les ha dicho a los mozos... a mí...

CAPATAZ. — ¡No, eso no!... Pero no le conviene tomar... Ya ha bebido bastante...

LISANDRO. — ¡Ah!... Usted le ha dicho, ¿eh?... ¡Mozo! Un whisky... Me ha de servir... Son ustedes mis lacayos, ¿saben? ¡Me han de servir!... (*Golpeando la mesa.*) ¡Mozooo!...

CAPATAZ. — Vea. ¡No me meta escándalo!... ¡Haga el favor!... Váyase... (*Tomándolo por un brazo.*)

LISANDRO. — No me toques, porque te rompo la cabeza... Te rompo la cabeza... ¡Insolente!

LUIS (*Interviniendo*). — ¿Por qué no le han de servir?... (*Apartando el capataz.*) ¡Salga de

aquí! ¡Déjelo en paz! ¡Sosegate, Lisandro!...
Vení... ¡Tomarás con nosotros!...

LISANDRO. — Yo los quiero castigar primero...
Déjame... Los quiero castigar...

LUIS (*Conduciéndolo*). — Vení... no seas sonso... Sentate tranquilo...

LISANDRO (*Sentándose*). — Los quiero castigar...
Son unos insolentes...

LUIS. — ¿Qué habías pedido?

LISANDRO. — Los quiero castigar... ¡Whisky!...
Los voy a castigar...

LUIS. — ¡Mozo!... Sirva al señor... (*El mozo vase.*)
¡Quédate quieto!... ¿Qué ganas con pelear con el mozo!...

LISANDRO. — Es que... porque me ven así se han
pensado que ya no soy gente... Porque me ven pobre y porque tomo... Bueno... Yo me emborracho... ¿qué? Si yo tomo, es porque ellos me sirven, y si ellos viven, es porque yo tomo... Los sinvergüenzas son ellos...

Mozo. — El whisky...

LISANDRO. — ¡Lacayo inmundo!... (*El mozo se aleja.*)

LUIS (*Sirviendo*). — Vos dirás...

LISANDRO. — Un poquito más... así... gracias...
(*Bebe después que le han puesto la soda.*)
¡Tendría ganas de matar un mozo! Mirá. Si vos no te metés le pego un tiro...

RICARDO. — ¿Con la papeleta, che?

LISANDRO. — ¡Papeleta!... ¡Hum!... (*Saca un revólver.*)
Con este revólver... con éste...

LUIS. — Guardá esa arma... ¿Qué andás haciendo con el revólver?

LISANDRO. — ¿Yo? ¿Yo? ¡Hum!... Este revólver tiene su historia.

RICARDO. — ¿Lo caloteaste?

LISANDRO. — Lo compré... No se asusten... Lo compré esta tarde para matarme...

LUIS. — ¡Vos, matarte! ¡no embroméis, que lastimáis!

LISANDRO. — Vaya ¿y por qué no puedo matarme? Es bien fácil; ¡se pone uno así y zas!
(Apuntándose con el revólver.)

RICARDO. — ¡Che! No seas loco... ¡guardá eso!

LISANDRO. — ¡No tengas miedo! Ya no me mato. Compré el revólver esta tarde para pegarme un tiro, completamente resuelto; escribí una carta para el comisario. Aquí está, para que vean que no miento...

RICARDO. — ¡Cierto, che!... ¡Fíjate qué loco lindo!

LISANDRO. — Bueno, y cuando ya me iba a volar los sesos, se me ocurrió que era una zoncera. ¿Para qué matarme, si ya estoy muerto?

LUIS. — ¿Cómo es eso?

LISANDRO. — Claro que estoy muerto... con tanta gente que anda por ahí... Hombre sin carácter, es un muerto que camina...

RICARDO. — Tranca filosófica... Hombre sin moneda, querrás decir.

LISANDRO. — Yo soy muy bueno, pero no tengo carácter y me emborracho y muero; vos sos un pillo, y como tenés carácter, vivís. Los bellacos no se emborrachan nunca, ¿has visto?, y viven.

LUIS. — Pero hay mucha gente buena que tampoco se emborracha.

LISANDRO. — Mueren de otra cosa... Los buenos no tienen carácter... Nunca triunfan y hacen daño...

LUIS. — ¿Y los malos, che?

LISANDRO. — Triunfan y también hacen daño... pero con la diferencia de que no se lo hacen a sí mismo ni a los suyos, y prolongan la raza. Vos, sin carácter, vicioso, borracho, consuetudinario, ¿a quién reventás?... A vos mismo, a tu mujer y a tus hijos, a tu madre... Te matás y los matás...

LUIS. — Bueno. No nos des la lata. Y aclararé las cosas. ¿De modo que vos pensás que sólo los malos tienen carácter?

LISANDRO. — Esperate un poco... Te diré... Pienso que los que no saben vivir, que los inadaptables, están muertos... Los buenos no saben vivir... Cristo murió; su religión persiste, porque es mala... (*Voces de los de la mesa.*)

VOCES. — ¡Basta! ¡Que se calle! ¡Que se calle!

LISANDRO. — No me callo porque tengo razón... Yo tuve una mujer... y un hijo... un hijito así de grande, y lo quería mucho... muchísimo... y ahora me pregunto: ¿por qué los abandoné y los maltraté, si tengo tan buen corazón?

LUIS. — ¡Claro!... ¡Por tus borracheras!...

LISANDRO. — ¿Y por qué me emborracho yo y los que no tienen corazón no lo hacen?... ¡Contesten!...

RICARDO (*Aparte de los otros*). — ¡Manicomio!... ¡Está perdido!...

- LUIS. — Bueno; no hablés tanto, que te hace mal... Sentate y bebé...
- LISANDRO. — Claro que tengo razón... Claro que sí... El mozo no me ha servido... ¡Mozo!... ¡Es un insolente!... ¡Todavía, todavía lo voy a matar!... soy capaz de pegarle un tiro. Tengo muchas ganas... *(El mozo se acerca y sirve otro whisky.)*
- LUIS. — Toma, borracho, y déjate de fastidiar...
- LISANDRO *(Deteniendo al mozo por el delantal)*. — ¡Che!... Vení acá... Yo te voy a matar, ¿eh?... Bueno... *(El mozo se desprende y se aleja. Lisandro bebe un sorbo, paladeando con fuerza.)* ¡En fin, me voy!
- LUIS. — ¿A dónde?
- LISANDRO. — ¡A cualquier parte! *(Se levanta dispuesto a marcharse.)*
- LUIS. — ¡Che!... Déjame el revólver. ¿Qué falta te hace?... Trae...
- LISANDRO. — ¿El revólver?... No, hijito; me hace falta... para empeñarlo. En el almacén de la esquina; lo amuro en tres o cuatro pesos... No tengas miedo... Adiós... *(Se va lentamente por la escalinata. Llegan en ese momento varios grupos de parroquianos.)*
- RICARDO. — ¡Ese se mata!... Verán lo que les digo...
- JORGE. — ¡Bah!... Pa lo que sirve... Podía haberlo hecho mucho antes...
- LUIS. — ¡A qué extremo ha llegado el pobre!
- RICARDO. — ¡Eh?... ¡Quién sabe si no nos espera igual suerte!...
- LUIS. — Descuidate vos y...
- RICARDO. — ¿Y por casa, hermano?

ESCENA III

LUIS — RICARDO — JORGE — MOZO — AGUSTÍN

AGUSTÍN (*Que ha descendido un momento antes, acercándose al grupo*). — ¡Hola, muchachos!

VOCES. — ¡Adiós!... ¿Cómo estás?... ¿Qué tal?

LUIS. — Sentate.

AGUSTÍN. — Gracias; vengo acompañado ¡Mozo!
¿Quiere reservarme estas dos mesitas?... ¿No hay ningún saloncito, verdad?

MOZO. — Todos ocupados.

LUIS. — ¿Venís con María Julia?

AGUSTÍN. — Sí; estuvimos en el Casino. Nos invitó Julián.

RICARDO. — ¿Qué tal es esa que anda con él, la nueva?

AGUSTÍN. — Es regular...

RICARDO. — ¿Dicen que es casada?

AGUSTÍN. — Casada, e imagínense con quién...
Es nada menos que la mujer de Lisandro Fuentes... (*Expresiones de asombro.*)

RICARDO. — ¡Qué linda cosa! Y Lisandro seguramente lo sabe... Es un degradado...

JORGE. — Sin duda por eso se le han aparecido los muertos de que hablaba... Acaba de salir de acá...

RICARDO. — Y anda con un revólver para matarse...

AGUSTÍN. — ¿No ven?... Y ese loco de Julián que... Figúrense que está empeñado en traer a esa pobre mujer aquí...

LUIS. — ¡Qué bestia!... Está medio...

AGUSTÍN. — Bastante arreglado. Quedó discutiendo con ella en el coche y es muy capaz de traerla a tirones. Ahí llegan. (*Va al encuentro de Julián, Amelia y María Julia que descenden. Los del grupo observan con curiosidad.*)

RICARDO. — ¡No es muy turra que digamos!

JORGE. — Bastante competente.

RICARDO. — ¡Una mujer así con un marido imbecil!... ¡Claro está!... Y para iniciarse no ha elegido mal compañero.

ESCENA IV

DICHOS — JULIÁN — AMELIA — MARÍA JULIA

JULIÁN (*Viendo a los muchachos*). — Adiós...
¿Qué tal? (*A Amelia.*) Sentate por ahí... en esa mesa, y vayan pidiendo. (*Saluda alborozado al grupo.*)

MARÍA JULIA. — Pase, señora... Siéntese en ese rincón, que la verán menos... Tranquilícese y no haga papelones...

AGUSTÍN. — ¡Claro está!... Cenar y se lo lleva después...

AMELIA. — ¡Oh!... Esto es una infamia...

JULIÁN. — Y... ¿Qué le parece mi casadita?

AGUSTÍN. — ¡Muy competente!... Medio empacada, ¿no?

JULIÁN. — Asustada, che, de este mundo nuevo...

RICARDO. — Ya la amansaremos... Supongo que nos presentarás...

JULIÁN. — Cómo no... Vengan ahora a tomar una copa de champagne... Los espero. (*Volviéndose a su mesa.*) ¿Qué tal? ¿Pidieron? Pucha, que son lerdos... ¡Mozo!... ¡Por lo pronto, Cordon Rouge!... (*A Amelia.*) ¿Se te pasó, che? No me hagas hacer papelones, mujer... ¡Alza esa cabeza!... ¿Qué querés tomar? (*Repasando la lista.*) ¿Ostras?... No te aconsejo... ¿Consomé?... ¿Un caldito a la reina?... ¿Les parece? ¡Che, che, che! ¿estás llorando?... Hací el favor de dejar los melodramas para más tarde. ¿Me has oído?

AMELIA. — ¡Por Dios, Julián!... ¿Por qué sos tan malo? ¿Qué te he hecho para que me trates así?... ¡Déjame ir a casa!... ¡Me siento mal!...

JULIÁN. — El champagne te compondrá... ¡Santo remedio! ¿Vos no pensás lo mismo, María Julia?

MARÍA JULIA. — Creo que es una macana que tengas a esa señora aquí, a la fuerza... Nada nos hubiera costado ir a otra parte. La pobre tiene razón. No le gusta que la vean... No está habituada a estas cosas... Después... maldito lo que nos vamos a divertir... Ella en ese estado, vos estrilando, y nosotros como unos papanatas mirando el espectáculo... Vaya un capricho...

JULIÁN. — Che, ¿por qué no hacés estudiar a ésta? Sería una buena abogada de pobres... ¡Amelia! ¡Amelia!... ¡Alza esa cabeza!... Te he dicho que no las voy con la funeraria... ¡Mozo!... ¡Ese champagne!...

- RICARDO (*Como continuando la discusión*). — No, señor... ¡Estás muy equivocado!... Tenga los defectos que tenga el marido. La mujer debe ser fiel... Mira. Yo no sé lo que seré mañana, pero si me encontrara en el caso de Lisandro, se guardaría muy bien mi mujer de faltarme.
- LUIS. — Es muy fácil decirlo ahora... No verías nada, hijito; te lo pasarías como él, en los bares el día y la noche y la madrugada durmiendo la mona, y llegado el caso de enterarte de algo, te faltarían energías para proceder... Es inútil discutir eso.
- JORGE. — Lo que yo pienso es que si me sigue gustando tanto el trinquis... ¡no me caso!... (*Aparece Lisandro por la escalera.*)
- RICARDO. — ¡Guarda la que se arma!... ¡Fíjate quién viene!
- LUIS. — Un demonio... No, no. ¡Es peligroso!... ¡No hay que dejarlo! (*Se levanta.*)
- RICARDO. — ¡No seas pavo!... Dejalo que se arregle. Nos divertiremos un rato...
- JORGE. — ¡Está claro!... En todo caso, después nos metemos...
- LUIS. — ¡No sean idiotas!... Yo me lo llevo... (*Avanza al encuentro de Lisandro y lo toma del brazo.*) Vení... tengo que hablarte...
- LISANDRO (*Deshaciéndose*). — Esperate un minuto... ¡Tengo que decirle una cosa al mozo!... ¡A ese mozo de hoy!... Se me ocurrió en la calle... No lo mato porque está muerto.
- LUIS. — Dejate de zonceras y vení conmigo.
- LISANDRO. — Soltame... soltame te he dicho... ¿Sos capataz?... ¿Te han nombrado capa-

taz?... Largate, pues... Querés que te mate. Ya no tengo revólver, pero es lo mismo... Me dieron cinco pesos por él... Vamos a tomar un whisky... Pero aguarda, que tengo que hablar con el mozo... (*Avanzando.*) Mozo... Oiga. (*Luis se coloca a la derecha como para impedir que vea el grupo de Julián, y le obliga a dirigirse a la izquierda, sentándolo casi a la fuerza en la silla que él ocupaba, de modo que dé la espalda al otro grupo. Amelia y Julián que se han erguido al reconocer a Lisandro, permanecen un instante en azorada expectativa.*)

JULIÁN (*Dominándose, a Amelia*). — Siéntese... ni una palabra. (*Amelia se desploma en la silla y extiende los brazos sobre la mesa ocultando el rostro. Julián se sienta apercibiéndose a la defensiva.*)

LUIS. — ¡Che, Lisandro!... continuá la conversación de hoy... iba muy linda... Sostenías que los hombres de carácter son unos malos hombres... ¿Cómo era?...

LISANDRO. — No era así... verás... Pero hay que tomar algo, pues... ¡Mozo!

Mozo (*Que llega con la botella de whisky*). — Aquí está su whisky...

LISANDRO (*Sirviéndose*). — Esto yo lo pago... Todo lo que se tome... bueno... pues... lo que yo digo es que... no sé si lo dije... pero ahora lo he pensado bien... Sostengo que los hombres buenos, los hombres sensibles y de gran corazón, son los únicos o los más propensos a contraer un vicio... eso es... Y en cuan-

to tienen un vicio, están muertos... Por eso no me maté yo... ni lo maté al mozo... a los vivos, a éstos sí que se les mata... ¡A esos sí!... ¡Cómo a los perros!... (Suena el taponazo del champagne en la mesa de Julián. Lisandro, que iba a llevar la copa a los labios, vuelve lentamente la cabeza hacia un lado y como le resulta incómodo, hace el movimiento opuesto. Luego se incorpora, deja caer la copa al suelo y se queda unos instantes con su mirada idiota, fija en el grupo.) ¡Amelia!... ¡Vos!... Mi mujer. ¡Allí!... (Avanza tambaleándose.)

JULIÁN (Incorporándose). — No se acerque porque lo mato.

LISANDRO (Deteniéndose). — ¡A mí!... ¿Por qué?... ¡Es mi mujer ella!... ¡Mi Amelia!... (Avanzando.) ¡Es ella!... La misma. (De un salto se pone junto a él y lo abraza. Tumulto. Voceríos en todo el bar. Acuden parroquianos y mozos. Algunos suben a las mesas del fondo. Pasada la primera impresión de sorpresa, María Julia solícita, aparta a Amelia, abriéndose paso entre la gente, y se la lleva.)

LUIS (Queriendo separarlos). — Julián... Déjalo... Es un infeliz...

JULIÁN. — Eso es, voy a permitir que me mate. (Forcejea y lo sienta en el suelo.)

LISANDRO. — Pero... ¡si yo no le hice nada!... ¿Por qué?... (Lo levantan.) ¡No le hice nada!... ¡Estaba mi mujer allí!... (A Julián.) Me parece que no le he faltado al respeto...

ESCENA V

DICHOS — *Menos MARÍA JULIA y AMELIA:
interviene un vigilante*

VIGILANTE. — ¡Vamos a ver!... ¿Quién ha sido?

CAPATAZ (*Señalando a Lisandro*). — ¡El señor!... Proceda no más, agente... Está borracho y lo ha provocado al señor.

VIGILANTE. — Acompañeme...

LISANDRO. — ¡Bueno!... ¡Pero es mentira!... ¡No me resisto!... (*Al capataz, amenazador.*) Mira. Vos estás vivo, ¿eh?

JULIÁN. — Vea, agente. Aquí no ha pasado nada. Este hombre miente... Fue simplemente una broma de amigos. ¡Lárguelo!... Está con nosotros... (*A Lisandro.*) ¿No es verdad compañero?

LISANDRO. — ¡Naturalmente!... ¡Yo no hice nada!...

JULIÁN. — Retírese, agente. (*Le pone dinero en la mano con cierto disimulo. El agente se va y los parroquianos se alejan, juzgando la escena con ademanes de burla.*) ¡Se acabó!... ¡Caramba!... ¡Las mujeres se han ido!... Pero queda el champagne. Ricardo, Jorge, péguenle. Y usted, Lisandro, acompañenos... ¡Venga esa mano, qué diablos!... (*Se la extiende.*)

LISANDRO (*Estrechándosela*). — ¡Natural!... Yo no me había metido con usted... Se fue Amelia.

JULIÁN (*Palmeándolo afectuoso*). — ¡Fue una zoncera! ¡Quiere champagne?... ¡Sentémonos!... Aquí tiene una copa... Beba y siéntese... ¡Esta noche corremos juntos! (*Levantando la copa.*) ¡Salud! ¡Choque, compadre!...

LISANDRO. — ¡Salud!...

RICARDO. — Y ahora nos vas a explicar aquella teoría de los muertos...

LISANDRO. — ¡Hombre sin carácter, es un muerto que camina! (*La orquesta reanuda el concierto con un cake walk.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

La decoración del primer acto. Sobre la mesa, una lámpara y una vela encendida. La acción transcurre un tiempo después.

ESCENA I

DOÑA LIBERATA — MARÍA JULIA — AMELIA

Doña Liberata y María Julia atienden solícitamente a Amelia, que vuelve en sí de un desmayo, tendida sobre la chaise-longue de la derecha.

MARÍA JULIA. — Cálmesese. Ya pasó... aspire un poco más... ¡Así!... ¡Hay que tener ánimo, mujer!... ¡Para cuándo es el valor?...

DOÑA LIBERATA. — ¡Sí, hija mía!... ¡Tranquílcese... olvide!... ¡No volverá a sucederle!...

AMELIA (*Reaccionando con voz ahogada*). — ¡Estoy mejor!... ¡Dejenmé!... ¡Déjenme!... ¡Quiero respirar un poco!... Tengo... tengo aquí una cosa... (*Abrazando a Liberata, se echa a llorar desesperadamente*.) ¡Ay, madre! ¡Madre!... ¡Qué soy desgraciada! ¡Ay!... ¡Ay!...

DOÑA LIBERATA (*Llorando también*). — ¡Pobre!... ¡Pobre hija mía!...

MARÍA JULIA. — ¡Señora!... Por favor ¡que la aflige más!... (*Apartando suavemente a Li-*

berata.) ¡Déjela que llore!... ¡Eso le hará bien!... *(Pausa prolongada, durante la cual sólo deben oírse los sollozos de Amelia. Liberata y María Julia la contemplan silenciosamente.)*

DOÑA LIBERATA. — ¿Cree que le haría bien un té de tilo?

MARÍA JULIA. — Es posible... ¿Cómo no?...

DOÑA LIBERATA. — Entonces atiéndamela un ratito mientras voy a prepararlo...

AMELIA. — ¡No, mamá! ¡No se incomode!... Me siento ya muy tranquila... Si quisieran alcanzarme un poco de agua...

MARÍA JULIA. — ¡Con mucho gusto!... *(Va hacia el cristalero.)*

DOÑA LIBERATA. — No se incomode, señora... Aquí estoy yo... ¡Permitame!... *(Sirve agua en una copa, que está junto a la botella de whisky.)* ¡Beba, hija!

AMELIA *(Bebe un sorbo y lo arroja con un gesto de repugnancia)*. — ¡Oh!... ¡Qué asco!... ¡Gusto a bebida!... ¡Señor!... ¡Qué obsesión!... ¡Ese olor a alcohol que me persigue eternamente!... ¡Tire eso!... ¡Tírelo!...

DOÑA LIBERATA *(Medio aparte)*. — ¡Claro! ¡La copa en que bebió el otro!... ¡Qué porquería!... *(Va a renovar el agua.)*

AMELIA. — Es desesperante... ¡Es atroz esta vida mía!... ¡Preferiría estar a mil metros bajo tierra!...

DOÑA LIBERATA. — Esta es buena... ¡Beba con confianza!...

AMELIA (*Después de beber algunos sorbos*). —
¡Gracias, mamá!... (*Incorporándose con es-*
fuerzo doloroso.) ¡Ah!... ¡Dios, Dios!... ¡Qué
habrá sucedido!...

MARÍA JULIA. — ¡Nada!... Había mucha gen-
te... ¡Y estaban Agustín y otros amigos para
impedir cualquier cosa! ¡No se preocupe!...

AMELIA. — ¡Oh... señora!... ¡Perdón!... ¡La
he incomodado tanto!...

MARÍA JULIA. — ¡Qué esperanzas!...

AMELIA. — Gracias, ¡Gracias!... Ha sido muy
buena conmigo.

DOÑA LIBERATA. — ¡Ya lo creo!... Pobrecita...
¡Si no es por ella, quién sabe lo que habría
pasado! Podés estar bien agradecida...

MARÍA JULIA. — ¡Oh... de nada, señora!... Si
las mujeres no nos defendiéramos las unas a
las otras, ¿quién se ocuparía de nosotras?

AMELIA. — ¡Tiene razón!... ¡Los hombres son
muy malos!...

MARÍA JULIA. — ¡Pshss!... ¡Según! Hay de to-
do... Lo que pasa es que nos desprecian...
Bien, señora... Ya es muy tarde y voy a reti-
rarme, si es que no me precisa...

DOÑA LIBERATA. — ¡Oh!... Gracias. ¡Demasiadas
molestias le hemos causado!

MARÍA JULIA. — Lo que debe hacer usted ahora
es acostarse tranquilamente y no pensar más
en el asunto. Mañana será otro día. ¡Qué dia-
blos! Adiós, che.

AMELIA (*Estrechándole la mano, muy efusiva*).
— Adiós. Gracias.

MARÍA JULIA. — Un consejo: Si piensa seguir con
Julián, no salga nunca con él. No es malo, pero

acostumbrado a tratar con nosotras, cree que todas las mujeres son iguales... (*A Liberata.*)
Adiós, señora.

DOÑA LIBERATA (*Besándole la mano.*). — Adiós, hijita... Gracias por el servicio. Yo la acompaño...

MARÍA JULIA. — Y cuente siempre con una servidora... No le ofrezco la casa porque... bueno, porque siempre una anda así... (*Yéndose.*) ¡Qué descansen!... (*Mutis. Amelia las sigue hasta la puerta y se detiene allí, mirándolas.*)

ESCENA II

DOÑA LIBERATA — AMELIA

DOÑA LIBERATA (*De vuelta.*). — Pobrecita... Después dicen que esas mujeres son esto y lo de más allá...

AMELIA. — Así es...

DOÑA LIBERATA. — Bueno, hija. ¿Qué pensás hacer ahora?

AMELIA. — No sé... ¡Qué quiere que piense!... Temo que haya sucedido alguna desgracia. Lisandro estaba muy raro, como loco... Quedaron allí, luchando los dos... Quién sabe... ¡Quién sabe!...

DOÑA LIBERATA. — ¡Oh!... No hay caso que dos hombres en ese estado se hagan daño. Por desgracia, no ha de haber muerto ninguno.

AMELIA. — ¡Mama, por Dios!

DOÑA LIBERATA. — Se habría acabado todo. Uno en la cárcel y otro en el cementerio.

AMELIA. — Y yo... ¿dónde?

DOÑA LIBERATA. — ¿Vos? En tu casa... con tu madre y con tu hijo... Viviendo honradamente, descansando de tanta penuria como has sufrido... Yo te lo advertí... Esta misma tarde lo estuve repitiendo: "No me gusta esta vida... acabaremos mal... mereces algo mejor que ese hombre..." Pero vos, con tu genio alborotado...

AMELIA. — No, mamá... es que...

DOÑA LIBERATA. — ¡No hables más!... ¡Te entiendo!... Vas a decirme que tenés derecho a disfrutar de tu juventud y de tu vida... que has sido siempre una víctima... que esto y lo de más allá... No te niego ese derecho; te asiste toda la razón del mundo; pero hija, nada cuesta tener un poco de prudencia. Mira, ahora de cualquier modo, cortas toda relación con ese mocito; dejamos esta casa, vendemos estos muebles y todo lo que no sea indispensable, y desaparecemos; nos mandamos mudar a cualquier parte, a un conventillo. Trabajaremos; yo me conchabará, si es preciso, de sirvienta, todavía tengo fuerzas; trabajaremos para mantener y educar a ese pobrecito hijo, y así la vida, verás cómo no te falta oportunidad de desquitarte de todos tus padecimientos...

AMELIA. — ¡Oh, mamá!... Eso es muy lindo en las novelas por entregas. En la vida, no pasa lo mismo. Lo haré, sin embargo, aunque tenga que seguir sacrificada. Es preferible...

DOÑA LIBERATA. — Vamos, así me gusta... Ver-

te razonable... Ahora a dormir... Mañana será otro día... ¿Precisás algo?...

AMELIA. — Nada. Muchas gracias...

DOÑA LIBERATA (*Tomando la palmatoria*). — Buenas noches, hija... (*Alejándose*). Lo que es ahora me va a ser difícil agarrar el sueño... ¡Qué cosas estas, Dios mío!...

AMELIA (*Sobresaltada*). — ¿Eh? ¿Quién abre la puerta?...

DOÑA LIBERATA (*Deteniéndose*). — ¿Cuál?

AMELIA. — ¡Dios mío!... El zaguán...

DOÑA LIBERATA. — ¡Ay!... ¡Mal negocio!...

ESCENA III

JULIÁN — AMELIA — DOÑA LIBERATA

JULIÁN (*Desde afuera*). — ¡Qué oscuridad!... ¡Esto es una boca de lobo!...

AMELIA. — ¡Julián!... ¿Y ahora cómo hago?

DOÑA LIBERATA. — No lo dejés entrar... ¡Cerrar esta puerta!... (*Intenta cerrarla, pero en ese instante aparece Julián.*)

JULIÁN. — ¡Buenas noches!... ¿Iba a alumbrarme?... ¡No se incomode!... Pasó el peligro... ¡Casi me he roto el alma en un escalón!... ¿Qué tal negra?... ¿Se le pasó el enojo?...

AMELIA. — ¿Qué quiere usted aquí?... ¿No tenía suficiente con las que me ha hecho pasar?...

JULIÁN. — ¡Ah!... ¡Te dura el estrilo!... ¡No seas pava, mujer!... ¡Tenés que alegrarte con-

migo!... ¡No pasó nada, che!... Después que vos te estrilaste vino un vigilante y todo... ¡Puede irse a dormir no más, vieja!... Aquí no la precisamos...

DOÑA LIBERATA. — Usted es el que no hace falta, ¿me entiende?...

JULIÁN. — ¡Lindo, lindo!... ¡También usted está estrilada!... ¡Qué divertido!... Me parece que aquí hay que empezar a proceder de justicia rápida...

AMELIA. — ¡Julián, Julián!... ¡Mandate a mudar!...

JULIÁN. — ¿Irme? Ni pienso, hijita... ¡Estoy muy bien acá!...

AMELIA. — ¡Por favor!... ¡Tené compasión de mí!... Andate, volverás mañana cuando estés más tranquilo... ¡Yo no puedo verte así!... ¡Ya te lo he dicho! ¡No me mortifiques más... que demasiado me has hecho sufrir!...

DOÑA LIBERATA. — ¡Qué tanto suplicar! ¡Faltaba otra cosa! ¡Si no quiere irse se llama un vigilante y se acabó!...

JULIÁN. — ¡Un vigilante!... ¡Un vigilante!... ¡Estás arreglada, vieja! Cualquier día se mete un vigilante en mi casa... Mira... Toma estos cinco pesos y andate a dormir... ganarás más...

AMELIA. — ¡Oh!... ¡Esto pasa ya los límites! ¡Fuera de acá... cobarde!... ¡Canalla!... ¡Fuera!...

JULIÁN. — No grites, mujer... Si no pienso llevarte el apunte... Mira si sos mal agradecida... Yo podía haberme quedado allá con los

amigos, y ya lo ves, me vine a consolarte...

Deteniendo a Liberata, que trata de salir por la puerta del foro.) ¡Ande vas che, vieja?...

¡No te mandé que fueras a dormir?...

AMELIA (*Interponiéndose*). — Sí, sí... ¡Váyase, mama!... ¡Vaya!... ¡Tenga paciencia!... No es posible... (*La acompaña hasta la puerta izquierda.*) ¡Vamos! ¡Aquí estoy!... ¡Hacé lo que se te antoje!...

JULIÁN. — ¿Ves?... ¡Me gusta verte así!... ¡Qué ganás con andar con partes?... Andá preparando unas copas, que vamos a tomar champagne... ¡Fíjate!... (*Sacando la botella del bolsillo.*) ¡Cordon Rouge!... ¡En el coche los muchachos traen tres botellas más!... ¡Y quién sabe si alcanzan!... ¡A ver!... ¡Somos cinco!...

AMELIA. — ¡Cómo!

JULIÁN. — ¡Claro! Ricardo, Jorge y Lisandro... tu marido...

AMELIA. — ¡Oh!... Julián...

JULIÁN. — ¡Hicimos las paces y chupamos juntos!... ¡Está tan borracho!... Después los muchachos, que son unos locos, lo convencieron de que debía venir, y el muy desgraciado aceptó no más... Esperate; voy a buscarlos...

AMELIA. — ¡No, Julián!... ¡No!... ¡Salvaje! ¡No!... ¡Oh! ¡Qué horror!... ¡Qué horror!... ¡Qué ha pasado en el universo para que sucedan estas cosas!... ¡Yo me vuelvo loca! No... No... Yo me encierro. (*Intenta cerrar la puerta del foro.*) Para qué... ¡la echarían abajo!... ¡Oh!... (*Corre desolada y se encierra en su habitación.*)

ESCENA IV

JULIÁN — RICARDO — JORGE

JULIÁN (*Desde la puerta*). — ¡Cuidado con el escalón!... ¡Zas!... Uno al suelo... Seguro que es Lisandro... Alcancenló, muchachos...

RICARDO. — ¡Oh!... Que se arregle... Como pa cuidar mamasos... (*Avanza cantando*.) "Allons enfants de la patrie"...

JORGE. — "Le jour de gloire est arrivé!"

JULIÁN. — Cuidado con las botellas...

RICARDO. — ¡Intactas... che!... Sabés que está bastante competente tu cotorro...

JORGE. — ¿Son tuyos los muebles? ¡Macanudos!... Smugen... daría hasta treinta pesos...

RICARDO. — Bastante confortable... ¿Y la próxima?

JULIÁN. — Estará adentro... Vayan sacando unas copas de ahí. Voy a traerla... ¡che!... ¡Abrí pues!... (*Forcejea*.) Mal negocio... Vení que te voy a presentar a los muchachos... No seas guaranga...

RICARDO. — Zas... whisky... ¡Qué bolada para Lisandro!... No le gusta el champagne.

JORGE. — Porque es muy flojo...

JULIÁN. — ¿Destapamos?...

RICARDO. — Claro está... Y con ruido...

JULIÁN (*Destapa la botella y sirve*.) — ¡A la votre!...

RICARDO. — ¡Salud!...

JORGE. — ¡Salud!...

JULIÁN. — ¡Che!... ¿Y Lisandro?... Vayan a buscarlo... Se ha de haber lastimado...

RICARDO. — ¡Ciertó!, che... Vamos, Jorge...
(*Vanse. Julián se pone a silbar.*)

ESCENA V

DICHOS — LISANDRO

RICARDO. — Entra, no seas sonso... ¿Tenés miedo?... Vaya una pavada... Vení... Agarralo vos, Jorge... (*Avanzan conduciendo a Lisandro, que debe aparecer deplorablemente desarreglado y con una mancha de sangre en la frente.*)

LISANDRO. — ¡Déjenme!... ¡Déjenme!... ¡No quiero!...

RICARDO. — Fijate qué golpe se ha dado...

JULIÁN. — Vamos a ponerle algo...

JORGE. — Toma... Bebe un trago de whisky...

LISANDRO. — No... no... Déjenme... salgan...
¡Ahora no!... ¡Solo!... ¡Solo!... (*Avanza tambaleándose unos pasos, recorre la habitación con la mirada, deteniéndose en una y otra cosa, vacila un instante y va resueltamente hacia la chaise-longue, donde se deja caer pesadamente.*)

RICARDO. — A dormir la mona.

JULIÁN. — Pobre diablo... Sírvanse, muchachos... Para tomar estamos.

RICARDO. — ¿Y madame?

JULIÁN. — Ya vendrá. Si no, la hacemos salir...
(*Lisandro solloza ahogadamente.*)

JORGE. — ¡Tranca fúnebre!

RICARDO. — Son las más empalagosas... A vos, Julián, te suele dar por ahí.

JULIÁN. — ¡Oh!... ¡Muy rara vez! Miralo a ése cómo llora... ¿Eh? ¡Vas a reventar!... ¡Pobre bicho!... Está en el colmo de la degradación. Si algún día me viera en ese estado, me pegaría un tiro.

JORGE. — ¡Si uno se conociera claro está!... Pero nadie, hijito, se conoce los defectos... ¿No lo ves?... Lisandro se considera muy feliz. ¡Qué mejor ejemplo!...

RICARDO. — ¡Oh... no embromes! Los imbéciles no se conocen... Veamos lo que nos pasa a nosotros... Nos gusta el trinquis, nos encurdelamos a cada rato, pero en cuanto la cosa pasa de límites... A sosegarnos, muchachos... y a tomar limón con soda... ¡Servime champagne!...

JORGE. — Eso es cierto, pero...

JULIÁN. — Pero el caso es que poco a poco le vamos tomando el gusto, y...

RICARDO. — Se ha dormido... ¿Qué le haríamos?

JULIÁN. — Déjalo.

RICARDO. — ¡Ah, no!... ¡Un susto se lo lleva!...
(Le arroja una copa de champagne.)

LISANDRO (Se yergue como enloquecido de sobresalto). — ¡Qué!... ¿Eh?... ¿Qué hay?

JORGE. — ¡Nada!... Está lloviendo, ¡dormite!...
(Lisandro aspira con ansias una bocanada de aire y se deja caer de nuevo.)

RICARDO. — ¡Al bombo otra vez!...

JULIÁN. — ¡Lástima que no esté helado!... ¡Destapa la otra!...

RICARDO. — ¿Cómo no? ¡Pero llama a tu mujer, pues!...

JULIÁN. — ¡Me había olvidado!... (*En la puerta.*) ¡Eh!... ¡Amelia!... ¡Amelia!... ¡Nada! ¡Abrime negra!... ¡Hum, parece que se ha dormido!

RICARDO. — ¡Ah!... ¡Esperate!... La despertaremos... (*Se pone a cantar, Julián y Jorge lo imitan. Lisandro se incorpora de nuevo y se deja caer.*)

ESCENA VI

DICHOS — LALO

LALO (*Corriendo, en camión*). — ¡Mamita!... ¡Mamita!... (*Aparece detrás Liberata, pero se vuelve.*)

JULIÁN. — ¡Hola! . . ¡Quién está aquí!... ¡El pebete!... Venga para acá, amigazo.

LALO. — ¿Y mi mamá? ¿Dónde está?

RICARDO. — ¡Lindo el botija!

JULIÁN. — ¡No tenga miedo! ¿Viene a acompañarnos?... ¡A tomar champagne con nosotros! ¡Así me gustan los hombres! ¡Venga acá a la mesa... como persona grande!... (*El chico se resiste.*) No, ¡No se asuste, pues!... ¡Los hombres no tienen miedo! ¡A ver!... ¡Una copa para este curdeloncito!...

RICARDO. — Este va a salir al padre.

JULIÁN (*Haciéndole beber*). — Así... un trago bien grande.

LALO (*Aparta la cabeza bruscamente*). — ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... Mi mamita. (*Se echa a llorar a gritos. Lisandro se incorpora.*)

ESCENA VII

DICHOS — DOÑA LIBERATA.

DOÑA LIBERATA. — ¿Qué le han hecho?... ¡Bandidos!... ¡Perversos!... ¡Desalmados!... ¡Qué le han hecho al pobre hijito!... ¡Asesinos!...
(Arrebata al chico, protegiéndolo con el cuerpo.)

JULIÁN (Acercando la copa a los labios). — ¡Bárbaros! ¡Whisky!

LISANDRO. — ¡Mi hijito!... ¡Mi Lalo!... ¡Mi Lalo querido!...

DOÑA LIBERATA. — ¡Salga de ahí!... ¡Miserable!... No es suyo... (Lo aparta.)

LISANDRO (Trágico). — ¿No?... Mi hijo... ¡No me lo quitan!... ¡Es mío! ¡Mío!... (Se lo arranca con violencia y lo estruja entre los brazos.)
¡Mi Lalo!... ¡Mi Lalo!... ¡Mi Lalo!... ¡No! ¡Salga!... ¡No me lo quiten!... ¡Yo lo defiendo!... (Va a la chaise-longue y se sienta, colocándolo en las faldas, besándolo y acariciándolo.) — ¡Mi nene querido! ¡No llore!... ¡Está con su papito, que lo quiere!... ¡No llore!... ¡Déme un besito!... ¡No tenga miedo!... Soy yo. ¿No me conoce ya? Soy papito. Pobre criatura. ¡Pobre!... ¡Pobre!... ¡Pobre!... ¡Le hicieron nana?... ¿Aquellos hombres? ¡Siéntese así, a caballito como antes! Papito es bueno. No llore más. Papito lo lleva al nene a caballo. Es bueno, es bueno.

LALO. — ¡No! ¡Déjeme! No quiero caballos.

LISANDRO. — Es bueno. Los hombres son malos, ¿verdad? Le hicieron mal aquellos hombres. ¡Sí! ¡Están vivos! ¡Están vivos, verdad? (*Deteniéndose sorprendido por la idea fija.*) ¡Vivos! ¡Ah! ¡Ese, ese está vivo! ¡y le hizo nana!... ¡ah!... ¡ah!... Escuche un secreto: “¡Papito los va a poner en penitencia! ¡Veniga! ¡Están vivos! (*Se levanta esforzándose por mantenerse erguido y se acerca con el niño de la mano al aparador, revolviendo en los cajones. Saca algo que oculta bajo el saco, y gira alrededor de la mesa.*) ¡Con papito! ¡Con papito! ¡Con papito! (*Al llegar junto a Julián, bruscamente le aferra la barba con la mano izquierda y le hunde el cuchillo en la garganta, volcándole de espaldas juntamente con la silla; grito de horror...* Amelia asoma y cae desplomada junto a la puerta. Lisandro permanece oprimiéndolo con furia un instante; luego se yergue bruscamente y mira en derredor.) ¡Ahora a Uds.... A vos Amelia!... ¡Ah!... ¡No estás muerta!... ¡A Uds.!... ¡Hum!... ¡Otros muertos!... (*Fijándose en Lalo que se ha refugiado junto a Liberata.*) ¡A él! . (*Con desconsuelo dejando caer el cuchillo.*) ¡También está muerto mi hijo!...

TELÓN

EL DESALOJO

PERSONAJES

ENCARGADA

VECINA 1ª

VECINA 2ª

INVÁLIDO

GENARO

JUAN

INDALECIA

CHICOS

UNA NENA

PERIODISTA

FOTÓGRAFO

VECINO

COMISARIO

ESCENA I

ENCARGADA — VECINAS 1ª y 2ª — INDALECIA
JUAN

ENCARGADA. — (*Saliendo de una de las habitaciones.*) Ya sabe, ¿eh? Bueno; que non se le orvide. Son cansada de esperar que hoy e que mañana e que de aquí a un rato...

VECINA 1ª — ¿Qué le hemos de hacer? ¡Cuando no se puede, no se puede!

ENCARGADA. — Antonce no se arquila los cuartos, ¿sabe? ¿Se ha pensao que estamo en una república, aquí?... L'arquiler es lo primero.

VECINA 1ª — ¡Bueno, bueno!... ¡Basta! ¡No precisa hablar tanto!

ENCARGADA. — Eso digo yo. Non precisa hablar tanto. A la fin de mes se paga e nos quedamos todos callao la boca... (*Alejándose.*) Sí, señor. E non precisa tanto orgullo... Se quieren vivir de arriba, se compra el palacio del congreso, ¿sabe?, ¡en la calle Entre Ríos!... (*Tropieza con un mueble.*) ¡Ay!... ¡Dío!...

VECINA 1ª — (*Aparte.*) ¡No haberte roto algo!...

ENCARGADA. — ¡Ay!... ¡Madona Santísima!... ¡Uiii!... (*Golpea el mueble con rabia, volviéndose a Indalecia.*) ¿Y osté también se ha pensao tener todo el año esto cachivache ner patio?... Non tiene vergüenza...

INDALECIA. — ¡Pero, señora!... Si yo...

ENCARGADA. — ¡Un corno! Se le hubiesen tirao esta porquería de mueble a la calle, non estaría tanto tiempo sen buscar pieza. Parece mentira. (*Quejándose.*) ¡Ay, ay, ay!...

VECINA 2ª — (*Aproximándose.*) ¿Se lastimó mucho, señora?...

ENCARGADA. — ¡Qué sé yo!... Un gorpe tremendo.

VECINA 2ª — ¡A ver! Esos golpes saben ser malos...

VECINA 1ª — (*Burlona.*) ¡Ah!... Se le puede formar un cáncer... Llamen a la Asistencia...

ENCARGADA. — Mire, mire, doña Francisca. Venga. (*Se oculta detrás de los muebles para enseñarle la pierna lastimada. Dos inquilinos que salen rumbo a la calle, se detienen a mirar.*)

VECINA 2ª — ¡Ay, qué temeridad!...

ENCARGADA. — Ner mismo güeso... Vea. (*Viendo a los vecinos*) ¿Y ustedes qué quieren? ¿No tienen nada más que hacer?...

VECINA 2ª — ¡Ave María! ¡Tanta curiosidad!... (*Los dos vecinos se alejan riendo.*)

VECINA 1ª — (*Deteniéndolos.*) Diga, Juan, ¿no sabe si dan baile este sábado los "Adulones del Sur"?

JUAN. — Creo que sí. (*Mutis de ambos.*)

VECINA 2ª — Lo que es usted no faltará.

VECINA 1ª — No estoy invitada. La fiesta es pa ustedes los socios, no más... ¡ja, ja!... (*Mutis.*)

VECINA 2ª — ¡Dispará no más, comadre!...

ENCARGADA. — ¡Déquela!... Non vale la pena...

VECINA 2ª — Tiene razón. Venga a mi cuarto. Le daré una frotación de aguardiente... Venga... También, la verdad es que ni se puede caminar en este patio.

ENCARGADA. — Naturalmente. Con toda esta porquería de cachivache adentro...

VECINA 2ª — ¡Un día, pase; dos, también; pero más, es demasiada pachorra...

INDALECIA. — (*Tristemente.*) ¡Ay, señora; rueguele a Dios que no se vea en nuestro caso!

VECINA 2ª — ¡Pierda cuidado!... Mientras él me dé salú para trabajar, puedo estar tranquila. No ha de ser esta persona quien se quede de brazos cruzados esperando que las cosas caigan del cielo.

ENCARGADA. — Eso, eso digo yo. Mire, doña Indalecia; crea que no lo hago de gusto, porque el buen corazón lo tengo, ¿sabe? Ma non se puede estar estorbando a la quente todo el tiempo...

INDALECIA. — ¿Qué debo hacer?... ¿Quieren que me tire al río con todos mis hijos?

VECINA 2ª — No decimos tanto. Pero... moverse, caminar, buscar trabajo... En este Buenos Aires no falta en qué ganarse la vida.

INDALECIA. — ¡Pero señor! Si no he hecho otra cosa que buscar ocupación. Ustedes bien lo saben. Costuras no le dan en el registro a una mujer vieja como yo. Ir a la fábrica no puedo, ni conchavarme, pues tengo que cuidar a mis hijos...

ENCARGADA. — Ma dícame un poco, ¿qué le precisa tener tanto hicos?... Si no hay con qué mantenerlos, se agarran y se dan.

VECINA 2ª — ¡Y los asilos?

VECINA 1ª — ¡Oh!... ¡Eso es muy fácil decirlo!... ¡Pobrecitos!...

ENCARGADA. — Pobrecito, pobrecito, e mientras tanto muerto de hambre como los gatos, robando la comida en casa de lo vecino...

ESCENA II

DICHOS — GENARO

GENARO. — (*Que ha aparecido momentos antes con un paquete en la mano.*) ...Y hacen bien, cuando los vecinos son tan agarrados. ¡Mándensén mudar de aquí!... ¡No tienen vergüenza!... ¡Estar embromando a la pobre mujer!... ¡Bruta gente!...

VECINA 2ª — ¡El terremoto de la Calabria!... Vámonos, señora.

ENCARGADA. — (*A Genaro.*) Me diga un poco, ¿qué se ha pensao osté? Me diga.

GENARO. — (*Rezongando, sin hacerle caso.*) ¡Bruta gente! ¡Bruta gente!... (*A Indalecia.*) No te aflija. ¿No vino ninguno?...

INDALECIA. — Nadie.

GENARO. — (*Se encamina hacia su cuarto, segundo izquierda.*)

ENCARGADA. — (*Deteniéndolo.*) ¡Eh!... Me diga un poco, ¿qué se ha pensao?...

GENARO. — ¡Parlate a me?...

ENCARGADA. — (*Alterada.*) ¡A lei!, sí; ¡a lei, a lei!... Sí...

GENARO. — (*La mira fijo un instante y le hace la mueca característica de los napolitanos. Se va a su cuarto, dando un portazo al entrar.*)

ENCARGADA. — (*Furibunda.*) Furbo... ¡Mazcalzone!

VECINA 2ª — Está borracho el botellero. No le haga caso. Venga.

ENCARGADA. — ¡Canaglia!...

VECINA 2ª — Venga a curarse esa pierna. Déjelo.

ENCARGADA. — ¡Mazcalzone!... (*Volviéndose a Indalecia.*) Usté también, ¿qué está compadriando así?... ¡Tanto embromar, también!... (*Se va rezongando conducida por la Vecina 2ª*)

ESCENA III

INDALECIA — GENARO — CHICOS

INDALECIA. — (*Deja la costura y se aproxima a la cuna.*) Vamos, nena. ¡Arriba!... ¡No se va a pasar durmiendo todo el día!... ¡No?... Entonces ¡u...pa!... (*La levanta.*) ¿Quiere pancito?... (*Saca un mendrugo del bolsillo y se lo da.*) Esta noche traerán centavos, bastante plata, y vamos a comer mucho, ¡mucho!... ¿Tiene hambrecita?...

GENARO. — (*Reapareciendo con un grueso pan y una navaja en las manos, se acerca a Indalecia y corta una porción.*) Toma... ¡Mangia!...

INDALECIA. — ¡Oh!... ¡Para qué se ha incomodado!...

GENARO. — ¡Mangia, te digo!... (*Saca un bollo del bolsillo y se lo da a la nena.*) Mangia vos. ¿Dove sono i rapazzi?

INDALECIA. — No sé. En la calle tal vez...

GENARO. — (*Se aproxima a la puerta del foro y llama a voces.*) ¡Eh!... ¡Tú!... Vieni. ¡Anque, tú!... (*Aparecen tres chicos. Genaro da un trozo de pan a cada uno.*) Toma... ¡Mangia... tú, mangia!... ¡Mangia!... (*Los muchachos reciben el pan con alborozo y se ponen a comer.*)

INDALECIA. — ¡Mal agradecidos!... ¿Cómo se dice?...

UNO DE LOS CHICOS. — (*A boca llena*) ¡Muchas gracias!...

GENARO. — (*Indicándoles la puerta.*) ¡Vía! (*A Indalecia.*) No hacen falta cumplimientos. ¡Hay hambre, se mangia y se acabó!... (*Los chicos hacen mutis. Genaro se sienta en cualquier parte, saca salame del bolsillo y se pone a comer. Pausa.*) Estuve en el hospital. Le han hecho la operación a tu marido...

INDALECIA. — ¿Cómo?... ¿Otra?...

GENARO. — Naturalmente. (*Alzándose.*) Toma. Mangia un po de salame.

INDALECIA. — ¡Oh!... ¡Me lo van a matar!... (*Toma el salame y se lo pasa a la nena.*)

GENARO. — (*Volviendo a sentarse.*) Sería mecor, si ha de quedar paralítico.

INDALECIA. — ¡Pobre Daniel!... ¿Habló con él?...

GENARO. — No lo decan ver. No hace falta tampoco... (*Pausa.*) ¿Qué decía la encargada?

INDALECIA. — ¡Oh!... Lo de siempre. Rezonar.. Insultarme...

GENARO. — ¡Bruta gente!...

INDALECIA. — ¡Son tan malos!... Vea: a ella le disculpo, porque, al fin y al cabo, es patrona; pero a las otras, a las demás vecinas... ¡Gente desalmada!... ¡Si fueran más felices o mejores que una, no diría nada!, ¡qué diablos! Tendrían derecho. Pero no. Son pobres como yo, tienen hijos como yo, y maridos que trabajan expuestos a que los destroce una máquina o a caerse de un andamio, y en vez de pensar un poco que podrían verse en mi caso mañana o pasado, se ponen a la par de la otra para mortificarme. Y todo por adularla, ¡nada más! ¿Usted cree que ha habido uno solo en esta casa capaz de ofrecerme un poco de caldo para la nena? No, señor: prefieren tirar las sobras por el caño...

GENARO. — ¡Bruta gente!...

INDALECIA. — ¡Es lo que más me desconsuela!...
(*Afligida.*) Me dan tantas ganas de llorar... Ver que una no es nadie... Que de repente se queda sola en el mundo, aislada... abandonada de todos... peor que un perro... (*Llora.*)

GENARO. — ¡Ma no!... ¡Ma no!... ¿Qué se gana con afligirse?... ¡Cállese la boca!... ¡Bruta gente!... Decate de llorar, ¿sabe?... (*Se oye un tumulto y gritos afuera:*) ¡Viejo loco!... ¡Viejo borracho!... ¡Viejo loco!... (*Aparece un grupo de pilluelos, entre ellos los hijos de Indalecia, acosando a un viejo soldado, inválido de la guerra del Paraguay.*)

ESCENA IV

DICHOS — INVÁLIDO

INVÁLIDO. — (*Persiguiendo a los muchachos con el bastón enarbolado.*) ¡Mal enseñados!... ¡Con eso van a hacer patria!...

INDALECIA. — ¡Tata!...

GENARO. — (*A los chicos.*) ¡Vía!... ¡Caramba, caramba!... ¡Fuori!... ¡Sinvergüenza!... (*Los corre.*)

INVÁLIDO. — ¡Muchas gracias, don!... ¡Parece mentira!...

GENARO. — Son cosas de rapazzi...

INVÁLIDO. — ¿No ve, hombre, a qué extremos hemos llegado? Los gringos tienen que defender a los servidores de la patria. Vea, amigo; aquí ande usted me ve, ¿sabe?, yo soy el cabo Morante, y pregúntele a cualquiera de los que estuvieron en la guerra, si llevo al cuete esta cintita y esta otra...

GENARO. — ¡Eh, bueno! ¡Qué le vamos a hacer!

INVÁLIDO. — ¿Cómo qué le vamos a hacer? ¡Que lo respeten, canejo! (*A Indalecia.*) ¿Cómo te va diendo, m'hija?...

INDALECIA. — Aquí estamos... Y usted, ¿qué hace por acá?...

INVÁLIDO. — A verte, pues... Y así no más me recibís... ¿No digo?... Hasta los hijos son unos ingratos...

GENARO. — ¿Ese es su padre?...

INVÁLIDO. — ¡Y cómo le va!... Y legítimo, ¿sabes, che, gringo?... Lo que hay es que ya no me va reconociendo...

INDALECIA. — ¿Y cómo ha venido a dar conmigo?...

INVÁLIDO. — Por tu desgracia... Esta mañana, en el boliche del tuerto Ramos, allá en Palermo, ¿sabes?... y oí que un mocito leía en el diario que te habían desalojado y que levantaban una subscripción pa vos... ¡Pucha, digo, si es m'hija!... ¡Pobre mujer!... ¿Adónde vive?... Calle tal... me dijo el mozo. ¡Vamos a ver a mi Indalecia en la misiadura? Y agarré p'acá... Si en algo puedo servirte, ¿sabés?, aunque manco, no me olvido que sos m'hija...

INDALECIA. — Podías haberte acordado antes...

INVÁLIDO. — ¡Qué querés!... Te retobaste; te empeñaste en juir con ese zonzo de tu marido...

INDALECIA. — Bueno; no hablemos de él, ¿eh?...

INVÁLIDO. — No hablemos, si querés. Pero yo te dije que ibas a ser desgraciada con él, y ya ves cómo salió cierto. Se cayó de un andamio, ¿no?...

INDALECIA. — Sí, señor.

INVÁLIDO. — No ve, pues... ¡Cuando yo te lo decía!... ¿Esa nena es tuya?... Venga p'acá, mocita, con su agüelo... (*La chica, asustada, se recuesta a la madre.*) No ve, pues... Pucha cómo está el país, amigo gringo... Los nietos no las van con los agüelos... Ya no se respeta la familia ni nada... En nuestro tiempo, había e ver... Y esos otros mocosos, ¿son tuyos también?... Con que ustedes eran los que venían insultando a su agüelo, ¿eh? ¡Ahora van a ver, mocosos!... (*Va hacia ellos.*)

INDALECIA. — ¡Tata!...

GENARO. — (*Deteniéndolo*) ¡A ver!... Décate de embromar...

INVÁLIDO. — ¡Oh!... ¿Y a vos quién te da vela?... Ché, Indalecia, ¿éste es otro yerno?... Amigo; podía pagarle el cuarto, cuando menos...

GENARO. — ¡Décase de embromar! (*Se va a su cuarto.*) ¡Bruta gente! ¡Bruta gente!

INVÁLIDO. — Miralo al gringo... Hinchao como un zorrino... (*A voces.*) ¡Che, Musolino!...

INDALECIA. — Déjelo, tata. Si ha venido para fastidiar a la gente, podía haberse quedado...

INVÁLIDO. — Bueno, me viá sentar, ya que no invitas... (*Se sienta. Pausa.*) ¿Te trajieron la plata e la suscripción ya?

INDALECIA. — No, señor.

INVÁLIDO. — Ya sabés: no te puedo ayudar con nada, porque ando muy misio y vivo en el cuartel del 5º; pero si querés, te puedo buscar la pieza pa mudarte. Hoy he visto una en la calle Soler...

INDALECIA. — No se incomode...

INVÁLIDO. — ¿Y qué pensás hacer?...

INDALECIA. — No sé. ¡Nada!...

INVÁLIDO. — Esperate un poco. Hay un asilo de guérfanos militares, ¿sabés?... Allí... ¡pucha madre!... Si yo no estuviera tan desacreditao con el coronel... le podía pedir una recomendación. (*Sale la Encargada.*)

INDALECIA. — ¿Para qué?

INVÁLIDO. — Pa que metás toda esa colmena de muchachos... ¿Qué vas a hacer con ellos?...

ESCENA V

DICHOS — ENCARGADA

ENCARGADA. — Eso es lo que digo yo. Que lo meta nel asilo... No sirve más que pa trabaco...

INVÁLIDO. — Salú, doña...

INDALECIA. — No, señor; no me separo de mis hijos. Si ustedes no tienen corazón, yo lo tengo, y bien puesto...

ENCARGADA. — Ma diga un poco. ¿No es peor que se mueran de hambre de no tener qué comer?...

INVÁLIDO. — Ha dicho la verdá. Choque esos cinco. (*A Indalecia.*) ¿Quién es ésta, ché?...

ENCARGADA. — Sono la encargada de la casa...

INVÁLIDO. — ¡Che, che, che!... Y vos la pusiste de patitas en la calle, ¿no?...

ENCARGADA. — Eh... Naturalmente, si no pagaba l'arquiler...

INVÁLIDO. — ¡Y todavía te metés a dar consejos?... ¡Ya podés ir tocando de acá, gringa!...

ENCARGADA. — ¿E osté qué se ha pensao? Yo soy la dueña acá, ¿sabe?...

INVÁLIDO. — ¡Qué vas a ser dueña, desgraciada!...

ENCARGADA. — Bueno; déquese de embromar... (*A Indalecia.*) ¿E osté sa creído que esto e una sala per recibir las visitas?... Haga el favor da sacar de aquí a ese vieco borracho...

INVÁLIDO. — ¡Tu madre, gringa'el diablo!...

ESCENA VI

DICHOS — GENARO

GENARO. — ¡Madona del Carmen! ¡Dequen en paz esa pobre muquer... (*Enérgico, tomando por un brazo a la encargada.*) ¡Haga el favor, mándese a mudar de aquí!... ¡Ya!... ¡Ya!... ¡Váyase, porque te rompo la facha!... ¡Caramba!...

ENCARGADA. — (*Volviéndose furiosa.*) ¡Dío Santo!... ¡Porco!... ¡Canaglia!...

GENARO. — (*La empuja con violencia.*) ¡Fuori!... (*Volviéndose al inválido.*) ¡Usted también; mándese mudar!... ¡Hombre bruto! ¡Gente bruta!...

INVÁLIDO. — ¡No me toqués!... ¡No te me acerqués, gringo!... Porque te... (*Tumulto. Salen vecinos. La encargada vocifera.*)

INDALECIA. — Sosiéguese, don Genaro...

GENARO. — (*Amagándole un sopapo a la Encargada.*) ¡Bruta gente!...

INVÁLIDO. — Ladiate, Indalecia, que entuavía puedo con un gringo...

ESCENA VII

DICHOS — COMISARIO — PERIODISTA — LA NENA

Aparecen el Comisario y el Periodista, seguidos de un grupo de chicos.

COMISARIO. — ¡Qué desorden es éste?... A ver... Sosiéguese...

ENCARGADA. — Vea, señor Comisario... Esta canaglia de un boteghiero, me ha pegao una trompada tremenda...

INVÁLIDO. — (*Cuadrándose.*) ¡A la orden, mi jefe!...

GENARO. — (*Yéndose a la pieza.*) ¡Bruta gente, per Dío!...

ENCARGADA. — No lo deque dir, señor Comisario, me ha pegao, me ha pegao, é un senvercuenza!...

COMISARIO. — (*A Genaro.*) ¡A ver, deténgase!...
¿Qué ha pasado?...

ENCARGADA. — Mire, señor comisario, llévelo preso.

COMISARIO. — Cállese la boca.

INVÁLIDO. — Yo soy testigo, mi comisario. No ha pasao nada, mi comisario... Todo ha sido de boca, no más. ¡Basta la palabra?

COMISARIO. — Bajá la mano no más. A ver...
Despejen ustedes un poco...

ENCARGADA. — No, señor comisario...

COMISARIO. — ¡Despeje, le he dicho!...

ENCARGADA. — (*Se va refunfuñando y antes de desaparecer mira con odio a Genaro y besa la cruz, jurándole venganza.*)

COMISARIO. — (*A Indalecia, que está rodeada de sus hijos.*) ¿Quién es la dueña de estos muebles?

INVÁLIDO. — (*Indicando a Indalecia.*) Es una servidora... Mi hija...

COMISARIO. — Bien, señora. Yo soy el comisario de la sección, y el señor es un repórter de

“La Nación”. Hemos sabido que usted se encontraba en esa situación y...

PERIODISTA. — Nuestro diario ha sido el primero en dar la noticia...

INVÁLIDO. — Me consta. ¿No te dije, m'hija, que lo había leído?

PERIODISTA. — Usted ya sabrá que iniciamos una suscripción en su favor. Vengo a traer lo que se ha recibido hasta hoy. No es mucha cosa, pero le permitirá alquilar una pieza y atender las primeras necesidades...

INVÁLIDO. — Da las gracias, pues, mujer...

PERIODISTA. — Aquí tiene estos sesenta pesos y la lista de las personas que han mandado al diario... Sírvase.

INDALECIA. — *(Se echa a llorar estrechando a la nena. Pausa. Emoción. Genaro se seca los ojos con la manga.)*

PERIODISTA. — No se aflija, señora. Ya ve usted... Las cosas se remedian. Cállese. Tome su dinerito...

INVÁLIDO. — ¿Sabe que está lindo esto? Cuando te train la salvación te ponés a llorar. Lo hubieras hecho antes. *(Toma el dinero y se lo ofrece.)* ¡Agarrá y da las gracias, pues!...

LA NENA. — ¡Mamita!... ¡Mamita!...

INDALECIA. — *(Serenándose.)* Está bien... Muchas gracias... No llore, mi nena... No llore... ¿Ve?... Mamita ya no llora tampoco... A ver... Séquese esos ojitos. *(Le limpia la cara y le suena los mocos con el delantal.)* Sea buenita... ¡Esos hombres son muy bue-

nos! ¡Muchas gracias, señores, muchas gracias!...

PERIODISTA. — El comisario por su parte ha hecho algunas diligencias en su favor... El le dirá...

COMISARIO. — Es cierto. He conseguido colocarle a sus hijos... ¿Son éstos?... ¿Este es el mayor?... Bueno, a éste lo mandaremos a la Correccional de menores...

GENARO. — ¿Cómo dice, señor comisario?...

COMISARIO. — *(Prosiguiendo sin contestarle.)* Allí aprenderá un oficio y se hará un hombre útil... Para los demás he conseguido que el asilo...

INDALECIA. — ¿Cómo?... ¿Mis hijos?...

COMISARIO. — Sí, señora. Ya está todo dispuesto. La Sociedad de Beneficencia los tomará a su cargo.

INDALECIA. — ¡Mis hijos!... ¡No!... ¡No!... ¡No me separo de ellos!... ¡No, señor! ¡De ninguna manera, pobrecitos!... ¡Son míos, son muy buenos!...

COMISARIO. — Señora, comprenda usted que en su caso...

INDALECIA. — ¡Mis hijos! ¡Qué esperanza!... ¡No! ¡Ni lo sueñen!

GENARO. — Natural. Y tiene razón.

COMISARIO. — Retírese usted. ¡Nadie tiene que ver aquí!...

GENARO. — No tengo que ver, pero digo la verdad, ¿sabe?...

COMISARIO. — ¡Que despeje, le he dicho!...

- GENARO. — ¡Eh, bueno!... Está bien. Ma es una incusticia... ¡Bruta quente!...
- PERIODISTA. — Tiene que resignarse, señora. Es natural que le duela separarse de ellos, pero preferible es que se los mantenga la Sociedad a que mañana tengan que andar rodando por ahí...
- INDALECIA. — Tendrá mucha razón, señor. Pero yo no puedo separarse de ellos...
- INVÁLIDO. — ¿Pero ha visto qué rica cosa?... Es la primera vez que la patria se ocupa de proteger a este viejo servidor, manteniéndole a los nietos, y vos te oponés. No seás mal agradecida, mujer... Mire, amigo, este brazo lo perdí en Estero Bellaco, y aquí en esta pierna tengo otra bala más, ¿sabe? Bueno, y ya ve lo que he ganao... Que mis hijos y mis nietos se vean en este estao. ¿Ahora se acuerdan? Está bien. Hay que agarrar no más... Vale más tarde que nunca, ¿no le parece?...
- COMISARIO. — Es natural. Bien, señora: tiene usted que resolverse y...
- INDALECIA. — No, señor... Estoy bien resuelta. No me separo de mis pobres hijos... No puedo, no puedo... Nunca podría...
- INVÁLIDO. — ¡Pucha, mujer zonza! No parece hija mía...
- COMISARIO. — ¿Prefiere usted verlos morir de hambre o convertidos en unos perdularios?
- INDALECIA. — ¡No! ¡No!... Ya me han ayudado a tomar pieza. Ahora, demen trabajo si quieren; demen trabajo, que a mí no me faltan

fuerzas, y yo me encargaré de mantenerlos y de educarlos...

GENARO. — Eso, si está bien dicho...

COMISARIO. — Le he dicho que no se meta usted...

INDALECIA. — Y después, no son míos solamente... ¿Qué cuenta le voy a dar al pobre padre, que tanto los quiere, que se ha desvivido por ellos; qué cuenta le voy a dar cuando salga del hospital?... ¡No! ¡No!... ¡No es posible!... ¡Mis hijitos!...

COMISARIO. — ¡Oh!... A ese respecto debe estar tranquila. Su marido está muy mal y difícilmente saldrá del hospital. En todo caso, quedará paralítico...

GENARO. — ¡Oh, bruta quente!...

INDALECIA. — *(Se echa a llorar.)*

ESCENA VIII

DICHOS — FOTÓGRAFO

El Fotógrafo de "Caras y Caretas". — *(Al periodista.)* Hola, amigo.

PERIODISTA. — ¿Cómo le va? ¿Viene a sacar una nota?...

FOTÓGRAFO. — Precisamente. Una linda nota, por lo que veo... ¿Esta es la víctima?...

PERIODISTA. — ¿Usted conoce al señor? *(Presentándolo.)* El comisario de la sección... Un reportero de "Caras y Caretas". *(Saludos.)*

FOTÓGRAFO. — Llego en un lindo momento. *(Al mensajero que lleva los aparatos.)* A ver...

sacá pronto eso... (Al comisario.) ¡Qué cuadros!... ¿no?...

COMISARIO. — Estos se ven a cada rato... Es una cosa bárbara la miseria que hay... (El fotógrafo rodeado de pilluelos y vecinos, acomoda la máquina sobre el trípode buscando la luz conveniente.)

FOTÓGRAFO. — Aquí queda bien... (Los vecinos toman colocación frente al foco, tratando de salir en la vista.) Le tomaremos uno así llorando. Es un momento espléndido... (Enfoca.) Ustedes tendrán la bondad de retirarse... Más... Más lejos. (Al inválido.) Usted también, retírese...

INVÁLIDO. — Yo soy el padre de ella, pues; ¿por qué viá salir?...

FOTÓGRAFO. — Está bien, disculpe... (Cuando se vuelve, todos se acomodan de nuevo.) He dicho que se retiren...

COMISARIO. — A ver... ¡Despejen!...

FOTÓGRAFO. — Ya les ha de llegar su turno. Pierdan cuidado... Bien... No se muevan... Un momento... Ya estuvo...

INVÁLIDO. — ¿He salido bien yo?...

FOTÓGRAFO. — ¡Macanudo!... (Al comisario.) Ahora podrían ponerse ustedes. Y si la señora quisiera levantar la cabeza... (A Indalecia.) ¡Señora!... ¡Señora!...

GENARO. — Métanme preso y hagan lo que quieran... Ma esto es una barbaridá... Mándese mudar... ¡Per Dío!... ¡Qué bruta quente!... Deque tranquila esa pobre muquer... ¡Caramba!... ¡Caramba!...

PERIODISTA. — (Al comisario, que quiere intervenir.) La verdad es que no le falta razón... Sería mejor...

FOTÓGRAFO. — Por mí... La nota importante ya la tengo... (Se pone a empaquetar su aparato.)

INVÁLIDO. — Pero han visto este gringo, ¿qué se ha creído de la familia, también?... ¡No faltaba más, hombre!...

COMISARIO. — (A Indalecia.) Bueno, señora, no se aflija más y resuélvase...

INVÁLIDO. — Déjela. ¡Si ya está resuelta!

INDALECIA. — ¡Mis pobres hijitos!... ¡No es posible!... ¡No puedo, me moriría!...

PERIODISTA. — Piense que es un egoísmo el suyo. Por el momento, podrá mantenerlos si trabaja; pero puede ocurrirle que mañana no tenga que darles de comer... Enfermarse... morirse... ¿Qué va a ser de ellos?... Usted no pierde, dándolos al asilo... Los podría ver a menudo... Allí se formarán, aprenderán un oficio...

COMISARIO. — Y mañana serán hombres útiles para usted y para todos...

INVÁLIDO. — ¡Claro está!... ¿Preferís verlos en la cárcel por bandidos?...

INDALECIA. — Bueno... Sí... Hagan de mí lo que quieran... ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Pobres hijitos míos!...

COMISARIO. — Eso es entrar en razón... Bueno. Con ese dinero alquílese una pieza y mañana véngase por la comisaría con los chicos, que iremos a colocarlos, ¿eh?

PERIODISTA. — ¿Nos vamos?... Bien... Adiós, señora. Tranquilícese usted... Sea razonable...

INVÁLIDO. — Da las gracias, pues, y saludá...

PERIODISTA. — Déjela... Le mandaremos por el comisario la plata que se reciba... (*Al fotógrafo.*) ¿Salimos?...

FOTÓGRAFO. — Sí, ¿cómo no?... Buenas tardes señores.

COMISARIO. — (*A Genaro.*) Y a ver vos si te dejás de andar zonciando... (*Genaro le vuelve la espalda.*)

INVÁLIDO. — (*Al Comisario.*) Diga, mi jefe... ¿Habrá unos níqueles pal milico viejo?...

COMISARIO. — ¿Para mamarte, no?...

INVÁLIDO. — ¿Qué quiere, pues. Es lo único que me ha dao la patria... Un vicio...

COMISARIO. — (*Riéndose.*) Tenés razón. Tomá... (*Mutis. Los muchachos y vecinos salen también detrás.*)

INVÁLIDO. — (*Volviéndose a Indalecia.*) ¡Che, mi hija!... Hoy no he morfao nada, ¿sabés?... Refilame un nalcito de esos que te dieron...

INDALECIA. — Tome... tómelos todos... Yo para qué los quiero ahora... (*Se abraza sollozando a sus hijos.*)

TELÓN

LA TIGRA

PERSONAJES

LA TIGRA
HAYDÉE
ESPERANZA
LUIS
EL SEÑOR HESPERIDINA
EL RUBIO
JORGE
OLIVERA
EL REGENTE
EL VIGILANTE

Un lunfardo, Marinero, Pueblo, etc., etc.

CUADRO PRIMERO

Un cafetín servido por camareras. Pequeño escenario, al foro. A la derecha la estantería con botellas y el mostrador respectivo. El Regente lava copas y despacha a medida que las camareras lo van pidiendo. Ocupan una mesa, Tomás el Rubio, el Inglés, Jorge y Rafael. Jóvenes criollos atendidos por Haydée Suárez, una de las camareras. En otra, Esperanza, la madrileña, cantará en traje de carácter, entreteniéndolo a dos o tres parroquianos españoles. Más allá cuatro marineros ingleses acaban de emborracharse. En una cuarta mesa un pobre diablo despunta un sueño ante una taza de café. Luis con La Tigra, departen en una de primer término, bebiendo cerveza él y té la camarera, y cerca de ellos el anciano señor Hesperidina, que no tendrá otra ocupación que la de comerse con los ojos a las camareras e interrumpir los diálogos expresivos en que éstas intervengan. Al alzarse el telón comienza la tercera parte del concierto. El pianista termina su sinfonía. Silencio en el auditorio. Uno de los marineros se alza a duras penas, gritando "¡Hurra!", dando dos o tres palmadas, y se deja caer pesadamente. Descorrido el pequeño telón, aparece el tenor, un fulano gordo, que después de entregar la partitura al maestro, con un vozarrón espantoso, anuncia: "Generada" de Iris, "maestro Mascagni", y arremete cantando "Apri la tua finestra", etcétera. A los pocos compases se la arman.

ESCENA I

EL RUBIO — JORGE — MARINERO — HAYDÉE
LA TIGRA — LUIS — HESPERIDINA — ESPERANZA
REGENTE — VOCES

EL RUBIO. — (*Ladrando.*) ¡Guau! ¡guau! ¡guau!
UNA VOZ. — ¡Que se calle!

OTRA VOZ. — ¡Fuera! Zanguango!

OTRA VOZ. — ¡Miau! ¡Miau!...

JORGE. — ¡Que baile! (*El fulano quiere seguir y le molestan con silbidos e improperios. Entonces, sonriente, saludando, retira su partitura y se dispone a irse.*)

VOCES. — ¡No! ¡No! ¡Que baile! ¡Que baile!... (*Nuevo saludo y mutis. Aplausos estrepitosos y pedidos de "bis" durante unos instantes. El pobre hombre reaparece.*)

JORGE. — ¡Que cante el Chiribiribí!

CORO. — ¡Chiribiribí! ¡Chiribiribí! (*Creendo satisfacer al auditorio, hace una seña al maestro. Silencio.*)

MARINERO 1º — (*Apenas se le oye cantar, alzándose y avanzando tambaleante.*) ¡Ah!... ¡Hay!... ¡Moqueres!... (*Quiere cantar Moqueres. Coro de aullidos y ladridos. El cantor huye.*)

CORO. — ¡Miau! ¡Miau! ¡Miau!

HAYDÉE. — (*Aproximándose al grupo de criollos*) ¡Jesús, muchachos! ¡Ni que estuviesen en el jardín zoológico!...

EL RUBIO. — Vení, madrileña; sentate un rato con nosotros. Pasale esa silla al inglés.

HAYDÉE. — Tendréis que aguardar. El señor me ha llamado. (*Por el señor Hesperidina.*)

RUBIO. — Che: dale recuerdos de mi parte para los nietos. (*Risas en el grupo.*)

LA TIGRA. — Dicen que ha cantado en óperas.

LUIS. — Corista, seguramente.

LA TIGRA. — Cualquier cosa. Lo cierto es que tiene que mantener a sus hijos y viene aquí

a ganarse un peso y una silbatina por noche. Tú has visto a los muchachos. Se quedan hasta la última parte, sólo para armarle un bochinche al pobre infeliz.

LUIS. — Vaya un gusto.

LA TIGRA. — Es uno de los atractivos de la casa. Cuando el patrón no lo ha despedido, es porque le da resultado.

LUIS. — ¡Qué barbaridad!

LA TIGRA. — ¡Bah! ¡Así es el mundo, hijito! Quién sabe si mañana no me veo en el mismo caso.

LUIS. — A ti no te silban. Te lo aseguro.

LA TIGRA. — Si no me arman bochinche es porque todavía no estoy muy vieja y la muchachada me conserva un poco de cariño. Pero veremos más adelante. Por lo pronto, el hecho de haberme puesto a cantar, te prueba mi decadencia.

LUIS. — No, Tigra. No digas zonceras.

LA TIGRA. — Sí, hijito, sí. ¿Crees que no me conozco?

LUIS. — ¿Y por qué cantas, si no te gusta?

LA TIGRA. — Porque voy para vieja, nada más. Preguntame por qué, yo que he sido, puede decirse, la fundadora de estas casas en Buenos Aires y que he tenido las mesas principales a mi cargo, con clientela hecha y un platal de propinas... ¿Por qué me veo metida en este cafetín indecente?

LUIS. — Por tu carácter; porque no quieres.

LA TIGRA. — ¿Por que no quiero? Porque no sirvo. De aquí a un cafetín de la Boca, y de allí...

LUIS. — No veo la necesidad de la escala. Con cambiar de vida...

LA TIGRA. — ¿Y qué quieres que haga? ¿Meterme de monja? Cada uno en su oficio. Tú, albañil, no te vas a poner de relojero, cuando los achaques no te permitan trepar al andamio.

LUIS. — No es el mismo caso.

LA TIGRA. — ¡El mismo, el mismo, el mismo! Vez pasada, cuando salí del "Cosmopolita", me fuí a ver a esa señora amiga, la que cuida a mi nena, resuelta a ponerme a trabajar en costuras. ¡Qué quieres!... A los quince días no pude aguantar más. Me faltaba algo; no sé qué, pero algo esencial como el respirar o el comer. Empleaba horas enteras para hacer una costurita de nada, pensando y pensando...

LUIS. — ¿En qué?...

LA TIGRA. — ¡Qué sé yo! No podía explicarme. En todo este ruido; en las compañeras, en la muchachada, en los borrachos, en los escándalos, en la policía, en mi pasado, en fin.

LUIS. — ¿Y no te dabas cuenta de que aquella vida era mejor?

LA TIGRA. — ¿Mejor? ¿Por qué? Vamos a ver. ¿Por qué, si no estaba a gusto?...

LUIS. — Te habrías habituado...

LA TIGRA. — ¿Y mientras tanto? Pensando eso y pensando que todavía no estoy tan venida a menos que no pueda tirar algunos añitos más, me dije, entonces: "A la que te criaste"; y aquí me tienes, dispuesta a pelear hasta que me jubilen por vieja y fea, y eso, aunque rabien todas éstas, ha de tardar.

LUIS. — Eres muy inteligente, Tigra. La disculpa es hábil, pero no me convences.

LA TIGRA. — ¿Disculpa?... ¿Yo disculparme?...

LUIS. — ¿No habrá sido el fulano ése... lo que te hizo volver?

LA TIGRA. — ¡Inocente! ¿Lo piensas realmente, o hablan los celos? ¿Crees que a esta altura de mi vida, y con todo lo que he vivido, haya hombre capaz de hacerme cometer zonceras?

LUIS. — Yo no te ofrezco eso, y sin embargo...

LA TIGRA. — Me lo ofreces.

LUIS. — Muchas gracias.

LA TIGRA. — Haces bien en dármelas, te lo aseguro.

LUIS. — Dime. ¿Quieres que te acompañe esta noche, y continuamos la discusión en tu casa?

LA TIGRA. — No.

LUIS. — ¿Por qué, Tigra?

LA TIGRA. — Ya te lo he dicho, hijito... Si no quieres de mí más que eso, quedas en libertad de no volver, o de cambiar de mesa. Lo sentiría mucho, porque te he tomado cariño, y me gusta conversar contigo, pero te repito que entre los dos no habrá más que amistad, mucha amistad. Toda la que tú quieras...

EL RUBIO. — ¡Tigra! ¡Tigra! ¿Qué te ha hecho ese señor? ¡Déjalo descansar!

LUIS. — ¡Idiotas!

LA TIGRA. — ¿Qué? ¿Piensas enojarte? Déjalos.

LUIS. — Es que...

LA TIGRA. — No seas zonzo. (Al grupo.) ¿Qué hay?

JORGE. — Escuchá un momento. Vení.

- LA TIGRA. — ¿Qué quieres? (*Aproximándose.*)
- JORGE. — ¿Lo has tomado por horas a ése?
- HAYDÉE. — No, che. Es de remis. Hace dos meses que lo tiene.
- EL RUBIO. — ¿Estás suscrita al P.B.T., entonces? Sentate y pedí algo.
- LA TIGRA. — Gracias. No acostumbro, como algunas, a ponerme curda.
- HAYDÉE. — ¿Hablás por mí, che?
- LA TIGRA. — No; por el Papa. ¿Nada más se les ofrece?
- EL RUBIO. — Sentate, mujer.
- LA TIGRA. — (*Con mal modo.*) Tengo que hacer. (*Ademán de alejarse.*)
- HESPERIDINA. — ¡Chist! ¡Chist!
- HAYDÉE. — ¡Tigra! ¡Tigra!
- LA TIGRA. — (*Volviéndose.*) Me parece que tengo un nombre. Todo el mundo se va creyendo con derecho a manosearme. Todavía no he descendido tanto, ¿me oyen?
- HAYDÉE. — ¡Qué mal humor! Hija, perdona.
- LA TIGRA. — Es que me tienen harta y me van a obligar a que muestre las uñas.
- HAYDÉE. — Bueno, bueno. No es para tanto, mujer.
- LA TIGRA. — Está bien. ¿Qué desea?
- HESPERIDINA. — Sírvale lo que ella pida.
- HAYDÉE. — Una cañita de Jerez.
- LA TIGRA. — Y usted, ¿otra Hesperidina?
- HAYDÉE. — ¡Jesús! No beba usted eso. Tenemos un jerecillo... un "Tío Pepe" que da calor; pruébelo usted.

HESPERIDINA. — Bueno, hija; por acompañarte, tomaré ese jerecillo. (*La Tigra se va al mostrador.*)

EL RUBIO. — Contá, mujer, contá.

EL GRUPO. — ¡Que cuente! ¡Que largue el rollo!
¡Sí, sí!

JORGE. — Toma otro “pipermin” (*Sirve a Haydée.*)

HAYDÉE. — (*Después de beber.*) No. Historia no es. Lo que pasa es que me tiene rabia porque lo mejor de la concurrencia se viene a mis mesas. Y es natural, ¿no te parece? Se han creído que porque son camareras viejas, van a ser dueñas de la casa toda la vida. Se les pasó el tiempo, ¿no te parece? Y, además, es hora ya de que se les vaya dejando lugar a las criollas, que valemos tanto como ellas o más que cualquier gallega vieja aquerenciada.

EL RUBIO. — Claro que sí. ¿Qué edad tenés vos?

HAYDÉE. — ¿Yo? Veintiuno, mijito, cumplidos el mes pasado.

JORGE. — ¿Oro?

HAYDÉE. — ¡Y cómo te va! (*Con intención, viendo a La Tigra, que pasa.*) No soy de ésas que se sacan los años, sin fijarse en que las arrugas y el sebo las están vendiendo.

EL RUBIO. — ¿De modo, che, que la Tigra está hecha una misiadura y nadie le lleva el apunte?

HAYDÉE. — Una misiadura... Despacha café a los cocheros. Fíjense en la clientela; miren las mesas; el atorrante aquel que se viene a echar un sueñito; míster Hesperidina y el purrete

ese que todas las noches le da la lata, enamora en serio, che.

EL RUBIO. — ¿Qué me cuentas?

HAYDÉE. — Y gracias que cante esas vidalitas y esos estilos, ¡fijense! ¡Una gallega cantando aires criollos!...

JORGE. — No canta muy mal.

HAYDÉE. — ¡Amalaya tuviera voz yo! ¡Verían! ¡Se los enseñaba al tipo ése que anda con ella!

EL RUBIO. — ¡Qué peine!

HAYDÉE. — ¡Es una piedra!...

LA TIGRA. — (*Sentándose junto a Luis.*) ¡Uff!... Estoy esta noche con unos nervios que... que puede que no acabe bien la fiesta.

LUIS. — ¿Porque te miran tanto?... Traeme un whisky a mí y para ti cognac o alguna otra cosa.

LA TIGRA. — Bebe cerveza. ¡Qué empeño en entretrevar! El whisky te hace mal.

LUIS. — Es que yo también ando mal de los nervios esta noche.

LA TIGRA. — No, mi chiquín. Cuidado, ¿eh?

MARINERO 1º — (*Chilla en inglés algunas cosas de las que sólo se entienden las palabras: Música. Música. Los compañeros le hacen coro aplaudiendo: ladridos y maullidos en la mesa de los criollos; el Marinero 1º se vuelve hacia ellos y les dice algunas frases incomprensibles, que han de ser muy graciosas a juzgar por las carcajadas de sus compañeros.*)

EL RUBIO. — ¡Tu abuelita, por las dudas!

HAYDÉE. — No se metan, muchachos.

EL RUBIO. — No; los estamos gozando no más...
¡Son ingleses!...

EL REGENTE. — Señora Esperanza: al escenario.

ESPERANZA. — ¡Jesús! Es usted tan entretenido,
que me había hecho olvidar de mi número.

HAYDÉE. — Choque usted. ¡Salud!

HESPERIDINA. — Vaya usted; vaya usted no más.
Lo que siento es no tener flores para tirarle.
¡Ah!, no se olvide de cantar aquellos versitos
del reloj que marca bien la hora, ¿eh?

ESPERANZA. — ¡Vaya con el abuelo! Dedicaoa a
su señoría, voy a cantarlos. *(Pasa por entre
las mesas, aclamada, y desaparece por la puer-
tita lateral y reaparece en el escenario con una
guitarra. Aplausos.)*

VOCES. — ¡Olé, salerosa! ¡Cuerpo bueno! ¡Viva
tu mare! *(Canta malagueñas, seguidillas o
cualquier otro aire español. Ovaciones. Uno de
los marineros ingleses, en el colmo de su entu-
siasmo, se pone a bailar grotescamente, dando
palmadas y gritando.)*

MARINERO 1º — ¡Olé! ¡Olé! *(Algarabía. Los com-
pañeros le sientan, evitando que se caiga. Es-
peranza canta unos couplets picarescos, lo más
verdes que sea posible, y terminando su nú-
mero, baja a sentarse a la mesa de los espa-
ñoles, que la reciben alborozados, ofreciéndole
copas. Durante el canto, la conversación de
Luis y La Tigra ha sido animadísima.)*

ESCENA II

DICHOS — OLIVERA

Olivera que entra al final del número, ocupando una de las mesas a cargo de La Tigra, llama fuertemente con las manos. La Tigra como si tal.

HAYDÉE. — ¡Tigra! ¡Tenés gente! (*Bajo, al Rubio.*) Es él. ¿Te das cuenta?

EL RUBIO. — ¿Se armará, entonces, che?

OLIVERA. — (*Llamando de nuevo, más fuerte.*)

EL REGENTE. — ¿Qué es eso? ¿Se han vuelto sordas?

LUIS — Atendelo, andá.

LA TIGRA. — (*Alzándose.*) No y no. (*Acercándose a Haydée.*) ¿Quieres hacerme el favor de servir a ése?

HAYDÉE. — ¿Yo? ¡Ja, ja! No me meto en la vida privada, che.

LA TIGRA. — Estás muy comadre, pero te disculpo porque es la bebida la que habla por ti. ¡Infeliz!

HAYDÉE. — ¡Jajay!

OLIVERA. — (*Vuelve a llamar.*)

EL REGENTE. — (*Acercándose a La Tigra.*) ¿Pero qué hace usted? ¿Qué se ha creído?

LA TIGRA. — Digo que no lo atiendo. Y si no está conforme, ahora mismo me entrega la cuenta y me voy.

EL REGENTE. — Pero mujer, usted sabe que ese hombre es capaz de armar un escándalo.

LA TIGRA. — Que lo arme.

EL REGENTE. — Está bien. Cuando le parezca, pase por el mostrador a entregar. Queda despachada.

LUIS. — ¿Por qué han de obligarla a despachar a un compadre?

LA TIGRA. — Tú te callas. Eso no te importa.

LUIS. — ¿Cómo que no me importa? Lo he de decir a gritos.

LA TIGRA. — Usted se sienta. (*Lo sienta, manteniendo una discusión.*)

EL REGENTE. — Haydée: atienda usted al señor. Hasta que se cierre la casa, tiene usted todas las mesas a su cargo.

HAYDÉE. — ¡Jajay! Está bueno. Con permiso, muchachos. Yo no seré muy tigre, pero no me asusto de tan poca cosa. ¡Biaba más o menos!

LA TIGRA. — (*Acercándose a Haydée, rápidamente.*) ¡Ah, no! No te has de lucir a mi costa. Sal de ahí. Acaba de emborracharte, que mañana te entenderás conmigo. Mañana, ¿me oyes? (*Oprimiéndole el brazo violentamente.*) ¡Mañana!... ¡Inmundicia!...

HAYDÉE. — (*Vencida.*) ¡Está bien, está bien! Mañana. (*Se sienta. La Tigra se acerca a la mesa de Olivera.*)

EL RUBIO. — ¿Y por qué no se la diste, che?

LA TIGRA. — ¿Qué va a tomar? (*Luis observa la escena, dispuesto a intervenir.*)

OLIVERA. — Buenas noches. Café. (*La Tigra va al mostrador; los marineros le hacen una demostración al pasar.*)

LA TIGRA. — (*Regresando con el café.*) Sírvase.

OLIVERA. — Gracias. ¿Cuánto es?

LA TIGRA. — Treinta.

OLIVERA. — ¿No lo podés hacer menos? Tomá: treinta y diez de propina.

LA TIGRA. — (*Aceptando.*) Muchas gracias. (*Ade-
mán de irse.*)

OLIVERA. — No, no te vas; sentate.

LA TIGRA. — No.

OLIVERA. — Mirá: a tu purrete te lo voy a arreglar.

LA TIGRA. — ¿Sí? ¿Qué lástima!

OLIVERA. — Está bueno. No vayas a salir con él, porque yo tengo que hablarte.

LA TIGRA. — Está bueno. Haré un nudo en el pañuelo para no olvidarme.

OLIVERA. — Eso es. Hasta luego.

LA TIGRA. — (*Confusa, viéndolo salir.*) Hasta luego.

LUIS. — ¿Qué quería?

LA TIGRA. — ¡Oh! ¡He de probarles que todavía soy La Tigra! (*Bebe de un sorbo su copa.*)

¿Quieres más whisky tú? Yo voy a servirme. (*Va al mostrador.*)

EL RUBIO. — Sí, hombre: las biabas han quedado para la salida.

JORGE. — Yo no voy nada.

HAYDÉE. — ¿Cuánto jugamos a que mañana hay una camarera enferma?

JORGE. — Vos.

HAYDÉE. — ¡Jajay! (*La Tigra vuelve con la copa.*)

LUIS. — ¿Me vas a decir la verdad?

LA TIGRA. — Sí, hijo, sí.

LUIS. — ¿Qué ha venido a hacer ése?

LA TIGRA. — Como de costumbre. A buscar de esto. (*Dinero.*) ¡Canalla!

LUIS. — Pero mujer de Dios, ¿por qué no lo mandaste al diablo? ¿Le tienes tanto cariño?

LA TIGRA. — ¿Cariño? Ni esto. Costumbre y necesidad.

LUIS. — ¿Necesidad?

LA TIGRA. — Sí; lo que te decía hace rato. Este hombre es para mí un objeto, un incidente. Por otra parte, con la vida que llevamos, es muy conveniente un hombre así, que inspire respeto a los de su clase.

LUIS. — Es decir, que yo no te sirvo, porque no soy un compadre, ni un perdulario, ni un matón.

LA TIGRA. — No, hijo; al revés. Quien no sirve soy yo.

EL REGENTE. — (*Acercándose.*) Diga. Si es que va a continuar aquí, haga el favor de hacer su número, que van a dar las doce.

LA TIGRA. — Está bien. Voy. (*Apura una copa y se encamina al escenario.*)

HESPERIDINA. — (*Llamándola.*) ¡Chist! ¡Chist!
¿Cuánto es?

LA TIGRA. — Cinco cuarenta.

HESPERIDINA. — Tome seis. (*Al darle el dinero le estrecha las manos, conservándolas mientras hablan.*) ¿Y por qué no ha cantado esta noche?

LA TIGRA. — Voy a cantar en seguida...

HESPERIDINA. — Entonces no me voy. Cantará el estilo de la piedra, ¿eh? Tráigame otra copita.

LA TIGRA. — ¿Jerez?

HESPERIDINA. — No, de lo otro. *(La Tigra va a servirlo. Mientras, aparece una pequeña criatura ofreciendo flores; en la mesa de los criollos le toman algunas para Haydée. Los marineros compran también, acariciando a la chica; de vuelta, Luis la detiene en su mesa y adquiere el resto de las flores. La Tigra aparece en el escenario y canta acompañándose con la guitarra. Canta vidalitas; muchos aplausos, y momentos antes de terminar, Luis se adelanta y le arroja un montón de flores. Aplausos, ladridos y maullidos. Haydée en la mesa de los criollos al volverse Luis, radiante, a su sitio, oye algunas pullas que parten del grupo, y se vuelve rápidamente.)*

GRUPO. — *(De la mesa de los criollos.)* ¡Papanata! ¡Otarío!

LUIS. — ¿Qué? ¿Qué hay? ¿Es conmigo? *(Expectativa en los del grupo; enmudecen. La Tigra observa inquieta la escena.)* Hablo con ustedes, compadrones.

JORGE. — *(Burlón.)* Estese quieto, joven. Nadie se ha metido con usted.

EL RUBIO. — Vaya a su casa, que será mejor. La vieja le estará esperando en la escalera, joven farrista.

LUIS. — *(Despreciativo, volviéndose.)* ¡Compadres y cobardes!...

EL RUBIO. — *(Deteniéndolo por el saco.)* ¡Che, che, che! ¿Qué es lo que has dicho?

LUIS. — (*Dándole un golpe.*) Esto he dicho. (*Tumulto. La patota la arremete contra Luis, quien reparte puñetazos que es un gusto. Los ingleses, recogidos, empiezan a dar ¡Hurrahs! El señor Hesperidina se arrincona en cualquier parte. La Tigra interviene violentamente en defensa de Luis, hasta que consigue separarlo del grupo y lo obliga a tomar asiento.*)

INGLESES. — ¡Hurrah! ¡Hurrah! ¡Hurrah!

LUIS. — (*Sentado, arreglando el sombrero.*)
¡Cobardes! ¡Cobardes!

LA TIGRA. — ¡No tienen vergüenza! ¡Cuadrilleros! ¡Cuatro hombres para una criatura!...

EL REGENTE. — Se va a cerrar el establecimiento.
¡A la calle!... ¡A la calle, o llamo a la policía!
¡Vamos saliendo! (*La patota hace mutis, haciéndole de pasada algunas burlas a Luis. A Luis.*) Usted también.

LUIS. — Ya me voy. ¿Cuánto es, Tigra?

LA TIGRA. — No; no te vayas. Espérame y saldrás conmigo.

LUIS. — (*Tomándole la mano.*) ¿De veras?

LA TIGRA. — De veras.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de calle Fachada del cafetín y una parte de la calle 25 de Mayo. Un organillo ejecuta "Cavallería". Van desfilando los habitués de los cantantes del barrio. Un anciano muy arrebuñado, un señor con mucha prisa, dos jóvenes que se detienen en mitad de la calle a llamar a los compañeros retardados, una pareja amartelada; el ejército representado por tres conscriptos que marchan a paso militar, cuatro o cinco chicos muertos de frío entre los que se cruza un diálogo, una camarera molestada con chistes, un joven y los papanatas de costumbre, que ni van ni vienen, pero que aguantan el frío en la acera a la pesca de algún acontecimiento. Terminado el desfile, sale del café el señor Hesperidina. El lunfardo, que debe estar entre los papanatas, hace cola en el acto.

ESCENA I

JÓVENES — UN CHICO — HESPERIDINA
LUNFARDO

DOS JÓVENES. — (*Llamando.*) ¡Eh! ¡Tío! ¡Tío!
¡Che! ¡Apúrense, que se va el tranvía!

UN CHICO. — (*A los otros.*) ¡Qué linda, cuando
salió casi desnuda!

OTRO. — ¡No seas zonzo, desnuda no; es un traje
así!

VARIOS. — (*A la camarera.*) ¡Chist! ¡Chist!

LUNFARDO. — (*Al señor Hesperidina.*) Dispense,
señor, ¿no quiere comprar un anillo de oro,
con un brillante? Cosa muy fina.

HESPERIDINA. — No, señor.

LUNFARDO. — Véalo, señor. Es una pichincha. Vale como doscientos pesos, y se lo dejo hasta en quince.

HESPERIDINA. — No; no necesito.

LUNFARDO. — Véalo. Nada le cuesta y puede hacerme un servicio.

HESPERIDINA. — Bueno, lo veré.

LUNFARDO. — Mírelo así con un poco de disimulo, porque le voy a decir la verdad: es robado.

HESPERIDINA. — ¿Cómo?

LUNFARDO. — Por eso se lo doy a ese precio. Si lo llevo a una casa de comercio, pueden sospechar y... Vea: se lo daría en diez pesos. Vale doscientos, cuando menos.

HESPERIDINA. — Bueno. Tome los diez y váyase ligero. (*Se aleja a toda prisa.*)

LUNFARDO. — ¡Diez mangos! ¡No vale ni dos!

ESCENA II

DICHOS — VIGILANTE — OLIVERA — LA TIGRA
LUIS

VIGILANTE. — ¿Qué hablabas con ese señor, vos?

LUNFARDO. — Yo... yo... Nada, es que... (*Confidencial.*) El viejo me llamó pa preguntarme si se había retirado ya una camarera de aquel cafetín.

VIGILANTE. — ¡Hum! Está bueno. Seguí no más. Pero andá con mucho ojo en mi parada, si no querés que te retiren el paso.

LUNFARDO. — Pierda cuidado, agente. Lo que es ahora llevo una conducta que ni el ministro de hacienda. (*Vase derecha a izquierda. Salen los marineros borrachos del café, y se alejan tomados del brazo, cantando cualquier cosa en inglés. Los papanatas van desapareciendo. Aparece Olivera y se detiene a observar el café. A poco salen La Tigra y Luis, se dan el brazo y se ancaminan hacia la derecha, pasando por delante de Olivera, como si no lo vieran. Este los deja pasar y luego, de atrás, le toma el brazo a La Tigra y la detiene con alguna violencia. Luis se dispone a agredirlo.*)

LA TIGRA. — (*Sujetando a Luis.*) Dejame hablarle primero. Luego intervendrás si hace falta.

LUIS. — Es que le voy a dar una lección a ese compadre; dejame.

LA TIGRA. — ¡Retirate, te he dicho!...

LUIS. — (*Conteniéndose.*) ¡Compadre inmundo!

LA TIGRA. — (*Aparte a Olivera.*) ¿Qué se te ofrece?

OLIVERA. — Te dije que salieras sola.

LA TIGRA. — Pues he salido acompañada.

OLIVERA. — Pero te irás conmigo.

LA TIGRA. — Me iré con él.

OLIVERA. — ¿Sí? Vamos a verlo.

LUIS. — (*Abalanzándose.*) Sí que lo vamos a ver.

LA TIGRA. — (*Imponente, sujetándolo y alejándolo algunos pasos.*) ¡Retírese, mocoso!

LUIS. — (*Debatiéndose furioso.*) ¡Soltame!...
¡Soltame!... ¡Soltame!...

LA TIGRA. — Vení, cobarde, vení; aquí te lo tengo. Acercate. Hacé la prueba. No le tengas

miedo. ¡Atrevete!... ¡Pegale! ¡Tocale un cabello, un cabello siquiera!...

LUIS. — ¡Oh, qué vergüenza!

LA TIGRA. — ¡Un cabello siquiera!... ¡Ven, ven, ven!...

OLIVERA. — Largalo, pues, largalo... No castigo gente indefensa...

LA TIGRA. — ¡Por qué, cobarde, no sacas tu daga? El no tiene armas, ni yo. Atrevete, pues. ¡Por qué no vienes a pegarle una puñalada de las tuyas, ladrón?

LUIS. — ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Soltame!...

OLIVERA. — Hacele el gusto al muchachito. Te prometo no lastimarlo mucho.

LA TIGRA. — ¡Ah, sí? ¡Pues ahí está suelto! *(Le suelta. Luis se abalanza contra Olivera. En este instante aparecen el vigilante y algunos curiosos, que se interponen.)*

ESCENA III

DICHOS — CURIOSOS — VIGILANTE

VIGILANTE. — Obedezcan a la autoridad... ¿Qué es eso?

LA TIGRA. — ¡Qué habías de tocarlo, cobarde! *(Calmándose.)* No, ha pasado nada, agente. ¡Con ese tipo nunca pasa nada; es una gallina!...

VIGILANTE. — Vamos a ver, Tigra, sosiéguese. ¿No hay lesiones? ¿Nada grave?... Entonces vayan despejando, porque si no voy a verme

obligado a proceder por desorden. ¡A peliar con la almuada, caballeros!...

LA TIGRA. — Vamos, Luis. (*Le ofrece el brazo.*)
Gracias, agente. (*Hacen mutis. Olivera intenta seguirlos.*)

VIGILANTE. — (*Deteniéndolo.*) ¡Ande va, compañero? Venga por este lao. Déjelos. Si ella le ha faltao, mañana se va a la pieza y se la da, sin intervención de la autoridá.

TELÓN

CUADRO TERCERO

La habitación de La Tigra, adornada con cierto buen gusto.

ESCENA I

LA TIGRA — LUIS

La primera guiando a éste desde la puerta

LA TIGRA. — Cuidado, que hay un escalón. Entrá no más. (*Enciende una lámpara.*) Esta es mi casa.

LUIS. — Y la mía, ¿no?

LA TIGRA. — Por ahora la mía.

LUIS. — Muchas gracias.

LA TIGRA. — Siéntate por ahí un momento. Estoy un poco fatigada y voy a cambiarme esta bata. ¿Querías tomar alguna cosa: un té, por ejemplo? (*Se oculta detrás del biombo a cambiarse la ropa.*) Sobre la cómoda encontrarás un calentador. Puedes ir a prenderlo, mientras yo me desnudo. ¡Oh! Conste que está prohibido mirar, ¿eh?

LUIS. — Ya haremos uso del permiso. Oye: yo preferiría algo más tonificante.

LA TIGRA. — ¿Whisky? También hay. En la misma cómoda. Te lo has ganado con los sustos de esta noche.

LUIS. — ¿Sustos?

LA TIGRA. — No, hijo. Te has portado. Pero es preciso confesar: tiene buenos puños el sinvergüenza ése. La vez pasada casi me disloca un hombro.

LUIS. — ¡Qué canalla!

LA TIGRA. — ¡Oh! No vayas a creer que él salió muy parado. ¿Te serviste?

LUIS. — Sí.

LA TIGRA. — Pon el agua. Yo voy a tomar té.

LUIS. — ¿De modo que ese miserable ha llegado hasta a castigarte?

LA TIGRA. — Castigarme, no; nunca. Nos hemos peleado a veces: me pega él, le pego yo... Es nuestra ventaja. Una señora de sociedad no se atreve a alzar la mano a su marido cuando la insulta o la muele a palos.

LUIS. — Se separa, se divorcia.

LA TIGRA. — ¡Pues vaya una gracia! Separarse del hombre a quien tal vez se quiera, por un moquete más o menos! Y a todo esto, te advierto que no son muchas las mujeres que proceden como yo. Casadas o no casadas, lo más conveniente es que se dejen zurrar la badana. (*Apareciendo.*) ¿Pero te has dado cuenta de los asuntos que hemos tratado esta noche?

LUIS. — Y de las cosas que hemos hecho.

LA TIGRA. — Se podría escribir una historia. ¿Y el agua, desatento?

LUIS. — No entendí el aparato ese.

LA TIGRA. — ¡Chambón! ¿Y con todos esos conocimientos prácticos, me proponías instalar un hogarcito?

LUIS. — Contaba con los tuyos.

LA TIGRA. — Una criada, ¿verdad?

LUIS. — ¡Oh!

LA TIGRA. — No me enojo, tontito. ¿No me dices nada de mi palacio?

LUIS. — Un nido

LA TIGRA. — De fieras. (*Pausa. La Tigra prepara el servicio de té. Luis observa la habitación.*)

LUIS. — Dime: ¿De quién es este retrato?

LA TIGRA. — ¿Cuál?

LUIS. — Esta niña de uniforme.

LA TIGRA. — ¿De colegiala? Mi nena.

LUIS. — (*Asombrado.*) ¡Tu nena!

LA TIGRA. — (*Volviéndose, un poco bruscamen-*
te.) Sí, mi nena. ¿Te estraña? ¡Mi hijita!

LUIS. — (*Un tanto confundido.*) Como no me habías hablado de ella.

LA TIGRA. — ¿Cómo que no? Todos los días.

LUIS. — Es cierto. Hablabas de una nena...

LA TIGRA. — La mía.

LUIS. — Pero sin mayores referencias, sin concretar. ¡Qué linda es! ¡Qué ojos!...

LA TIGRA. — (*Dulcificándose.*) ¿Verdad que sí?

LUIS. — ¿Qué edad tiene?

LA TIGRA. — Doce años cumplidos en abril. Tamaña moza. Parece mentira ¿Quieres que te muestre otros retratos de ella? Tengo una colección en este álbum. Verás. Siéntate aquí, a mi lado. Este primero no vale la pena, porque está muy manchado, pero fijate en esta ricura, es un encanto, ¿verdad? ¡Nos dio un trabajo

para retratarla! Tenía once meses y era lo más huraña. Yo tuve que ponerme detrás del fotógrafo enseñándole un espejo. Asimismo, salió con la trompita fruncida haciendo un puchero. (*Contemplando embelesada el retrato y luego volviendo la hoja.*) Aquí ya era una señorona. Cuatro años. Muy grave. (*Otra hoja.*) Cuando tenía seis, un carnaval, de Manola: la gracia viva. (*Advirtiéndole que Luis se ha quedado pensativo, y ofendida, cierra de un golpe el álbum.*) Me había olvidado. Perdóname la lata. (*Se alza enojada.*) ¡Todos son iguales!

LUIS. — ¡No, Tigra, no! Fue la emoción. Me contagió tu ternura, te lo juro. Sentía en ese momento una sensación bien extraña... Ganas de llorar. Continúa, ¿quieres? Cuéntame.

LA TIGRA. — ¿Te interesa, de veras? (*Reaccionando.*) Es cierto, sí, sí... He sido grosera. ¡Pero tratándose de ella, me pongo tan celosa!... ¿Quieres que sigamos? (*Señalando la cómoda.*) Mira: estos dos cajones son de ella. Recuerdos: vestidos, juguetes. Este sonajero es de cuando le salieron los primeros dientes. Y aquí está su última muñeca (*mostrándola.*) Hermosa, ¿verdad?

LUIS. — ¿La última?

LA TIGRA. — Es claro. Ya no juega. Es todo una señorita, que sabe francés e inglés, y sólo se preocupa de sus estudios. Hombre: ahora que recuerdo: Tú eres medio poeta, ¿por qué no me haces unos versos, o un diálogo, o cualquier cosa para que se luzca en los exámenes?

Una cosa muy moral, ¿eh? ¡Se pondría tan contenta!...

LUIS. — ¿Dónde la tienes?

LA TIGRA. — Con las madres alemanas. Un gran colegio religioso.

LUIS. — ¿La ves a menudo?

LA TIGRA. — Todos los domingos.

LUIS. — ¿Viene aquí?

LA TIGRA. — ¿Estás loco? Nos vemos en casa de esa señora amiga, de quien te he hablado. Una persona muy respetable. Ella la puso en el colegio y es quien me representa. ¿No te fastidias? Bueno, siéntate. (*Le alcanza la copa de whisky.*) Te contaré la historia. La de ella no, porque no la tiene: la mía. Cuando la chica entraba en edad de comprender, fui a ver a esa señora y le dije: esta criatura no debe saber nada de mi vida. No quiero perderme tampoco su cariño. Ahí la tiene. Desde entonces, la buena señora la ha tenido bajo su tutela. Yo le aconsejé que la pusiera en ese colegio, y soy, naturalmente, quien costea el pupilaje. A propósito: ahí tienes otra de las cosas que me impidieron abandonar esta vida. Con la costura no sacaría ni para comprarle los libros. (*Gesto nervioso de Luis.*) Los primeros tiempos la veía con mucha frecuencia, pero a medida que iba creciendo, mis visitas fueron escaseando. Hoy la veo los domingos.

LUIS. — ¿Y en qué carácter?

LA TIGRA. — En el de madre. Para ella soy viuda. Su padre ha muerto.

LUIS. — ¿Y ha muerto?

LA TIGRA. — No sé. Puede ser. Vez pasada supe que estaba preso en Montevideo, complicado en un robo. Bueno; para ella soy viuda y des-
empeño el puesto de ama de llaves en una gran casa, tan atareada que sólo dispongo de una hora semanal para estar con ella.

LUIS. — ¿Y por qué no de todo el día?

LA TIGRA. — Porque podría ocurrírsele que la sacara a paseo, que la llevara a los teatros o a cualquier parte, e imagínate, con todas las relaciones que tengo y con lo guaranga que es la gente, las vergüenzas que pasaría la pobrecita. La señora la lleva a Palermo, a la Recoleta, a algún teatro. Es en realidad la madre.

LUIS. — ¿En el colegio también se ignora tu situación?

LA TIGRA. — Claro que sí. Si supieran las hermanas quién soy, no la tratarían bien a la pobrecita.

LUIS. — ¿Pero no temes las consecuencias de este sistema?

LA TIGRA. — En cuanto a esto estoy completamente tranquila. Los que saben que tengo una hija, ignoran dónde está. Tú mismo, con los antecedentes que te he dado, no darías fácilmente con ella. Después... la gente no es tan mala para hacer un daño así, de gusto.

LUIS. — ¡Oh, Tigra! ¡Qué buena eres! Si antes te he querido, ahora te admiro, te adoro. Oyeme. Ven conmigo Pronto seré mayor y entraré en posesión de mis bienes. Vente. Te necesito como mujer, y te necesito como madre.

LA TIGRA. — ¡Oh! ¡Criatura! ¡Criatura!

LUIS. — ¡Sí, mi Tigra! Abandona ese medio. Nos iremos a vivir lejos, al campo, a otro país, donde nadie nos conozca, donde nadie te avergüence.

LA TIGRA. — Avergonzarme, ¿de qué?

LUIS. — Donde nadie se avergüence de ti. La llevaremos a ella, a la nena, donde puedas quererla a tus anchas con toda libertad, dándole ese mundo de ternura que llevas ahí dentro.

LA TIGRA. — ¡Mi niño, mi niño inocente! ¡Mi niño poeta!

LUIS. — Piensa en ella, piensa también en mí. Educada como está, mañana cuando descubra la verdad, podría hasta... repudiarte.

LA TIGRA. — ¡Oh! ¡No, nunca! Cálmate y no te exaltes y razonemos como antes. No insistas en lo que no podrá ser nunca. Soy lo bastante honrada para negarte tan franco servicio y te has metido mucho aquí (el corazón) para que pueda ofrecerte lo que doy al primer desconocido que se me acerca. Déjame con mi vida y con mis costumbres. Mañana no daré más. La suerte dispondrá del resto de mis días, pero estaré tranquila. Ella tendrá ya su carrera y será una institutriz, preparada para la lucha, sabrá hallar su lote de felicidad. Como lo he encontrado yo, como todos lo encuentran.

LUIS. — (*Con intensa emoción.*) ¿Quieres que te dé un beso?

LA TIGRA. — Sí. Vení. (*Luis se le arroja al cuello, llorando.*) ¿Qué? ¿Lloras? (*Transportada, le cubre el rostro de besos.*) ¡Mi niño! ¡Mi poe-

ta! (*Luego se separa y se oculta para enjugarse las lágrimas. Pausa. Reaccionando.*) ¡Vamos, Luis! Es tarde y debo acostarme.

LUIS. — ¡No, no!

LA TIGRA. — (*Obligándolo, maternalmente.*) Toma tu sombrero, y mañana hablaremos en el café.

LUIS. — (*Como atontado, se encamina a la puerta. Antes de salir se vuelve suplicante.*) ¡Esta noche al menos!

LA TIGRA. — No. Está la nena en casa. (*Luis la besa respetuosamente la mano y se va.*)

TELÓN

MONEDA FALSA

PERSONAJES

CARMEN
CIRIACA
MONEDA FALSA
GAMBERONI
BATIFONDO
LUNGO
PEDRÍN
VASQUITO
OBRERO 1º
OBRERO 2º
REYES
JUGADOR 1º
JUGADOR 2º
MUJER
COMISARIO
REPÓRTER
CABO
COMPADRE 1º
COMPADRE 2º
LUNFARDO 1º
LUNFARDO 2º
OFICIAL
LUNFARDO 3º
AGENCIERO
CHICO 1º (5 ó 6 años)
CHICO 2º (3 años)

CUADRO PRIMERO

El despacho de bebidas en un almacén del suburbio.
Decorado a indicarse.

ESCENA I

BATIFONDO — EL LUNGO — GAMBERONI
OBREROS 1º Y 2º — MONEDA FALSA — CARMEN

Al alzarse el telón, Batifondo y El Lungo conversan en una mesa con Gamberoni. De pie junto al mostrador los Obreros 1º y 2º beben "suissé". Moneda Falsa, sentado en un cajón, observa la escena con aspecto aburrido. Carmen despacha. En otra mesa, dos individuos juegan a las cartas.

OBRERO 1º — ¿Cuánto se le debe, doña Carmen?
CARMEN. — Veinte.

OBRERO 2º — No, compañero, dejemé pagar. Me toca a mí.

OBRERO 1º — Guarde su plata, amigo. (*Pagando.*) ¡Ya está! ¡No le cobre!

OBRERO 2º — Entonces tomamos otra.

OBRERO 1º — No; gracias. Es tarde.

OBRERO 2º — ¡Quién dijo miedo! Sirva dos "suissés".

(*A Moneda.*) Usted, compañero, ¿no se sirve nada?

MONEDA. — No escabio hoy. Muchas gracias.

GAMBERONI. — (*Con estrépito.*) ¡Eh! Padrona. N'altra vuerta.

- BATIFONDO. — ¡Se va a mamar, che!...
- GAMBERONI. — Que imborta. Cuando si encontra dei veri amici.
- LUNGO. — Claro que sí. Un día de vida es vida, qué diablos.
- GAMBERONI. — ¡Quisto é nu bello parlare! Be-biam. ¡Uh! Padroncita Carmen.
- CARMEN. — ¡Ya voy, hombre, ya voy!... (*Acercándose.*) ¿Lo mismo?
- GAMBERONI. — ¡Naturalmente!
- BATIFONDO. — ¡A mí no, che!... ¡Mucho "suis-sé"!...
- Tráigame un Pinal.
- LUNGO. — Yo también. Che, Moneda; ¿qué estás haciendo? Arrimate, que te vamos a presentar un amigo.
- GAMBERONI. — Un altro amico. Chiamátelo.
- BATIFONDO. — Es un buen criollo. Muy honrao. Trabaja en Campana.
- GAMBERONI. — ¿A Gambana? Sono estato a Gambana, ce tengo un mio parente, un certo Bufalini. Facite u comodo vostro.
- MONEDA. — (*Acercándose con fastidio.*) ¡Pucha digo, que son!...
- BATIFONDO. — ¿Ustedes no se conocen? Napoleone Gamberoni...
- GAMBERONI. — Escusate. Cicilio Gamberoni, charcarero a Maggiolo.
- BATIFONDO. — Mi amigo Moneda Falsa.
- GAMBERONI. — ¿Cosí?...
- BATIFONDO. — Antonio Almada.
- GAMBERONI. — Salute a voi e a questa nobile compañía. Tome asiento. ¿Cosa pigliate? ¿Un vasito de vino?

- MONEDA. — Pucha que son. No tomo nada.
- GAMBERONI. — Non facite complimende. Oggi siamo tutti in armonía.
- LUNGO. — Andamos de farra, che.
- GAMBERONI. — Ecco. ¡Precisamente di fara! Gamberoni paga tutto. Tingue dal denaro. (*Saca un fajo de billetes.*) Quista é la vera alegría. (*Se pone a contar.*)
- BATIFONDO. — Traiga, che. Yo cuento.
- GAMBERONI. — ¡Ah, no! Escusati. (*Sigue contando.*)
- LUNGO. — ¡Que estás apurao vos!... No te pásés que la vamos a echar a perder.
- BATIFONDO. — ¡Este merlo ya no vuela! (*A Moneda.*) ¿Qué tenés vos? ¿Se te apareció la viuda?
- MONEDA. — Pucha, digo, que son...
- GAMBERONI. — ¿E cosí? ¿Que facimme... padrona!...
- CARMEN. — (*Sirviendo.*) ¡Ahí está, hombre! ¡Una no puede atender a todos!...
- GAMBERONI. — Finalmente. ¡E viva la padrona! ..
- BATIFONDO. — Che, gringo. Embrocame a la patrona.
- GAMBERONI. — ¿Ca i ditte?
- BATIFONDO. — ¡Qué! (*Señalando a Carmen con un ademán picaresco.*) Qué tal, ¿eh?... No le juega niente.
- GAMBERONI. — ¡Bella gualiona! ¡Nu bello tuquetto é muliera! ¡Bebiam!...
- LUNGO. — ¡Salute!

GAMBERONI. — (*Cantando.*) ¡Bebiam, bebiam!
 Nel vino cherchiam! (*Interrumpiendo.*) ¡Ques-
 ta é la Cavallería Rusticana! La fato un pai-
 sano mío, un italiano. Il maistro Mascagni.
 (*Continúan conversando.*)

OBRERO 1º — ¡Pobre gringo! ¡En qué manos ha
 caído!

OBRERO 2º — No le dejan ni medio. Dan ganas
 de avisarle que no sea otario.

OBRERO 1º — ¡A nosotros qué nos importa, últi-
 mamente! Y no hay que meterse, porque son
 malos bichos. (*Entran dos obreros, saludan,
 piden "suissé" que beben de un sorbo, ha-
 ciendo sonar la lengua, y se van previo un
 ¡salute!*)

ESCENA II

DICHOS — CHICOS 1º Y 2º — JUGADORES 1º Y 2º

CHICO 1º — (*De 5 a 6 años, con una criatura de
 2 a 3 años de la mano, al Obrero 1º.*) ¡Papá!...

OBRERO 1º — ¿Qué andan haciendo ustedes?...

CHICO 1º — Dice mi mamá que vayas, que la
 cena está pronta.

OBRERO 1º — ¿Tu mamá? Me parece que estás
 mintiendo.

CHICO 1º — De veras, te digo.

OBRERO 1º — Están cebaos a venir a la hora del
 "suissé", porque siempre ligan algo.

OBRERO 2º — Los míos son iguales. Hacen lo
 mismo.

OBRERO 1º — (*Al más chico.*) Vení acá vos. (*Lo
 alza.*) ¿Qué te gusta más? ¿Qué?... ¿Choco-

late?... (A *Carmen*.) Traígale un chocolate de a dos.

CHICO 1º — ¿Y a mí nada?... Yo quiero un pescadito.

OBrero 1º — Y un pescadito. ¿No querés "suissé" también? (Al obrero 2º.) ¿Qué cree? Ahí donde lo ve, le gusta empinar el codo.

CARMEN. — Tome, mijito. Le doy dos, uno de yapa.

OBrero 1º — ¿No sabés decir gracias vos? Bien, a volar.

CHICO 1º — No; vos también vení. Dice mi mamá que si no vas te va a venir a buscar.

OBrero 1º — Está bien. Donde manda capitán.. ¿Cuánto es, patrona?

CARMEN. — Treinta.

OBrero 2º — ¿No tomamos el otro?

OBrero 1º — No, basta.

OBrero 2º — Bueno. Salú. (*Vanse con los chicos*.)

JUGADOR 1º — (*Alterado*.) ¡Macanas! ¡Qué vas a salir! Tenías once tantos. ¿Qué has hecho ahora?

JUGADOR 2º — Cartas, setenta, y siete de mazo. Tres tantos.

JUGADOR 1º — Bueno; once y tres, ¿cuántos son? ¿No son catorce?

JUGADOR 2º — Es que tenía doce, te digo.

JUGADOR 1º — Qué has de tener. Lo que tenés es la costumbre de robar tantos.

JUGADOR 2º — Hacé el favor de no pasarte, ¿sabés?

JUGADOR 1º — (*Arrojando violentamente el mazo de cartas sobre la mesa*.) Es que te vía quitar el vicio, ¿me entendés?...

JUGADOR 2º — ¿De ande, si no sos quién?

CARMEN. — A ver si se sosiegan. No quiero bochinche en mi casa, ¿saben? ¡qué más! ¡Faltaba otra cosa! Pelandrunes. Se pasan el día con las cartas, no gastan ni medio y todavía se permiten alzar la voz.

ESCENA III

DICHOS, menos OBRERO 1º y 2º — MUJER

MUJER. — (*Apareciendo con un queso, pan y un paquete de fideos, a Jugador 1º*) Cuando no habías de ser vos. No tenés vergüenza... ¡Pelandrún, atorrante! En lugar de estar jugando en el boliche, podías ir a buscar trabajo. ¡Caminá pa casa!...

JUGADOR 1º — Salí de ahí. No seas otaria.

MUJER. — Andá pa casa, pelandrún. (*Llevándole por delante.*) ¿No tiene vergüenza? Las pobres mujeres se desloman trabajando, y ellos como unos príncipes, de barriga al sol todo el día. ¡Parece mentira! ¡Mangines!... (*Mutis rezongando.*)

ESCENA IV

DICHOS, menos JUGADOR 1º

GAMBERONI. — ¿Parlo bene o parlo male? Dici-temí un poco. E Marconi. ¿Sapéte qui é Marconi?...

BATIFONDO. — ¿El de los cigarrillos?

GAMBERONI. — Mo vu u dique. Cuelo ca inventato el telegrafo senza fili, ú piú grande invento de l'humanitá, italiano. Credete a me. I francesi, i tedeschi, l'inglesi han fato alguna cosa. Ma l'Italia ocupa il primo puesto. ¿Ma chi fu ca trovato lo polo Norte? Nu mio paisano, italiano, Sualdesa Reale el duca degli Abruzzi.

LUNGO. — ¿Y qué nos dejás pa nosotros, che gringo?

BATIFONDO. — Qué nos va a dejar si somos unos porotos. Tiene razón, amigo. La Italia, ahí, ande la ven, es el primer país del mundo. Hay cada candidato italiano. ¡Viva Italia! ¡Viva Garibaldi!

GAMBERONI. — ¡Evviva! ¡Evviva la República Argentina! ¡Padrona! ¡N'altra voerta! ¡Evviva l'armonía!... ¡Cosí a bene! (*Carmen sirve.*)

ESCENA V

DICHOS — PEDRÍN

PEDRÍN. — (*Aparece un tanto boleado, como si no conociera la casa, deja la linyera en un rincón, mira a todos y saluda tímidamente.*)
¡Buena sera!

BATIFONDO. — Fijate quien cae.

CARMEN. — Salute.

LUNGO. — De tebu. (*Cambian una mirada de inteligencia con Pedrín.*)

PEDRÍN. — Un biquier de barbera. De cuel bon. (*Pedrín acentuará un dialecto a elección del*

actor, manteniéndose siempre en su deliberado papel de imbécil.)

CARMEN. — Servido.

PEDRÍN. — (*Saboreando el vino*) Non che male. Me dica, signora. ¿Dónde podría tomare le létrico per la estazione del Retiro?...

CARMEN. — ¡Para el Retiro! Espérese que no me acuerdo. (*Al grupo.*) ¿Por dónde pasa el tramway que va al Retiro?

LUNGO. — ¿A la estación del Retiro?

PEDRÍN. — (*Acercándose.*) Scusí. Sí signore.

LUNGO. — Tiene que tomar combinación ¿Va para afuera usted?

PEDRÍN. — Scusí. Sí signore. A Gálvez.

GAMBERONI. — Riverito signor mío. ¿Siete da Gálvez?

PEDRÍN. — Sí, signore.

GAMBERONI. — Io son estato tre volte a Gálvez. Conocí un certo... un certo, ¿cómo si chiama? ¿D'Andrea?

PEDRÍN. — ¿Il calzolaio?

GAMBERONI. — Ma no, un figlio de la madona qui fa il procuradore.

PEDRÍN. — ¡Per dío! Lo conozco. Cuelo que arrangia afarinel cuez de paz. Siamo tanto amici.

GAMBERONI. — ¡Bravo! Si sieda paisan. Che tengo per prendere lo tren. ¿Come va la cosecha a Gálvez?

PEDRÍN. — Mica tanto buona. La langosta, e la helatas.

GAMBERONI. — E un anno cativo... Ma sientase paisan. Aquí siamo in armonía. ¿Cosa pillate?... ¡Padrona!

PEDRÍN. — Ma grazia, grazia. Oli il mio bichiere...

GAMBERONI. — Non faccia cumplimenda. Padrona sempaticas; li porte il suo bichiero.

PEDRÍN. — (*Sentándose.*) ¡Scusi!

GAMBERONI. — Cuesti son amici, compañì cregollos, buenos mochachos. Si parlaba de la nostra patria.

PEDRÍN. — ¡La nostra Italia!...

GAMBERONI. — ¡Evviva Italia, paisan!

PEDRÍN. — Ya lo creo. ¡Evviva!...

GAMBERONI. — ¡Salute!

MONEDA. — (*Levantándose, encaminándose al mostrador.*) Con permiso. ¡Pucha que son!...

GAMBERONI. — ¡E bravo, paisan!... (*Palmeándole.*)

CARMEN. — ¿Qué tenés, vos?

MONEDA. — Estoy aburrido. ¡Pucha que son!...

CARMEN. — ¿Andás con miedo?

MONEDA. — ¡Qué miedo, ni qué miedo!... Estoy hasta aquí, ¿sabés?...

CARMEN. — ¿Qué querés que le haga, hijo?

MONEDA. — Nada. ¿A vos qué se te importa?

CARMEN. — No seas zonzo.

ESCENA VI

DICHOS — VASQUITO

VASQUITO. — Buenas tardes.

CARMEN. — Buenas.

VASQUITO. — ¡No compra nada, hoy!

CARMEN. — ¡Andá! ¡Tenés una yeta!

- VASQUITO. — También usted quiere sacar en todas. Vea que decena tengo en esta jugada. (*Saca unos billetes de lotería y se los enseña, diciéndole en voz baja:*) Pibe está en cana.
- CARMEN. — (*Con sorpresa.*) ¡Qué! ¿Cómo sabés?...
- MONEDA. — (*Id.*) ¿Ande lo encanaron?
- VASQUITO. — En la casa,
- MONEDA. — ¡Pucha digo, que son!...
- LUNGO. — (*Que ha observado la escena, acercándose.*) Novedad.
- VASQUITO. — ¡Yo pianto! Pibe en cana.
- LUNGO. — ¡Y bueno, ese no bate!...
- VASQUITO. — ¡No sabés!... y hay mayorengo en la puerta. Yo pianto te digo.
- LUNGO. — ¿Y lo vamos a dejar al gil así no más? Vos no piantás, ¿sabés?
- VASQUITO. — Mirá que no tengo pase, y si me lo quitan.
- MONEDA. — ¡Que son! ¡Dejalo que se vaya! ¡Piantamos todos, hombre! ¡Pucha!
- BATIFONDO. — ¡Che, Vasquito!... Atendé un momento. ¿Tenés el extracto de la pasada? Sos muy yetudo. Si no saqué no te compro más.
- LUNGO. — (*Obligándolo.*) Andá, sacá el cartel. ¡Seas otario!...
- VASQUITO. — ¡Ahí lo tiene; revise con tranquilidad!
- BATIFONDO. — Avisá si estás escabiao. (*Saca un billete de lotería y revisa prolijamente el extracto.*)
- GAMBERONI. — (*A Pedrín.*) ¡Ebé! ¡Questo de la lotería mi pare una inmoralitá; una vera inmoralitá! ¿Parlo bene o parlo male?

PEDRÍN. — Parlate bene. Ma dí cuando en cuando si pué giocare cinque pesi. Ma ahora mi ricordo que tengo in tasca un biglietto la cinquenta mile e no lo son visto ancora. Non ho avuto il tempo.

GAMBERONI. — ¡Oh!... Che tempo... ¡Atre mesi!...

BATIFONDO. — ¿No dije?; ni medio (*A Pedrín.*) ¿Usted quiere ver el extracto, dice?... ¿Tiene número? Diga qué número. Traiga.

PEDRÍN. — Scusi. Ma...

BATIFONDO. — ¡Cha que sos desconfiao! ¡Velo vos, si querés!

PEDRÍN. — Io non poso. No so leggere. Va scusi il mio paisan.

BATIFONDO. — ¡Salí de ahí, desconfiado! Che, Gamberoni... Mirale el billete a ése.

GAMBERONI — ¡Cómo no! Vediam. (*Revisando.*) Cinquemile tresento trentuno... Cinque mile. Cinque mile cento. Cinque mile trecento... ¡Guarda! guarda... E Paisan. ¡Evviva Italia! ¡Padrona! ¡Un oltra volta qui paga el mio paisan!

PEDRÍN. — ¡Cosa avete! ¡Cosa avete!

GAMBERONI. — ¡Siete un cane!... ¡Cinque cento pezi... Madona! ¡Pezzo d'un asino! ¡Cinque cento!...

LUNGO. — ¿Y qué vas a hacer con tanta plata, gringo? Te vas a Italia.

PEDRÍN. — ¿Cosa dire?

BATIFONDO — Que te has sacao quinientos pesos, cinque cento pesos en la lotería.

PEDRÍN. — ¡Oh, Cristo! ¿Davvero?

GAMBERONI. — ¡Ma sí! ¡Ma sí!... Madona que siete un asino... Vedi... (*Mostrándole el extracto.*)

PEDRÍN. — Ma io no so leggere...

GAMBERONI. — ¡Vi lo dico io, Gamberoni, e basta!

PEDRÍN. — ¡Ma cosa faccio io con cuesto numero?...

BATIFONDO. — Lo cobrás. En cualquier agencia. ¿Vos tenés con qué pagarle, Vasquito?

VASQUITO. — ¡Avisá!

PEDRÍN. — Ma io non conosco la città e debo andare via adeso.

LUNGO. — Pucha, italiano otario. ¡Si yo tuviera! ¡A ver, a ver! A mí no me alcanza; no tengo más que catorce pesos. Che, Napoleón.

GAMBERONI. — Cicilio.

LUNGO. — Es lo mismo. ¿Tenés plata, vos?

GAMBERONI. — ¿Per pagare cuesto?

LUNGO. — Permitime una parola.

GAMBERONI. — Un momento. (*Apartándose.*) ¿Cosa volete?

LUNGO. — Mirá cuánto tenés.

GAMBERONI. — ¡Eh!, cento cinquanta pesi.

LUNGO. — Bueno, ¿sabés lo que hacés?... Ese gringo es muy sonso. Se conformará con lo que le den. ¿Me comprendés?...

GAMBERONI. — ¡Guarda, guarda!... ¡Come son furbi i creolli! ¡Madona!

LUNGO. — Vos le mandás el resto después a Gálvez.

GAMBERONI. — E una bella idea.

LUNGO. — Claro que sí. Es un servicio que le hacés a tu paisano.

PEDRÍN. — Certo.

GAMBERONI. — Io te faré lo servizio. Tú mi dai lo numero, e per que tú no pierdas tiempo, io ti daró, ti daró... centi venti pesi.

PEDRÍN. — Bene. Grazie. Ma il resto...

GAMBERONI. — Io le manderó al amigo D'Andrea.

PEDRÍN. — Bravo. E fatto... Vi sono tanto riconocente, paisán.

BATIFONDO. — Mirá, Gamberoni, ¿por qué no le das el reló en garantía?

GAMBERONI. — ¿Il mío orologio?...

LUNGO. — (A Batifondo.) ¡Los angurrientos!...

GAMBERONI. — E bén. Prende anque il mío orologio.

PEDRÍN. — E bravo. Tú mi mandi il denaro e io ti mando l'orologio.

GAMBERONI. — Evviva l'armonía.

PEDRÍN. — ¡Evviva! ¡Padrona! Io pago tutto. Ho fatto il mío negozio.

GAMBERONI. — ¡Un altra voerta!

PEDRÍN. — ¡Ah, no! Bisogna que io prenda lo treno. ¿Cuánto si debe?

CARMEN. — Cinco pesos.

PEDRÍN. — (Con gran generosidad.) Eccoli. (Bajo.) Me debes tres y medio ¿eh?

CARMEN. — ¡Andá, pelandrún!

GAMBERONI. — E ni andiamo tutti al Retiro col paisano.

BATIFONDO. — Eso es. Todos juntos.

GAMBERONI. — Evviva l'armonía. (Cantando.) A casa, a casa, amici... Anque cuesto é de Cavallería... L'ha fatto uno italiano. (Mutis. se oyen cantos y voces que se alejan.)

ESCENA VII

MONEDA FALSA — CARMEN

MONEDA. — (*Viéndolos salir*) ¡Pucha digo, cómo son!... (*Se sienta junto a una mesa. Pausa. Carmen lava las copas.*)

CARMEN. — ¿Tomás algo?

MONEDA. — Dame un amaro.

CARMEN. — (*Sirviéndolo.*) ¿Se puede saber qué tenés?

MONEDA. — Te he dicho que estoy muy aburrido.

CARMEN. — Andate al teatro.

MONEDA. — Y muy estrilao.

CARMEN. — Eso es otra cosa. ¿Qué te han hecho?

MONEDA. — Nada.

CARMEN. — ¿Y entonces?

MONEDA. — Muy rabioso con esta vida. No puedo más.

CARMEN. — Dejala. Nadie te obliga.

MONEDA. — Dejala, dejala. Eso se dice. Ya la dejo. ¿Qué hago ahora? ¿Pa qué sirvo?

CARMEN. — Trabajá en otra cosa.

MONEDA. — No sirvo más que pa cochero. Voy a sacar la libreta y me muestran el escracho: L. C. ¡Piantá de aquí! Siquiera hubiese servido pa ladrón. Pero vos sabés que no tengo genio. ¿Qué papel estoy haciendo, entonces? De otario, de imbécil. Retratos por falsificador y ladrón, viviendo entre ladrones, perseguido por ladrón, batido y preso a cada rato

por ladrón y nunca he metido la mano en un bolsillo ajeno. Me muero de hambre, y si no fuera por vos, habría matado de hambre a la pobre vieja. ¡Pucha digo, que es triste! ¡No tener genio pa nada!... Ni pa abrirles las tripas a todos éstos que me dan asco, que me dan asco. ¡Asco, asco, asco!... Ni siquiera pa irme de aquí tengo genio. Mirá: yo sé que si me fuera a otro país y nadie me persiguiera y no me topara con los de la patota, ¡pucha digo, sería más decente!... Y no me aburriría tanto. Pero aquí, ¡qué querés que haga, si pa mí se ha hecho el refrán de que cuando no estoy preso me andan buscando! Que tengo buena conducta, que me dan pase libre y empiezo a vivir tranquilo, pues ya ha de venir uno que me pida un servicio. "Che: campaneame esto, guardarme esto o haceme tal cosa." ¡Y zás! Complicao y en cana.

CARMEN. — Vos tenés la culpa por no haber hecho un escarmiento con los batilana.

MONEDA. — ¡Pero no te digo que no tengo genio? Mirá, Carmen, ¿querés hacer un favor a la patria? Yo sé que vos sos buena y me tenés ley.

CARMEN. — Hablá, hombre.

MONEDA. — Vamos a escaparnos, ¿querés? Vos también estás aburrida...

CARMEN. — ¡Y dónde vamos a ir?

MONEDA. — Verás, tengo un plan. Tu marido tiene plata. Una noche de éstas le pegamos el golpe grande, y piantamos. Agarramos un vapor y nos vamos al Brasil; allí hay mucha

libertad, nos vamos y ponemos una fonda, ¿sabés?, y trabajando con juicio verás cómo en poco tiempo nos volvemos personas decentes.

CARMEN. — Bien dicen que sos zonzo. Si nos agarran, nos chupamos unos años de cana y yo te voy a preguntar entonces...

MONEDA. — Entonces, piantamos sin robarle nada al otro...

CARMEN. — Y después nos comemos las uñas. Mirá, muchacho, las cosas son como son y hay que dejarlas así no más. ¿Vos estás aburrido? Bien. Hacete a un lado de esta vida, andá con juicio, arrimate a alguna buena sombra y ya verás cómo con el tiempo la policía te olvida y empezás a ser hombre decente.

MONEDA. — ¿Y vos?

CARMEN. — ¿Yo? (*Con melancolía.*) ¿Qué he de hacer?

MONEDA. — Es que lo que yo quiero pa mí, lo quiero pa vos, mi vida.

CARMEN. — Pobre mi viejo. ¡Qué tristeza! ¿Verdad?

MONEDA. — ¡Pucha digo, cómo somos!

CARMEN. — No te aflijas, negro. Hacé lo que te digo y después veremos cómo se procede.

MONEDA. — ¡Ahora sí! ¡Van a ver lo que queda de Moneda Falsa! ¡Ah! Tomá estos billetes. Ya no circulo más. Falta uno. Fui esta tarde a encajarlo a un agenciero de Palermo, pero el hombre empezó a mirarlo y agarró pa la calle. Este va a llamar al botón, dije yo, y pianté por los portones. ¡Con tal que no tenga

consecuencias! ¡Pucha digo!... Y me voy también. Ya no estoy tan aburrido. Chao. (*Mutis.*)

ESCENA VIII

CARMEN — CIRIACA

CIRIACA. — (*Asomando por la puerta que da al interior.*) ¡Che, Carmen!

CARMEN. — ¿Qué hay?

CIRIACA. — ¿No ha estado m'hijo por acá?

CARMEN. — Acaba de salir.

CIRIACA. — Decime una cosa. ¿Vos sabés en qué anda ese muchacho?

CARMEN. — En nada, supongo.

CIRIACA. — ¡Hum! ¡Hum! Lo dudo, che... Lo veo algo alzado desde hace días, y pa mí que nada bueno lo lleva. ¿Has leído en "La Prensa" la noticia de la circulación de billetes de Banco?

CARMEN. — Sí, señora.

CIRIACA. — Mirá, a vos te lo digo, porque sos de confianza. Pa mí que ese mala cabeza tiene algo que ver en el asunto. Yo no sé qué le costaría ser honrado. ¿No hay tanta gente que es honrada y sin embargo vive bien? Pero a éste no. Es de balde que lo aconseje y lo reprienda. ¡No señor! El mozo ha de ser ladrón no más. Y ladrón misho, que es lo peor. ¡Si siquiera le fuera bien!... Podría decirle: "Bueno, m'hijo, basta. Ya tenés un pasar. So-segate..." Debe ser un destino, ¿verdad,

che?... Desde chiquito le dio por la uña. El padre le acomodaba una paliza hasta sacarle sangre, y él ¡nada!... Y zonzo pa robar, que daba asco... ¿No te ha contado nunca por qué le pusieron el nombre de "Moneda Falsa"? ¡Fijate qué chola! Yo tenía en la cómoda una moneda de oro, de ésas de plomo, ¿sabés?, cuando un día me la roba y se va con ella a hacer el cuento a una casa de cambio. La cosa es muy zonza, una verdadera muchachada; pero el animal del cambista, sin comprender eso, me lo entrega a la policía. De esa vez me lo tuvieron como seis meses. El padre no trabajó para sacarlo, creyendo que el castigo lo corregiría. ¡Y miralo cómo salió! Con un apodo y con más mañas que el vizconde de la guardiana. Eso fue lo que ganamos. ¡Pobre muchacho! En el fondo es bueno como una malva, pero no sabe trabajar y está enviciado. Decime, ¿no sabés si volverá?

CARMEN. — No dijo nada.

CIRIACA. — Es que no me dejó nada pal morfe. Cortame, ¿querés?, un poquito de matambre o salame...

CARMEN. — (*Sacando dinero del cajón.*) Tome un peso, vieja.

CIRIACA. — Bueno, hija. Gracias. ¡Pobre mi Antonio!... ¿Por qué no me le das algunos consejos vos que tenés tanta... tanta... vamos que te aprecia tanto?

CARMEN. — Cállese.

ESCENA IX

DICHOS — REYES

REYES. — ¿Por qué no has encendido la luz?

CARMEN. — Creí que era temprano.

REYES. — Está oscuro ya.

CARMEN. — (*Encendiendo el pico de gas.*) Bueno. Ya está.

CIRIACA. — Buenas tardes, Reyes.

REYES. — Buenas. De tertulia, ¿no? ¿No tiene otra parte donde ir a dar la lata?

CIRIACA. — (*Yéndose.*) ¡Te parta un rayo, bruto!

ESCENA X

DICHOS, *menos* CIRIACA

REYES. — Ahí lo han tomado al otario ese.

CARMEN. — ¿A quién?

REYES. — A Moneda Falsa. ¿Llevaba algo?

CARMEN. — No. Me dejó todo. Parece que un agenciero le desconfió ayer y no quiere meterse más.

REYES. — ¡Tu protegido! Es muy capaz de batar, pero yo lo arreglo.

CARMEN. — Pibe también.

REYES. — Pero ése no abre la boca. Andá abajo y traé el paquete de billetes falsos.

CARMEN. — ¿Qué vas a hacer?

REYES. — No sé. Rápido he dicho. (*Abre la trampa del sótano y Carmen desciende.*)

ESCENA XI

DICHOS — CABO

CABO. — Buenas noches.

REYES. — (*Dulcificando.*) ¿Qué anda haciendo, cabo?

CABO. — Ya lo ve. Recorriendo.

REYES. — (*Al sótano.*) ¡Che, Carmen! Mirá, no subás de ese vino. Trae barbera más bien.

CABO. — Diga, Reyes, ¿no ha andado Pedrín por aquí?

REYES. — No sé. Llego del centro recién... (*Al sótano*) Che, Carmen, ¿estuvo Pedrín?... ¿Qué? (*Al cabo.*) Dice que salió hace un momento. ¿Qué hay? ¿Ha hecho algo?

CABO. — No, nada. Tengo que verle no más. Hasta luego.

REYES. — ¿No toma el bitter, cabo?

CABO. — Gracias. (*Mutis.*)

REYES. — (*Va hasta la puerta y vuelve.*) ¡Rápido! Subí todo.

CARMEN. — ¿Pero qué hay? (*Sube con un paquete de regulares dimensiones.*)

REYES. — Ya has visto las moscas. Bueno. Ahora mismo te vas al cuarto de ése y le ponés todo en el baúl.

CARMEN. — ¿Eh?

REYES. — Volá te digo.

CARMEN. — ¡Oh! ¡Yo, yo no!

REYES. — Te duele, ¿eh? ¡En el acto!...

CARMEN. — No, nunca lo harás.

REYES. — (*Exasperándose.*) ¡Carmen!... ¡Carmen!... ¡Mirá que un minuto!... ¡No me conocés ya? Vamos, rápido...

CARMEN. — ¡Qué? ¡Qué querés decir?

REYES. — ¡Creés que no sé que te has entregao a esa inmundicia? Haga lo que le mando.

CARMEN. — ¡Querés vengarte!

REYES. — No; quiero defenderme... Y vos sabés muy bien que me defiendo. (*Poniéndole el paquete en las manos.*) ¡Ya!... Lleva eso. Y cuidado con venderme, porque, oíme bien, te parto el corazón a puñaladas. ¡Ya!... (*Carmen sale por la puerta del foro, agobiada por el gesto y la amenaza.*)

TELON

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. La esquina de una calle del suburbio. Fachada del boliche con un letrero "Almacén del Mundo". Puerta de entrada al almacén en la esquina y otra a un lado. Es de noche.

ESCENA I

COMPADRES 1º y 2º — VOCES

COMPADRE 1º — ¡Che! vamos a meternos en el "Mundo".

COMPADRE 2º — No, che. Ando sucio

COMPADRE 1º — ¿Con quién?

COMPADRE 2º — Con Reyes. Es un otario.

COMPADRE 1º — Vení, no seas pavo. Ha de estar la mujer, el queso de la casa.

VOCES. — Sí, vamos. Tomemos un chop.

COMPADRE 2º — Vayan ustedes. Yo sigo.

COMPADRE 1º — ¿Y ande escabiamos, entonces?

COMPADRE 2º — A lo de Gigi.

VOCES. — Eso es. A lo de Gigi. ¡Vamos! (*Mutis.*)

ESCENA II

LUNFARDOS — REYES

Se oye un tumulto en el interior del boliche y a poco aparece Reyes arrastrando a un lunfardo.

LUNFARDO 1º — (*Muy descompuesto, con una daga en la mano.*) ¡Mirá, Reyes! ¡Mirá, Reyes!
¡No me toqués porque te ensartás!

REYES. — ¡Qué has de ensartar, inmundicia!
¡Venís a comprometer mi casa! ¡Rateros de
porquería!...

LUNFARDO 1º — ¡Mirá, Reyes!... ¡Mirá, Reyes!...

REYES. — (*Violento, tomándole del brazo.*)
¡Amenazar vos? Largá, largá, largá esa daga,
maula. ¡Así! ¡Así!... (*Aparece Lunfardo 2º,
también con una daga, seguido de dos o tres
sujetos de su calaña que tratan de calmarlo.*)

LUNFARDO 2º — Diga, Reyes. Ahora estamos en
la calle. Su casa está respetada. Déjenos no
más arreglar nuestro asunto.

REYES. — Parece mentira que se mamen como
chivos. No sirven pa nada.

LUNFARDO 2º — Vea, Reyes. Yo lo respeto, ¿sa-
be?, pero como hombre soy tan hombre como
el que sea más hombre, ¿sabe?

REYES. — Bueno, guardá esa arma. Si quieren
pelearse váyanse lejos. Aquí no me vengan
con paradas. (*Al Lunfardo 1º.*) Vos recogé
esa daga. Y marchá muy derecho conmigo,
porque ya sabés cómo procedo con roñosos...
(*Mutis.*)

LUNFARDO 3º — ¡Bueno, andiamo, muchachos!
Guarden esas armas. Parece mentira que no
puedan divertirse y correrla en paz. (*Al Lun-
fardo 2º, tomándolo del brazo.*) Andiamo, che.

LUNFARDO 2º — Vamos a ver. ¿Si yo lo quiero
marcar, por qué no lo voy a marcar? ¿Porque
ustedes no quieran? ¿Y si yo quiero, qué me
importa que ustedes no quieran? (*Mutis.*)

ESCENA III

COMISARIO — OFICIAL — CABO — AGENTES

(Aparecen por la derecha el Comisario, Oficial, un Cabo y dos agentes y se detienen en la puerta contigua al almacén.)

COMISARIO. — Cabo, reconózcame a aquellos sujetos; usted, agente, al almacén, que nadie salga. *(Al Oficial.)* ¿Aquí es, no?

OFICIAL. — Sí, señor.

COMISARIO. — *(Al otro agente)* Usted quédese aquí. *(Penetrando con el oficial.)*

ESCENA IV

GAMBERONI — PEDRÍN — CABO

GAMBERONI. — *(Muy borracho. Entonando con dificultad algún aire napolitano, avanza unos pasos y se detiene.)* ¡A oh! ¡Non e cosí! ¡Vediam! *(Reanuda el canto, marcándose el compás con el dedo.)* E cosí tampoco ¡Ma é l'eguale! *(Quiere cantar de nuevo, pero se interrumpe.)* ¡Evviva l'armonía! ¡Bene! ¡L'armonía!... E l'Italia é il piú grande paese de l'umanità... ¡Parlate bene, Gamberoni! *(Se recuesta en la pared.)* ¡Ma dove son i compani?... ¡Bravi ragazzi!... ¡Simbatichísimi!... *(Se queda monologando cosas incomprensibles. Se oye un silbido, y a poco aparece Pedrín muy*

cauteloso a examinar el terreno. Se detiene un momento frente a Gamberoni, sin notarlo. Gamberoni empieza a observarlo y lo reconoce, deteniéndolo con un brazo en momentos que intenta volverse.)

GAMBERONI. — ¡Oh! Per la Madona. Finalmente. ¿Cóme va, paisán?

PEDRÍN. — ¡Che! ¡Che! ¡Che! Qué paisano ni qué paisano. Largame, gringo mamao.

GAMBERONI. — *(Sin soltarlo.)* ¿Siete ritornato da Gálvez, del amigo D'Andrea? ¡E bene! ¡Bravo!

PEDRÍN. — Largame, te digo. ¿Qué Gálvez ni qué Gálvez!

GAMBERONI. — ¿Cosa dite, paisán?

PEDRÍN. — *(Al ver al cabo que se acerca, cambia de actitud, volviéndole la espalda.)* Dico que mi sono extraviato. E cuando arribo a la estacione lo treno para Gálvez non c'era piú.

GAMBERONI. — E bene. ¡Qué viva l'armonía!

CABO. — *(Que ha estado observando a Pedrín, lo toma por un brazo.)* ¿Qué hacés, Gálvez?

PEDRÍN. — Scusi, sargenti!...

CABO. — Te viá dar sargento. A vos te andaba buscando.

PEDRÍN. — ¿A mí? Io sono un colono di Gálvez. Il mío paisán me conosce.

GAMBERONI. — ¡Ah! E un bravuomo. E l'amico de D'Andrea, lo procuradore.

CABO. — Salí de ahí, otario. Es un cuentero del tío. Marchá no más, Pedrín.

PEDRÍN. — Bueno; de ahí qué. ¡Cana más o menos! Llévame no más. Cosa bárbara. No se puede ser honrao. Ahora que estaba tan bien de colono. ¡Zás, a la leonera! Mirá, prefiero seguir de ladrón. ¡Por Dios, che!

GAMBERONI. — Ma dove estó io. Equé me emborta. ¡Ma, é lo compañì creollo? ¡Bravi ragazzi! Simpatichísimi. (*Reanuda el canto y se va haciendo eses.*)

TELON

CUADRO TERCERO

ESCENA I

COMISARIO — MONEDA FALSA — CABO

El despacho del Comisario.

COMISARIO. — (*Interrogando a Moneda Falsa.*)

Muy bien. ¿Y dónde estuviste ayer?

MONEDA. — ¿Ayer? De aburrido me fui al Jardín Zoológico.

COMISARIO. — ¿A ver a la elefantita?

MONEDA. — No. Estuve en la casa de los leones.

COMISARIO. — ¿Y después?

MONEDA. — En el almacén del Mundo.

COMISARIO. — ¿Y si yo te dijera que has estado en otra parte?

MONEDA. — Por la calle.

COMISARIO. — No.

MONEDA. — Entonces no diría la verdad.

COMISARIO. — Esperá un poco. (*Toca el timbre. Aparece un cabo.*) Haga pasar a ese señor. (*El cabo saluda y mutis.*) ¿De manera que andás retobao?

MONEDA. — Retobao no, señor comisario. Ando aburrido.

COMISARIO. — No será por la falta de trabajo.

MONEDA. — Es por eso, por eso, crealó.

ESCENA II

DICHOS — AGENCIERO

AGENCIERO. — Con permiso.

COMISARIO. — Adelante. Diga: ¿usted conoce al señor?

MONEDA. — (*Interviniendo.*) ¡Pucha digo que son! ¡No hable más, no hable más!... Dígale que se vaya. Yo me peino solo. Ayer estuve en la agencia del señor a cambiarle un billete falso... A la tarde... ayer a la tarde... Puede irse no más el señor.

COMISARIO. — Puede retirarse.

AGENCIERO. — Está bien, señor comisario. Muchas gracias. (*Mutis.*)

ESCENA III

DICHOS, *menos* AGENCIERO

COMISARIO. — Bueno. De modo que te has vuelto razonable. Así me gusta. Decí no más. Pero no me mientas, porque ya sabés que yo...

MONEDA. — Bueno (*Pausa.*) Ayer... la vieja, mi madre no tenía qué comer.

COMISARIO. — Eso le sucede por tu culpa.

MONEDA. — Sí, ya lo sé. No tenía qué comer y entonces yo, estrilao, me acordé que tenía un diez falso y dije...

COMISARIO. — Te he dicho que no me mientas.

MONEDA. — Digo la pura verdad, señor comisario, digo la verdad.

- COMISARIO. — ¡Estás mintiendo!...
- MONEDA. — ¡Pucha digo, que son! Vea, estoy llorando, ¿sabe? ¡Esto es la verdad, la verdad, la verdad!... (Pausa.)
- COMISARIO. — ¡Ajá, já!... ¿Con que la verdad? Decime, ¿y este paquete de moneda falsa que se encontró en tu baúl?
- MONEDA. — ¿Eh?
- COMISARIO. — Esto, sí, esto. Lo encontré yo en tu baúl. ¿Qué decís?...
- MONEDA. — Que es mentira. ¡Que es una gran mentira!...
- COMISARIO. — Hay testigos.
- MONEDA. — Mienten. Ahora sí que no lloro. Y le digo la pura verdad... Lo que yo le decía es mentira. Pero esto también.
- COMISARIO. — ¿De manera que no confesás?
- MONEDA. — ¡No, no, no!... Nunca. Vea, señor comisario. Ya no se puede vivir. ¡Pucha digo, que son!...
- COMISARIO. — Está bien. No te alterés. Andá. Dormí un rato, pensalo bien, y ya hablaremos. (Timbre. El cabo.) Páselo incomunicado.
- MONEDA. — (Al salir.) ¡Pucha digo, que son!

ESCENA IV

REPÓRTER — COMISARIO

REPÓRTER — (Por la lateral.) ¿Y, mi comisario?

COMISARIO. — Todo descubierto. No ha acabado de confesar, pero ya cantará.

REPÓRTER. — ¿Moneda Falsa?

COMISARIO. — Claro que sí. Investigaciones está empeñada en que hay “pesci grosi”. No saben nada. Y ustedes tienen la culpa. Puro bombo a investigaciones, sin pensar que casi todas las pesquisas son nuestras. Y claro está. Nosotros somos los más habilitados para conocer a las gentes y costumbres de nuestros vecindarios; los tenemos en la palma de las manos.

REPÓRTER. — Espero que nosotros tendremos la exclusividad de la noticia. Nuestro diario ha hecho méritos ya y...

COMISARIO. — ¡Oh! Pierda cuidado. ¿Quieren publicar el retrato del sujeto? Ahí tienen la ficha antropométrica. Vea qué lista (*leyendo.*) Antonio Almada (alias) Moneda Falsa, o Antonio o Almada. Entradas ¡vea qué cosa! Ficha tal, 9 años, primera entrada, circular moneda falsa; segunda y tercera. . . Vea, ahí tiene la chorrera. ¡Ah! Debo decirle como antecedente curioso, que nunca se le ha podido probar nada... Unos meses en 24 y a la calle para volver en seguida. Tiene una cara de idiota y unas exterioridades que engañan, pero es habilísimo.

REPÓRTER. — Perfectamente. Me llevo la ficha. Y me voy porque es tarde.

COMISARIO. — Espero que no nos olvidará... No por mí, sino por los muchachos. Es un estímulo.

REPÓRTER. — ¡Oh! A ese respecto... Hasta luego. Espero que habrá noticias decisivas.

COMISARIO. — ¡Con toda seguridad!...

REPÓRTER. — Chao... (*Mutis.*)

ESCENA V

CABO — COMISARIO — GAMBERONI

CABO. — Un señor italiano que quiere hablar personalmente con V. S.

COMISARIO. — Que pase. (*Mutis del cabo.*)

GAMBERONI. — Buon giorno, signor comisario. Io porto una cartulina del suo amico.

COMISARIO. — A ver. (*Toma la tarjeta y lee.*)
¡Usted dirá!

GAMBERONI. — Signor comisario. Io sono charerero da Magliolo.

COMISARIO. — Muy bien.

GAMBERONI. — Estaba a Buonozarie i mi son in-contrato con una ganaglia de creollo que me hano fatto beber un tanto. Giocamo a boccia e poi andiamo a prender el vermut. Entonce un golono da Gálvez con un biglietto de lotería mi hano mostrato lo estrato é risultó con un premio de cinque cento pesi.

COMISARIO. — Y usted, por servirle, le dio 100 ó 200. Eso se llama el toco mocho.

GAMBERONI. — ¡Cosa dice?

COMISARIO. — Toco mocho.

GAMBERONI. — Non capisco. ¡Ma io sono arru-
binato!...

COMISARIO. — Porque quería estafarlo al otro.
(*Timbre. El cabo.*) Acompañe al señor a la oficina de guardia a que haga la denuncia.

GAMBERONI. — ¡Cosa dice?

COMISARIO. — Que usted es tan pillo como el otro. Siga no más.

GAMBERONI. — Parlate bene. Ma il signor comisario...

COMISARIO. — Siga nomás.

GAMBERONI. — (*Saliendo.*) ¡Madona cielo cregollo ladri!

ESCENA VI

COMISARIO — CIRIACA — CARMEN

CABO. — (*Volviendo.*) Ahí está la madre de ése y otra mujer.

COMISARIO. — Que pasen.

CIRIACA. — ¡Ah! ¡Señor Comisario!

COMISARIO. — No me hagas escenas. ¿Qué quieres?

CIRIACA. — Vengo a ver a mi hijo. Si se puede. Yo soy una madre.

COMISARIO. — ¡Sí, ya lo sé! ¿Qué quieres?

CIRIACA. — Yo quiero verlo. Podría ser una ayuda para la misma autoridad.

COMISARIO. — Bueno. El Moneda está reventado, pero podría mejorar su causa si confesara de plano. ¡Se ha empacado!

CIRIACA. — ¡Ah! Bueno. Yo no vengo a nada malo, pueden registrarme si quieren. Pero si yo hablara con él, tal vez, tal vez... Es en el interés de m'hijo... El muchacho es un bandido, una mala cabeza, pero con esta lección tal vez aprenda...

COMISARIO. — Lo voy a llamar. (*Timbre. El cabo.*) Que traigan a Moneda. Siéntense. (*A Carmen.*) ¿Usted también quiere hablarlo?

¡Hum!... ¡Ya sabemos por acá!... Le gustan los papanatas a usted, ¿eh? Bueno. Para que vea. Tampoco le privo que hable con él con tal de que me lo aconseje bien. ¡Allí está el hombre!

ESCENA VII

DICHOS — MONEDA FALSA

MONEDA. — Buen día.

CIRIACA. — ¡Hijo mío! ¿Por qué has hecho eso?

MONEDA. — Yo no he hecho nada, mamá. (*A Carmen.*) Buen día, Carmen.

CARMEN. — (*Responde con la cabeza.*)

CIRIACA. — ¿Por qué no me dijiste que estabas metido en ese asunto? Yo te hubiera dado un consejo de madre, un consejo verdadero.

MONEDA. — Yo no estoy metido en nada.

CIRIACA. — ¿Pa qué sos terco, si te han encontrado en el baúl la mar de billetes falsos?

MONEDA. — ¡Ah! De modo que usted también cree que yo tenía los falsos en el baúl.

CIRIACA. — Claro que sí, hijo.

MONEDA. — Entonces, ¿es cierto? ¿Es verdad, es verdad eso?

CIRIACA. — ¿Y por qué has de negarlo? Si yo te los hubiera visto, los saco y los quemo. Pero los encontró la autoridad. Confesá y no seas pavo. Sí, así la sacás con tres o cuatro añitos; diciendo la verdad tal vez sea menos.

MONEDA. — Es claro. Bueno. Viá contarle todo, todo, comisario. Moneda Falsa va a decir la verdad.

- COMISARIO. — Así me gusta. Yo te prometo que...
- MONEDA. — No prometa nada. ¿Puedo hablar dos palabras con esta mujer? ¿Aparte?
- COMISARIO. — Hablá nomás.
- MONEDA. — Vení, Carmen.
- CARMEN. — ¿Qué querés?
- MONEDA. — ¿Fuiste vos?
- CARMEN. — ¿Qué?
- MONEDA. — ¿Fuiste vos, vos?
- CARMEN. — ¡Sí, me obligó!... ¡Quería matarme! ¡Yo no tuve la culpa! ¡Quería matarme!
- MONEDA. — ¡Vos!... ¡Tan luego vos!...
- CARMEN. — ¡No pude, mi negro, no pude!
- MONEDA. — Tu negro, ¿no? ¡Tomá, perra! Pa que te acordés de Moneda Falsa. (*Le da un golpe en la cara.*)
- CARMEN. — (*Cayendo.*) ¡Ay!...
- MONEDA. — Este no es falso. ¡Es oro!
- COMISARIO. — ¡Moneda! ¿Qué es eso? ¿Por qué has hecho eso?...
- MONEDA. — Es el genio que me ha vuelto. No haga caso. Asuntos privados. No te aflijás, vieja. Ella te va a cuidar... Cuando quiera, señor comisario.
- COMISARIO. — Bueno, largá.
- MONEDA. — Tenía usted razón. Esos diez fallutos todos eran míos. Se los compré a Bellini en la anterior falsificación.

TELON

FIN

[290]

I N D I C E

	<u>Pág.</u>
Barranca abajo	7
En familia	93
Los muertos	153
El desalojo	203
La Tigra	225
Moneda Falsa	255